

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 9 - 15 enero 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 3

PUERTAS ABIERTAS

**LOS
EXILADOS TIENEN
GARANTIZADA SU
LIBRE INCORPORACION
A LA VIDA
NACIONAL**



LA MATA-HARI DE LA ERA ATOMICA

BELLEZA Y CEREBRO AL SERVICIO DE RUSIA

Apasionante relato de la espía alemana Irmgard Schmidt, condenada a cinco años de prisión (pág. 13)
El destino de Europa en 27 votos.
Panorámica de última hora sobre la política francesa y sus consecuencias en el mundo, por nuestro redactor Enrique Ruiz-García (pág. 50)
Carta del director a don Francisco Serrano Anguita (pág. 10) ● La gran batalla de la mecanización (página 17) ● Entrevista con Díez del Corral, por Jiménez Sutil (pág. 21)
Cambia la mujer, cambia España. Presencia de la mujer vasca en la vida nacional, por nuestra enviada especial María Jesús Echevarría (página 25) ● Plan de ordenación urbana de Barcelona, por el arquitecto José Soteras Mauri (pág. 29) ● Los campos de cultivo, campos de batalla contra las plagas. Primer centenario de los ingenieros Agrícolas, por Diego Jalón (pág. 32) ● Un problema fundamental, por Baltasar Rull, Alcalde de Valencia (pág. 54)
Suiza país diverso y exacto, por Alonso Barra (pág. 55) ● La ciencia de la fe, por el señor abad mitrado de la abadía de Samos (pág. 63)
AGUACLARA
Novela por Pedro Mario Herrero

**POR TODOS LOS CAMINOS
SE REGRESA A LA PATRIA**



Comience **BIEN** el día



El sueño normal repara las facultades psíquicas; pero no es suficiente para avivarlas. Después del descanso necesitamos todos —y los que consagran la jornada a actividades intelectuales más todavía— un estimulante fisiológico capaz de provocar interiormente una reacción similar a la que exteriormente experimentamos con el baño y la ducha.

ENO se vende en dos tamaños.

El grande resulta más económico.

Ese tónico depurador es la cucharadita de "Sal de Fruta" ENO en medio vaso de agua, tomada en ayunas.

Limpia el organismo de toxinas, activa la circulación sanguínea y despeja la mente.



"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

REFRESCA Y PURIFICA LA SANGRE

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID



PUERTAS ABIERTAS



Los obreros españoles en Francia, algunas veces han tenido que protestar colectivamente de las injusticias laborales

LOS EXILADOS TIENEN GARANTIZADA SU LIBRE INCORPORACION A LA VIDA NACIONAL

POR TODOS LOS CAMINOS SE REGRESA A LA PATRIA

—SOY abogado en ejercicio. Tengo bufete abierto y bastante clientela.

Este español, llevado a tierra argentina por vendaval propagandístico de los vencidos, o tal vez conscientemente, miraba a los ojos del cónsul español en espera de una respuesta conveniente.

—¿Usted cometió algún crimen?

—No.

—¿Se considera culpable de algún delito común de los previstos por el Código antes de que comenzase la guerra?

—Tampoco.

Nuestro cónsul en La Plata y su visitante, ambos casi coterráneos, el uno alavés y el otro de una provincia colindante, seguían mirándose mutuamente. Nuestro cónsul, hombre sereno, reflexivo y de palabra muy clara, contestó:

—Puede regresar a la Patria.

El visitante, si no sonrió, por lo menos expresó una satisfacción, ese gesto en que parece que la cara se agranda porque desaparece un peso de encima. No sabía si dar la mano o un abrazo a quien le indicaba una puerta abierta.

—Si usted no es un delincuente común, puede volver tranquilo.

En su fuero íntimo, aquel hombre pasó la línea divisoria, tendió un puente hacia la España que abandonó por no conocerla. Entonces comprendió. Y hablo sin trabas y sin recelo.

—Pero sentiría que, una vez allí, me entretuviesen demasiado con investigaciones. Perdería contacto con mi negocio de acá, con la clientela.

Hizo peso el negocio. Le trabaron sus raíces en aquellas tierras lejanas, aunque no extra-

ñas. Y de momento aplazó su viaje. Pero a partir de entonces aquel español se situó en un casi voluntario exilio. Volvió varias veces por el Consulado, sólo para conversar. Entraba y salía sin pensar en su ayer. Y el mismo cónsul le consultó más de una vez posibles soluciones a problemas de Derecho foral. Sólo quedó pendiente una cosa: venir a España y poder regresar cuanto antes.



Calle de Marsella donde viven muchos españoles

A fin de cuentas, uno, el de leyes, se dió cuenta de que el otro representaba no el odio sino la justicia. Y por eso fueron amigos.

MENOS PRESOS QUE EN 1936

Algunos han vivido ignorantes del sentido de unidad que el Movimiento lleva consigo.

En aquella primavera de 1939 cruzaron la frontera, sin saber muchos de ellos a dónde iban, miles y miles de hombres, unos con armas, otros con tesoros artísticos, y no pocos huyendo por huir. Eran estos últimos unas víctimas, no sólo del pánico, sino del infundido, de la mentira. Eran arrastrados por la propaganda para ser números en la opereta que más tarde habrían de representar—más bien guiñoles movidos por manos invisibles—los políticos profesionales y los que tenían las manos manchadas en sangre.

Tal fué el panorama consecuente al tremendo choque: masas fugitivas que cruzan la frontera y masas militantes que quedaron dentro. Habían sido tres los años de combates, aparte de otros muchos de labor previa de disolución. No podía ser ni fácil ni rápida la liquidación.

Y se hizo. Leyes sucesivas fueron dando libertad. Fueron más de 80.000 los que se reintegraron a sus hogares al año siguiente, es decir, el año 1940.

Y perdón. También se concedió perdón. No sólo libertad al que en justicia le correspondía, sino también perdón a los que por faltas no graves pudieran reconciliarse pronto con la sociedad. Perdón para los de dentro y para los de fuera, porque cuantas disposiciones se promulgaban tenían efecto para *todo* español.

Así sucedió que a principios de 1953 la población penal de España era inferior a la de principios de 1936. Eran 34.526 en este último. A 23.461 quedaron reducidos en el primero.

Quedaba sólo por aclarar, por convencer a los que fuera del país no habían logrado saber la verdad.

«USTED NOS LIBERO DE UN CAMPO DE CONCENTRACION»

Una mañana de 1944 fué una verdadera revelación.

Las tropas alemanas iniciaron el repliegue. Poco después entraron en la ciudad, Lamalou-les-Bains, tres motoristas. Los tres motoristas se situaron frente al Consulado español. Inmediatamente se destacó un emisario.

—¿El cónsul de España?

—Soy yo.

—Los que están allí—dijo señalando por la ventana—son españoles.

El representante diplomático—el «cónsul franquista»—se acercó a la ventana, cigarro en mano. Contempló varios hombres con cascos de acero y arma al hombro, quietos y mirando al edificio. Nadie circulaba por aquellos alrededores.

—Bien, ¿y qué queréis?—dijo volviéndose al emisario.

—Vengo a decirle que aquí estamos nosotros para protegerle si hiciera falta. Incluso formaríamos una guardia.

El cónsul quedó perplejo, fija la mirada en el rostro polvoriento de aquel hombre. Sintió emoción por el gesto de solidaridad. Pero no sabía por qué. Le ofreció un cigarro, dió unos pasos y volvió a mirarle.

—Muchas gracias, muchacho. Pero no veo la necesidad de una protección.

—De todos modos nosotros queremos expresarle nuestro agradecimiento.

—¿A mí?

—Sí, señor. Usted nos liberó de un campo de concentración alemán.

—¡Ah! Ya. Hice esa gestión por todos los españoles, fuesen exilados o no. Como cónsul de España tenía que llegar con mis derechos donde hubiera un español. Me alegro de verlos de nuevo.

Salió el emisario. El cónsul se situó en su ventana para verlos partir.

—Fué muy laboriosa nuestra tarea de entonces—dice hoy el que fué cónsul de aquella ciudad francesa. Hubo que atender a muchos. Unos, porque habían si-

do recluidos en campos de concentración. Y otros porque no querían ir a trabajar a territorio alemán. ¡Cuántos acudieron a nosotros! ¡A cuántos conseguimos dar lo que nos pedían!

LA CONJURA CONTRA ESPAÑA

Quizá no serían menos de 200.000—algunos calcularon 400.000—los españoles refugiados en el sur de Francia. La llegada del Ejército alemán hizo salir a muchos para América. No se ha podido saber el número de los que aquí quedaron ni de los que se fueron. Pero su suerte, a excepción de los capitostes, fué bien dura y triste, sobre todo al principio. Hombres, mujeres y niños—que de todo salió por la frontera—conocieron y probaron amargos días, vagabundeando, buscando, cogiendo lo que fuese para comer.

Y todo por un temor artificialmente creado. Recordaban con nostalgia su pueblo y su hogar, pero una propaganda interesada y engañosa, cuando no la amenaza, les detenía el pie al intentar regresar. Aquella propaganda buscaba precisamente su dolor como instrumento político.

Apareció entonces 1945 en la Prensa izquierdista norteamericana un melodramático cartel editado por la Asociación de Ayuda a los Refugiados Españoles. Una anciana, un hombre, una mujer y dos niños vestidos de harapones y esqueléticos. Y sobre ellos este título: «Símbolo de la súplica española.»

Estaba claro el programa: alzar una mano, lastimera y con perfume, para hurgar la sensibilidad de pueblos bien intencionados, como el norteamericano, pero mal informados, y esconder la otra al dar instrumentos de terror y medios de destrucción. Todo era bueno en aquella malversación de ideas.

Una noche, y otra, y otra, fueron llamando por puertas de caseríos, más acá de la frontera, hombres y mujeres hambrientos. Se oía en el silencio de la noche el ¡quién va! de campesinos somnolientos. La llamada a lo mejor había sido tímida, no para alarmar.

—¡Qué desean!

—Ropa y algo de comer.

En la puerta, siluetas humanas con aspecto no muy recomendable para visita en aquella hora.

—Yo me pregunto que por qué no os quedáis en España.

Decía esto el sano campesino, malhumorado y sin comprender. Dió media vuelta, encontró algo y lo dió.

En otras ocasiones no pedían. Exigían por la violencia.

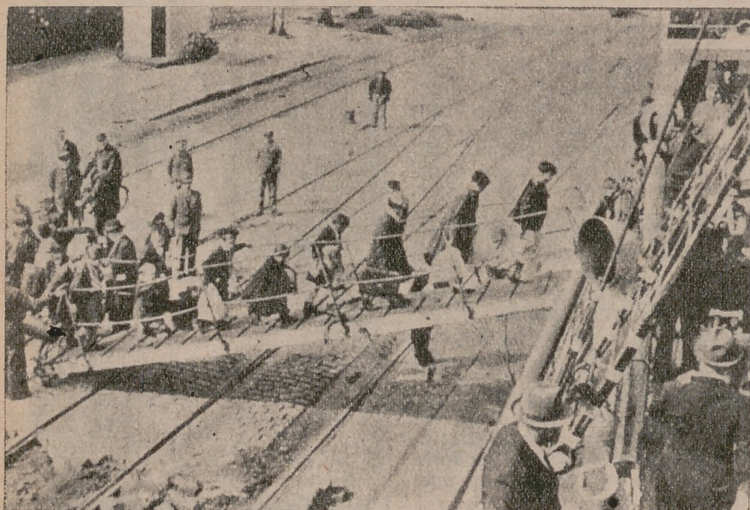
Pero muchos, convencidos por la palpable realidad, quedaron. Se atrevieron a franquear la artificiosa barrera creada por la propaganda mendaz. No pocos fueron sorprendidos en sus caminatas nocturnas.

—¿Qué se proponía?

—Volar un puente en Planolas, al paso del tren.

Contestó así una mujer, A. Rivas de Fresser. Iba de madrugada, con una carga de siete kilos de dinamita.

—Bien. Viene usted por su cuenta, o...



Para muchos españoles el exilio no terminó en Francia. De este país fueron reexpedidos a otras naciones



—Me envió el Comité de Foix. Un Comité con predominio comunista. Y dinamita. Y mentiras.

—Me dijeron que ya eran de los comunistas algunos barrios de Barcelona y que se luchaba en las calles, gracias a los refuerzos de Moscú.

El que preguntaba hizo gesto de sorpresa ¡Era mucha la seguridad y firmeza con que hablaba la dinamitera! La observó con la vista y no pudo hacer más que este comentario: ¿Será posible hacer creer esto?

¡Claro! En las cercanías de Toulouse había una academia de terrorismo, bajo la dirección de un miembro de la U. G. T. Una academia para obtener, en el siglo XX, algunos de estos títulos: pistolero, atracador, saboteador, especialista en huelgas.

Sabían quienes manejaban el cotarro que entre los miles de expatriados—unos, engañados; otros, políticos de más o menos responsabilidad material o moral; muchos soldados, y no pocos delincuentes comunes—, estaban incrustados, como fermento vivo, elementos clásicos del hampa que dentro del ámbito republicano-marxista pudieron coagular en magníficas condiciones. Tal núcleo, de signo negativo en cualquier país civilizado, bien valía para actuar en cualquier parte y amedrentar a los demás. Así que a cada uno, hombre o mujer, pasado por la academia, se le daba un equipo por valor de 600 dólares. Los demás a pedir.

NARANJAS PARA ENFERMOS Y NIÑOS

Con un lenguaje falso, científicamente preparado, se deformaron los hechos ante la conciencia universal, en unos momentos en que España apenas contaba en el mundo con Prensa, radio, agencia, si no favorables, por lo menos íntegramente veraces. Su economía,

Como este grupo de niños asturianos, otros muchos salieron para el exilio

muy debilitada por la guerra y el meditado y científico expolio que proyectaron los jefes vencidos, nada le permitía hacer ni ayudar. Bastante tenía con su convalecencia interior.

—Las naranjas. ¡Con unas simples naranjas cuántos bien se hizo!

El cónsul que tomó parte en ello lo dice muy convencido del alcance del hecho. Y se convenció por la confianza con que luego acudían, confiados, al cónsul de España.

—Ellos mismos se recomendaban unos a otros.

De las pocas naranjas que entonces circulaban por Europa, los enfermos y niños participaron de alguna manera. Unos iban por

ellas al Consulado. Otras veces, era el mismo cónsul, enterado de las necesidades urgentes, quién las enviaba.

—¡Y bien que lo notaba después! Eran muchas las visitas y felicitaciones que recibía en Navidad.

Pero el bien no tiene la misma cara para todos. El bien daña, irrita, al que busca el mal como instrumento. Y esto acontecía a los que no querían, no les convenía, una liquidación cristiana del choque, algo más que guerrero, que hubo en España, sin olvidar la justicia.

El Generalísimo Franco quería, buscaba, el reintegro a la Patria de cuantos estuviesen limpios de graves delitos comunes. Pero, ¿y qué? Una propaganda falaz viciaba inmediatamente el hondo sentido humano y cristiano de sus repetidos llamamientos. Era más político oír las sirenas del Este.



Grupo de obreros en París durante un descanso de la jornada

Fué consiguiéndose, sin embargo, una paulatina solución humana. Aquella rígida separación de vencedores y vencidos, amargada con el peso del temor a un posible castigo sin indulgencia, fué cayendo poco a poco, hasta llegar por lo pronto a la fusión de la idea de una Patria común y, en consecuencia, a una solidaridad en tierra extraña.

Una bomba de avión, durante la última guerra, cayó sobre un barco sanitario español anclado en un puerto francés. Un marinero murió. El cónsul en la ciudad, representante de España, habría de presidir el sepelio de aquel hombre, apellidado Maraño, muerto lejos de su familia y de su Patria. En el Consulado se instaló su capilla ardiente. Y, muy poca gente, como es de suponer, fuera de los compañeros de tripulación.

—Unos españoles quieren hablar con usted.

El cónsul, ya de uniforme para asistir a la fúnebre ceremonia, accedió, como siempre, a hablar y atender a cuantos españoles se presentasen en el Consulado. Un grupo de expatriados llegó hasta él.

—Señor cónsul, usted, como representante de España habrá dispuesto todo lo referente al entierro de este hombre, y tendrá su corona preparada.

—Sí. Ahí está.

Y señaló una hermosa corona con los colores de la bandera de España.

—Pues nosotros, como españoles queríamos dedicarle otra y formar parte de la comitiva. Esperamos que por su parte no haya inconveniente.

—Ninguno.

Las dos coronas—una, escueta; la otra, flameando la bandera de España—cubrieron el féretro de aquel marino muerto en aguas de Francia.

Y no sólo en Francia. En el resto de Europa—menos Rusia, claro está—y en América fué desapareciendo la línea de separación, esa línea erguida ya un poco antes de comenzar nuestra guerra.

CONSULES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

En América las condiciones de vida de los exilados fueron algo distintas, no tan duras como en el

sur de Francia. Ir a Méjico, por ejemplo, según el mismo Indalecio Prieto, fué una suerte. Tanto en Méjico, como en Venezuela y Argentina, por muchos motivos, las circunstancias se hacían más benévolas. Allí, el profesor o el intelectual siguió siendo profesor o intelectual, cuando no industrial, es decir, algo muy distinto de los príncipes rusos convertidos en camareros u otros oficios serviles. En aquellas tierras, por consiguiente, acampó el espectro gubernamental republicano con los cofres de oro y otras riquezas expoliadas del país.

Como el oro llegado a Méjico lo reservaron sus poseedores para «altos fines de la República», y, por otra parte, en América no reparten el pan en las esquinas de las calles, el que más y el que menos—y nos referimos a los más descuidados a la hora del saqueo—pasó sus apuros.

—Fueron muchos a los que buscamos trabajo, refieren diplomáticos españoles.

—¿Mantuvieron contacto con nuestro Consulado?

—El español, sea de pro o de contra, es por regla general poco asiduo en los edificios de las representaciones diplomáticas de su país.

—Pero sí acudirían en demanda de esos documentos y requisitos exigibles estando fuera de su territorio nacional.

—Acudieron, y tuvimos para ellos siempre abiertas las puertas. No hubo diferencias, lo mismo para poderes que para certificados de nacionalidad. Algunos estuvieron incluso al frente de colonias de niños dependientes de la Representación oficial española.

En cierta ocasión, un nuevo cónsul de La Plata se propuso establecer contacto con cuantos españoles hubiera por allá. Una de sus instituciones, magnífica por su magnitud y esplendor, era el hospital de la colonia. Pero en aquellos días, por ignorancia de cuanto había ocurrido en la Península, los directivos del centro no estaban inclinados al Movimiento Nacional.

—Soy el cónsul de España—dijo, sin otros preámbulos, el diplomático al presidente, al que se acercó en su comercio.

Aquel presidente, sorprendido por la inesperada visita, no sabía qué decir. Sólo sabía que tenía delante al cónsul de España, sin esperarlo.

—Como cónsul de España quisiera visitar el hospital y saludar y saber si algo pueden necesitar los que allí se encuentran.

—Es que... Comprenderá usted que...

—No se preocupe. Podemos ir usted y yo solos.

Los dos fueron de cama en cama, de grupo en grupo. «Aquí, el cónsul de España», iba diciendo el presidente del centro. Al principio, sorpresa; luego, emoción. Este fué el balance de la visita.

—¿Es el señor...?

La voz llegaba por teléfono, pero con un anhelo, con deseo de descubrir algo.

—Soy un compañero de bachillerato. ¿Se acuerda?

—¡Hombre! Ven por el Consulado.

Aquella voz acogió con extrañeza la invitación. Ni lo creía ni lo esperaba. El mismo ponía por medio su condición de exilado. Y llamó más de una vez; pero sólo llamar. Hasta que un día se presentó en el edificio consular una mujer vestida de luto.

—Soy la viuda de su compañero de bachillerato.

La miró nuestro diplomático y comprendió. Aquella mujer no se equivocó al acudir al Consulado de España.

CIUDADANOS INTERNACIONALES

En mayo de 1945 recibieron los Consulados instrucciones para la repatriación de los expatriados políticos, a quienes se había prometido la amnistía a su regreso al país. Fueron no pocos los presentados.

Al mes siguiente el Gobierno francés hizo público su acuerdo de conceder a los refugiados españoles el estatuto internacional de tales refugiados. Así su permanencia en Francia quedaría garantizada por el Derecho Internacional.

Al día siguiente, 6 de junio, se publicó ya la siguiente noticia: «El Gobierno provisional de Francia ha decidido conceder el Estatuto Internacional de Nansen a los refugiados republicanos españoles, el cual les asegurará, sobre todo, el derecho de permanecer en Francia, sin que sea necesaria cualquier intervención de los Consulados de la España de Franco.»

Quedaron convertidos en «ciudadanos internacionales», sin perder la propia nacionalidad. Una idea del explorador noruego Nansen, con ocasión del éxodo por Europa de los zaristas rusos. Como «ciudadanos Nansen», pueden usar «pasaporte Nansen», válido, previos visados, en los países que lo hayan reconocido, como Estados Unidos y la mayor parte de las Repúblicas hispanoamericanas. Están sujetos a los



Toulouse, la ciudad francesa donde mayor es el número de exilados españoles

deberes y responsabilidades inherentes a la ciudadanía de los países donde se encuentran refugiados; pero también pueden solicitar la protección de los respectivos Gobiernos.

—El Gobierno republicano español rechaza lisa y llanamente la idea del General Franco de una amnistía política.

De esta manera sonó más allá del Atlántico, en Méjico, la voz de José Giral, que por entonces capitaneaba el equipo intercontinental, porque había gente con nombre de ministro y diputado por todas partes y en movimiento continuo.

Fué curiosa la prisa que el Gobierno francés se dió por arreglar la difícil situación de los españoles. Porque la postura de José Giral es fácil de comprender: ¿Qué haría sin súbditos un Gobierno, aunque fuese republicano? Claro que nada puede extrañar si tenían, a pesar de su residencia oficial en Méjico, un ministro de Obras Públicas. Y quizá otro de Economía. Cuestión de presupuesto.

Sin embargo, en octubre de aquel mismo año cruzaron la frontera trescientos beneficiarios, muchas mujeres, del llamamiento del Caudillo. Podían volver quienes no hubiesen cometido delitos de sangre.

—Hubiéramos querido regresar antes.

—¿Y por qué no?

—Dificultades de transporte y la larga tramitación de las autorizaciones francesas no lo permitieron.

Las mujeres, atónitas, miraban en derredor. Veían, querían comprobar la tranquilidad que les rodeaba. No apartaban los ojos de los escaparates, llenos e incitantes. Venían de una Francia anterior al plan Marshall, donde no había ni para los franceses.

—Tuve que huir del pueblo donde me encontraba.

La mujer lo decía todavía con temor.

—Al enterarse unos extremistas españoles de que pretendía regresar a España me tacharon de fascista y me persiguieron.

Contaban, haciendo hincapié con extrañeza, que la Policía española, al cruzar la frontera, sólo les preguntó por su pueblo y que si querían volver a él con sus hijos. Y más les sorprendió todavía el que, recibida una comunicación del Ministerio de Asuntos Exteriores autorizando el traslado a su pueblo de origen, les diesen en la misma Comisión un subsidio con qué sufragar los gastos de aquellos días.

EL TESORO DEL «VITA»

«La mayor parte del dinero, alhajas y valores traídos de España se ha volatilizado sin dejar rastro de contabilidad.»

Lo dijo Giral en una proclama. Giral necesitaba dinero aquel 21 de octubre de 1945, y tenía que justificarse. Lo necesitaba para sostener las Juntas que sus dirigentes, con él a la cabeza, habían formado. Y se dirigía a todos los emigrados, recordándoles, o, por lo menos, previniéndoles, la obligatoriedad de poseer, a un precio de diez pesetas mejicanas, un certificado de identidad, que



habría de servirles también de carta de nacionalidad en ciertos países.

Pero el 13, es decir, ocho días antes, se había anunciado que el Estado mejicano había entregado al equipo republicano 300.000 dólares en efectivo para que pudieran atender a los gastos más necesarios. Pero no como regalo. Un anticipo a cuenta del fondo español que Méjico tiene bajo su custodia. «Lo demás —dijo Manuel J. Tello, subsecretario de Relaciones Exteriores— se retiraría una vez hecho el inventario. Las cuentas, claras.

«Esa sociedad, llamada J. A. R. E., que Indalecio Prieto fundó para administrar los tesoros que trajo el yate «Vita», no ha rendido ni inventario ni documentos de pago.»

Transpira angustia la proclama financiera de José Giral. Pero es mala cosa pedir cuentas a Prieto.

Y Prieto no sólo dispuso del tesoro del «Vita», sino también de los valores internacionales que se llevaron de Nueva York y del material aeronáutico que la República tenía comprado en Estados Unidos cuando terminó la guerra civil.

Giral buscó alivio por otra parte: «Exhortamos a todos a que entreguen el oro y las joyas de propiedad nacional española que posean.»

Aquel mes de octubre de 1945 fué, por lo visto, de bastante fiebre financiera, de melancólico augeo y de ajuste de cuentas, a distancia, entre el equipo Giral y sus amigos.

Rusia —decían, haciendo cálculos, el día 11— recibió 500.000.000 de dólares oro del tesoro español, que le entregó el Gobierno republicano durante la guerra civil como fondo adelantado para la adquisición de material bélico.

Stalin lo recibió sin escrúpulos. Y envió material de guerra. ¿Cuánto?

Los dirigentes republicanos en 1945 aun conservaban la esperanza. Algo llegará de Moscú. ¿Qué menos que un crédito de 50 millones de dólares?

Llegó el giro. Pero a Herault,

El cine español ha tratado varias veces el tema de los exilados españoles

un rincón de Francia bien situado para las actividades terroristas del comunismo. Firmó el recibo Hernández. Sólo ciento treinta mil francos: 80.000 para la Asociación de Deportados y 50.000 para la sección del partido. También se estampó en el recibo el sello de la U. G. T.

El «equipo Giral», a pesar de todo, no lo pasó mal. Celebró consejo de ministros, con asistencia de los titulares de Obras Públicas, Economía, Instrucción Pública, Guerra... Se reunieron Cortes en la capital mejicana y fueron diputados hasta de París. Hicieron declaraciones a la Prensa. ¡Pero era tan difícil reunir los cuatrocientos y pico de diputados...! Ni Negrín ni los suyos, rebeldes como ellos solos, asistieron. Por allí anduvo Alvarez del Vayo, muy activo, muy laborioso. Muy taciturno. Creyeron todos que llevaba algo entre manos. Y un periodista, preocupado, logró ser citado para entrevistarse con él. Y el político le propuso una hora coincidente con la sesión de Cortes.

—Esa hora coincide con la sesión de Cortes— dijo desalentado el reportero.

—¡Ah!... ¿Usted piensa asistir? Pero hay algo más triste aún. De los 20.000 refugiados españoles llegados a Méjico —lo decía la Associated Press en 22 de mayo de 1948— murió más de la cuarta parte.

Y una hija de una alta personalidad mejicana, celadora de los fondos depositados, empeñó un collar que perteneció a Isabel la Católica.

EL «SOLAR ESPAÑOL» DE BURDEOS

El 25 de noviembre último, a las diez de la noche, salió con dirección a Burdeos el cardenal arzobispo de Terragona, doctor Arriba y Castro. Su propósito era visitar el «Solar Español» de aquella ciudad francesa, como presidente de la Comisión Epis-

copal de Migración, invitado por el director del centro.

Sonriente, muy solícito, un sacerdote de pelo blanco se acercó a besar el anillo pastoral en la estación de Burdeos.

—Es el padre Garimendi.

Y mientras hacía la presentación, el arzobispo de la ciudad y primado de Aquitania, monseñor Paul Richaud, le dejaba paso ante el purpurado español, como en gesto de homenaje.

—El alma del «Solar». El «Solar» es su vida.

El padre jesuita Garimendi, silencioso, abrumado por aquel homenaje de exuberante humanidad, levantó sus ojos, con respetuosos, sonrisa. Algo imprevisto le henchía el corazón, al oír palabras en presencia de un cardenal español.

Aquel «Solar» que él dirige, ayudado por el joven padre Alberdi, es un verdadero solar español. Puertas adentro, y puertas afuera, allí todo lo mueve una fuerza espiritual, por encima de todas las circunstancias, que es el amor al prójimo, al hombre de España que se encuentra lejos de su Patria.

Es el centro de toda la vida española en Burdeos, de los 28.000 españoles allí residentes, en su mayoría obreros, que constituyen el siete por ciento de la población total. ¿Y cómo no? Quien quiera que llegó derrotado, sólo y sin trabajo, allí encontró aliento y ayuda. Había, y hay, bolsa de trabajo y consultorio jurídico para obreros. El «Solar», por tanto, es algo más que solar: es el corazón de una colonia.

Humilde, silencioso, sonriente sin atreverse a ir por delante ni quedarse detrás, el padre jesuita iba indicando:

—El salón de actos.

Los altos dignatarios de la Iglesia quedaron unos momentos contemplando el amplio salón.

—Todos los domingos hay cine o comedia.

Y siguieron Una clase. Una salita para círculos de estudio. Un patio para juego de niños.

—Tenemos albergue de verano en una finca de campo.

Alguien intervino:

—Para los españoles de Burdeos lo es todo.

Allí se sienten españoles más que en ninguna otra parte y para muchos es quizá el único lugar que les recuerda que además de españoles son cristianos. Hablan en español. Recuerdan a España. Forman la familia española.

—Quieran o no —dice con sonrisa el padre Garimendi— todos padecen la fiebre de España.

Así que cuando el cardenal Arriba y Castro llegó al día siguiente vestido de capa magna para oficiar de pontifical en la iglesia del «Solar», hombres y mujeres esperaban, a pesar de la lluvia, en las calles. La iglesia no fué bastante. Hubieron de sacar los bancos para dejar más espacio. Todos de pie, hombres, mujeres y niños, siguieron con emocionada atención el santo oficio. Todo español: oficiante, el panegírico y el numeroso coro de religiosas. En Burdeos hay unas docenas religiosas españolas.

No lejos del altar, conmovidas, con lágrimas asomándose a los ojos, unas hermanas. Eran las silenciosas y eficacísimas colaboradoras del padre Garimendi. Y dispersos, y ocupados en múltiples funciones, los padres y hermanos de profesión.

Ambas comunidades tienen residencia junto al «Solar».

Uno a uno fueron besando el anillo del cardenal español, después del refrigerio que siguió al pontifical. Cada uno oyó una palabra de afecto. Para todos evocó la caridad cristiana. Y en todos vió, durante el largo desfile, la atadura preciosa de una verdadera hermandad.

Hubo voces de tono más alto: brindis por el «Solar», por España y por Francia.

Luego, unos días más de convivencia con todo lo español. Audiencias con las hermanas del «Solar»... Visita al Hospital de Niños, donde había algunos españoles. Visita al Hospital de San Andrés, de proporciones enormes, en cuyas camas también había españoles. Y así, cualquier lugar donde hubiese aliento de un hombre de España.

En el noviciado de la Sagrada Familia le recibieron con el himno del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona.

INSTITUCIONES AL SERVICIO DE ESPAÑOLES EN PARÍS

En la tarde del 2 de diciembre se hallaban en una estación de la capital de Francia varios sacerdotes y seglares. Monseñor Rupp, uno de los seis obispos auxiliares de París y secretario de la Comisión Episcopal de Migración; el padre provincial de la Congregación del Corazón de María; el padre superior de la Misión Española; el embajador de España en Francia, y un representante del primer ministro francés. Todos esperaban al cardenal español, doctor Arriba y Castro.

«Sólo Dios puede salvar al mundo. Es necesario para la paz y para el bien de la humanidad revalorizar los valores cristianos.» Esto dijo el cardenal español en el Ayuntamiento de París, confirmando las palabras que poco antes había pronunciado el alcalde, monsieur Bernard Lafay. M. Lafay había estado el verano anterior en Santiago de Compostela para ofrecer al Apóstol el testimonio de la fe de París.

Monsieur Cotty, Presidente de la República, le recordó con cariño las poblaciones españolas que había conocido. Y luego se dejaron fotografiar juntos.

—Entre vosotros soy un claretiano más.

El cardenal Arriba y Castro conversaba así, en la intimidad, con una pequeña comunidad, una comunidad de diez padres. Los padres claretianos que dirigen la Misión Española en París.

Esta Misión está situada en la rue de la Pompe, en un barrio céntrico de la capital. Consta de iglesia y de un gran edificio anexo, parte destinada a residencia y parte a fines sociales.

Y salieron. París es grande. Hay muchos sitios donde ir. A las oficinas del «Secours Catholique»; al Colegio Mayor Español de la Ciudad Universitaria; al edificio de las religiosas del Servicio Doméstico, que atienden cuanto pueden a varios miles de muchachas españolas; al Instituto Católico de París; a la catedral de Nostre Dame... Y a todos

ellos fueron y conversaron con cuantos españoles encontraron.

—Ese es, eminencia.

Señalaba el padre superior un edificio, a cuya puerta esperaban grupitos de niños y niñas.

—¿Estáis contentos?

—Sí, padre.

Aquellos niños, limpios, alegres inquietos de júbilo, hablaban español. A sus espaldas tenían los muros del Patronato Español de la Pleine Ste. Denis de la Misión Española en los suburbios. Había también padres claretianos.

—Esto es el dispensario. Rayos X... La clínica dental... El consultorio.

El padre superior iba indicando. Un médico español se acercó:

—El doctor Estepé, de Barcelona. Hay dos médicos españoles y tres franceses. La ley lo exige.

Pasaron a un tercer edificio, situado en el centro.

—El salón de actos.

El cardenal de Tarragona vió su mano casi absorbida por labios infantiles. Con la otra daba caramelos. Y salieron.

Con la majestad de la púrpura de un príncipe de la Iglesia, el doctor Arriba y Castro quedó quieto ante un coro infantil femenino. «Benedictus que venit...» cantaban aquellas armónicas voces. Otros más pequeños entonaron una canción gallega. La madre superiora, con una sonrisa estática, como captada en una instantánea, contemplaba el cuadro.

Aquel cuadro perdió su rigidez plástica y entró en acción. Limpios, inquietos, no empujándose más porque las manos cariñosas de las hermanas —todas españolas— velaban el orden, tocando los bracitos, las criaturas de habla española, rodearon como un bando de palomas al representante de la Iglesia española.

—Venid conmigo.

Y casi revoloteando le acompañaron. No le abandonaron ni un momento. Y recorrieron los dormitorios, donde había algunos enfermitos, y la sala de juegos, y el dispensario. Un dispensario visitado también por los franceses.

En la capilla dijo a la feligresía infantil:

—Rezad por el mundo, por el Papa y por España.

A su regreso a París, al París-París, le esperaban en la Misión Española el arzobispo de Sens, monseñor Lamy, presidente de la Comisión de Migración en Francia, y monseñor Rupp, secretario. Se reunieron los tres.

MÁS DE CIENTO VEINTICINCO MIL REPARTRIADOS

«Una cosa es la superación del pasado en la unidad y reconciliación entre los españoles de buena voluntad, y otra, que pueda olvidarse lo que costó esa redención.»

Así habló Franco en su último Mensaje de Navidad. Estas palabras pueden servir también de punto final a la progresiva reincorporación, avalada por las leyes, de cuantos españoles han querido o quieran volver a su tierra natal.

Más de veinticinco mil casos familiares resolvió la Comisión de Repatriados. Esto es, más de ciento veinticinco mil casos individuales. Últimamente estaban pendientes unos cuatrocientos, porque el delito de sangre es el



En los campos de concentración franceses, muchos exilados se quedaron para siempre

que marca la línea divisoria entre los que regresan y los que no pueden volver.

Las puertas de España siempre estuvieron abiertas para el pasaporte. Pero el pasaporte no es un certificado de penales.

—¿Hace mucho que anda usted por aquí?

—No.

La Policía española interroga en la calle a un hombre, no mal vestido, pero algo aturdido. Aquel hombre, sin embargo, no sentía temor. Se dió cuenta de que entre ellos había un diálogo, simples preguntas.

—He decidido volver definitivamente a España.

—Bien. ¿Conoce usted su situación judicial?

—Pues no.

La hoja policíaca de aquel hombre no estaba limpia. Había delitos. Delitos de mayor tamaño que las cancelaciones penales generosamente otorgadas por el Gobierno. Delitos muy graves, en suma.

Aquel hombre miró a los agentes. Allí, delante de él, estaba parte de su pasado. Miró, trató de escudriñar en los últimos pensamientos de quienes se encontraban en torno de él.

—No se preocupe.

Con gesto extraño dió rienda suelta a su embarazoso estado de ánimo. Recién llegado del extranjero, aun traía consigo el lastre de la propaganda masiva a que fué sometido por gente interesada durante su exilio. No sabía qué decir.

—No se preocupe, hombre.

Las fichas eran incontrovertibles. Sin embargo, los agentes le daban ánimo.

—Tiene usted dos soluciones.

Aquel hombre miró con ansia. —Puede usted aceptar el fallo de la Justicia y puede usted tranquilamente salir.

Supo cuál sería, con arreglo a los delitos, el fallo de la Justicia. Y optó por salir. Acompañado hasta el lugar de partida su expresión de reconocimiento nada parecía objetar a la ley.

—Que ellos escojan. Esta fué la contestación del Consulado ante el caso de dos compatriotas expulsados de Norteamérica por las autoridades. Estas autoridades se habían dirigido antes a la Representación diplomática de España.

Aquellos dos individuos tenían una serie de responsabilidades a las que hacer frente. Y no quisieron volver. El Consulado de España les dió, sin embargo, pasaporte para otro país.

PUERTAS ABIERTAS

Quien quiso, tuvo pasaporte para España. Antes, cada uno trató de arreglar su situación. Ahora, no se trata de resolver problemas individuales. Ahora es una medida colectiva, general. Una medida de eficacia y rapidez.

Exilado es todo aquel que sin pasaporte salió de España desde julio de 1936 a principios de abril de 1939. No basta el haberse presentado al Consulado.

Pero no son pocos los que a lo largo de su permanencia en el extranjero han creado allá familia y modo de vivir. Más de uno quiso venir a la Patria y en seguida volver. Tenía pasaporte sólo válido hasta España. Aquí, de nuevo tendría que tramitar otro de salida con destino al lugar de su residencia. Para muchos, no fué tentadora la solución. Y siguieron con la condición de exilados.

Después de la última medida de nuestro Gobierno, no. Quien quiera puede recuperar el honroso título de español, ya secas. De español residente en país extranjero. Para ello, muy poca tramitación. Un simple pasaporte de treinta días. En treinta días puede ir y volver de la Patria, si la «hoja está en blanco». Al llegar de nuevo a su residencia y cada-

cado el pasaporte, quedó anulada la condición de exilado. Será un simple español en el extranjero, con todos los derechos.

La «hoja en blanco» es lo que estará presente en más de uno cuando piense en la Patria lejana. Muchos ignorarán su verdadera situación judicial. También se ha resuelto esta inquietud. Para ello cuentan en los Consulados, a partir de ahora, de un Servicio de Consulta, que de la Comisión Interministerial de Repatriados recibirá el informe de cada cual.

Pueden volver—lo ha dicho el Ministro de Asuntos Exteriores—cuantos, sin otras responsabilidades no indultables, figuraron como afiliados a los partidos y organizaciones políticas o sociales que integraban el Frente Popular, como también los alistados, forzosa o voluntariamente, incluso con mando, en las filas del Ejército o de la Armada rojos, así como los que obraron en cumplimiento de funciones por razón de los cargos que desempeñaban. Y pueden también reintegrarse a su Patria los que formaron parte de los Tribunales u otros organismos que juzgaron a personas acusadas de ser adictas al Movimiento Nacional, los que hubiesen denunciado a otros españoles y, en general, todos aquellos que hubiesen estado incurso en penas de menos de veinte años.

No puede haber castigo para el que vuelva, con arreglo a esta disposición. Si por ignorancia propia o por haberse descubierto durante su estancia en España delitos no indultables alguno mereciese procedimiento judicial, tiene una doble solución: someterse al proceso o regresar a su lugar en el extranjero. Las puertas están abiertas para entrar y para salir.

El Caudillo ha querido liquidar, de una vez para siempre, las últimas consecuencias de aquella tremenda lucha que, si ya no existen por el perdón, no conviene olvidar como enseñanza para el futuro.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON FRANCISCO SERRANO
ANGUITA

SI con retraso recibió usted el aviso del señor duque de Bailén, como presidente de la Sociedad Madrileña Protectora de Animales y Plantas para pedirle que escribiese en favor de la vaquilla de Torrevieja, objeto de la lapidación, del acoso tremendo y feroz, de la crueldad de un pueblo, según la horripilante descripción que ha brotado de su pluma franciscana, con más tardanza tengo que defender a Torrevieja cuando el testigo veraz que le informó para su relato espeluznante, como cualquier redactor de anónimos estará digiriendo junto con los turrines la torva felicidad de la insidia, el regusto morboso de la calumniosa mentira, mientras que todos los torrevejenses se hayan aplastados por un complejo de culpabilidad que no existe. Intervengo en este caso práctico que se nos presenta ante la cristianísima doctrina española de la información, donde sólo ha de resplandecer la verdad por amor a la doctrina y por amor a Torrevieja.

En la vaga denominación de Levante hay que distinguir entre las tierras particularmente levantinas y las que entran en otra inconcreta apelación; porque los arqueólogos y los que organizan el ahorro les han llamado con una toponimia de orientación geográfica sudeste de España. Este sudeste es el solar de una civilización antiquísima, cuyas formas de vida están más pulimentadas, son más corteses por los embates de la mar en la costa. Don Justo García Soriano estudió el dialecto melodioso de este país, que es casi un país fronterizo en medio de Murcia y de Alicante, y sin ser por completo murciano ni alicantino. Es la vega baja del Segura, el río que fertiliza más gleba que ningún otro en proporción con sus caudales, a pesar de su fama de río salido de madre; es la vega de los huertos de naranjas y limoneros, de las tahullas con cáñamo y algodón, cultivos pingües que buscan instintivamente el puerto de Torrevieja, aunque todavía no haya conseguido ser un puerto comercial. La tibieza del clima, la suavidad de las costumbres, la elegancia de la vida diaria aun en las familias más humildes, que producen a las mujeres más distinguidas y peripuestas de la región, hasta el extremo de que cuando un padre de la huerta se encuentra con una hija que se viste y se compone con más garbo y aliciente que las otras, sólo se le ocurre decir que le ha nacido una hija torrevejera, son seducciones que atraen hacia Torrevieja desde los hortelanos de la vecindad durante el estío hasta a don Ramón de Campoamor, que fué el propietario de la dehesa en el Pilar de la Horadada, cuyo cura logró tanto renombre en el siglo pasado gracias a una humorada repetidísima de don Ramón.

Torrevieja, cual el sacerdote del vecino Pilar de la Horadada, como todo lo da, no tiene nada, a no ser la gratitud de los que se tonificaron con su veraneo y de las naciones remotas hasta donde llega su sal como un alcaloide del alma española. Debería usted asistir, don Francisco Serrano Anguita, a unas fiestas de la Purísima en Torrevieja para no fiarse más de testimonios ajenos, porque es preferible para creer ver tres veces, de acuerdo con el conse-

jo del Santo. En Torrevieja hay millares de canarios cuidados como odaliscas, lo mismo que se miman a los gatos más hermosos de España, lo que tal vez indique la benigna inclinación natural de sus habitantes, tan amantes de los pájaros y de los felinos. Pero si no nos basta este dato sobre las personas que se entregan con tal abnegación a la cría venturosa de los animales, hay otro índice que tenemos que aceptar expresivamente de una conducta más humanitaria, más caritativa. Las solteronas de algún rincón del mundo que erigen un mausoleo a su perro, no sienten la más mínima compasión por los huérfanos de su contorno; pues bien, don Francisco Serrano Anguita y señor duque de Bailén, los que denunciaba ese testigo malintencionado son los que adoptan, los que prohijan a más niños y niñas de España. Cuando uno visita Torrevieja se extraña de esta manera tan exagerada de recoger a los desvalidos, de crearse familiares ficticios. Desde el aguador al matrimonio pudiente hay una gama de adopciones enternecedoras, y yo conozco el caso de Mamá María, que hasta presume de haber corregido a la naturaleza, habiéndose fabricado con su cariño una prole numerosa que ya se extiende en los nietos y en las nietas.

Llegan los barcos a Torrevieja para cargar la sal que ha de ir desde Noruega hasta el Japón; pero sus tripulaciones no pueden asombrarse con escenas (como la denunciada) de salvajismo. Los extranjeros, denominados «chanes» en el argot torrevejense, más bien ofrecen espectáculos de barbarie, en el sentido que los antiguos romanos aplicaban a esta palabra... Salvo los marinos japoneses, tan asépticos que parecen envueltos en papel celofán, la demás marinería se excede ante las pupilas corteses y avizoras del pueblo, que ha viajado también como pescador hasta el Atlántico marroquí y antaño trayendo y llevando el cabotaje del Mediterráneo. La gente de Torrevieja no se asusta de nada, y por este motivo se desentiende cuando los marineros escandinavos agotan en las farmacias el alcohol de quemar para injerirlo como bebida o cuando los marineros griegos infectan a la comarca de artículos de belleza de procedencia americana. El «chan» no puede educar al torrevejense, sino acaso al revés, ya que varios extranjeros se han casado con esposas de Torrevieja y su hogar ha resultado dichoso. Y de la vaquilla, ¿qué?; estará rumiando mientras lee cuanto le escribo, pero sólo puedo constatarle que lamento la broma que le han gastado, pues las fiestas de la Purísima Concepción han sido solemnísimas y como un anticipo de los enormes festejos que se preparan en Torrevieja para el verano. Entre tales atracciones sobresale un certamen nacional de habaneras, que es una canción que aun se canta desde el golfo de Rosas catalán hasta la misma Habana, y que asimismo se ha cantado muchísimo en Torrevieja. Como usted, don Francisco Serrano Anguita, estuvo en La Habana durante su juventud y conserva un grato afecto a todo lo cubano, yo me permito invitarle como huésped y Jurado de ese certamen. Entonces verá lo que es Torrevieja y hasta dónde llega la hospitalidad torrevejense.

SUSCRIBASE A
POESIA ESPAÑOLA

CONVIVENCIA EN LA VERDAD

DESDE estas mismas columnas de EL ESPAÑOL se ha dicho recientemente que el año 1955 registrará la máxima concentración de las fuerzas de la guerra, y de las fuerzas de la Iglesia, «aunque la Iglesia hará lo posible y lo imposible por evitar la guerra». El Mensaje navideño del Santo Padre, cuyo texto, debido a su enfermedad, se ha hecho público el día 3, constituye ya un llamamiento patético en favor de la paz. La vida entera de Pío XII, cuya actividad, realmente insuperable, se proyectó en todos los campos y facetas del apostolado y del magisterio, parece centrada y polarizada en torno a este gran objetivo: la consecución de una paz cristiana, de la «Pax romana», «Opus iustitiae, pax», es el mote de su escudo y el lema de su pontificado. La justicia y la justificación—en sus más nobles y varias versiones—como base, la única firme, de la paz entre los hombres, en el seno de las sociedades y entre los pueblos.

Ahora, en su Mensaje, el pensamiento del Romano Pontífice discurre a través de estas tres afirmaciones: no es sólida y consistente la paz que descansa exclusivamente en el temor a la guerra. Tampoco es posible la permanencia de una paz basada en el error. El único fundamento para la convivencia armónica de los pueblos es la coexistencia y coincidencia en la verdad. La nueva coexistencia impuesta por el temor, dice Su Santidad, sólo tiene dos perspectivas posibles: «O sube la coexistencia en el temor de Dios y, por tanto, la convivencia de paz verdadera, inspirada y vigilada por el orden moral por El impuesto, o irá quedando cada vez más restringida a una parálisis glacial de la vida internacional, cuyos graves peligros se pueden prever ya desde ahora.»

Varios son los factores que están propiciando y acelerando esta parálisis, pero no es el de menor influencia la desunión hija de los celos que mutuamente mantienen entre sí muchos pueblos europeos, desunión frente a la que re-

gistramos la cohesión monolítica que el comunismo presenta en su área de dominio o influencia. Ciertamente que en las naciones de Occidente hay también quienes fomentan la tan necesaria unidad, tratando de buscar el plano de incidencias y coordinación «en recusar concordemente el género de vida contrario a la libertad, que es propio del otro grupo». Ahora bien: el Santo Padre pone de manifiesto cómo, si bien es útil esta «aversión a la esclavitud», su efectividad no es la deseable ni la suficiente, ya que se trata de un valor negativo y no posee la fuerza necesaria para estimular al espíritu humano a actuar con la misma eficacia con que puede hacerlo bajo una idea positiva y absoluta. La posición doctrinal y práctica de España ante la capacidad de acción, penetración y expansión del comunismo fué la que considera que no basta descubrir su verdadera entraña, la falsedad de su dogmática y hasta qué punto su triunfo supone fatalmente la negación de los derechos más sagrados de la personalidad humana. Hemos estimado que no puede ser ni exterior ni interiormente vencido el comunismo, sino mediante un nuevo ordenamiento económico y social, que desplace la injusticia constituida a un sistema de vida y económico que «sirve de soporte a la prepotencia de unos pocos a costa de la miseria de los más». La idea que puede movilizar e impulsar la cooperación de todos, dice el Papa, «podría ser el amor a la libertad que Dios quiere y que está en armonía con las exigencias del bien general, o también el ideal del derecho natural como base de la organización del Estado y de los Estados». Libertad personal, bien común y derecho natural, los polos cuya acción recíprocamente conjugadas y debidamente armonizadas, como venimos manteniendo con insistencia, pueden devolver la normalidad al pulso de los pueblos.

EL ESPAÑOL

UN MENSAJE DE PAZ

DE acuerdo con una sana costumbre política de comunicación entre el gobernante y los gobernados, Su Excelencia el Jefe del Estado ha dirigido al pueblo español, en las primeras horas del nuevo año, un extenso e intenso radiomensaje, cuyo sentido general—ante la imposibilidad de glosar en el marco reducido de un editorial todos los conceptos y aspectos del mismo—podemos resumir en estas ideas: la orientación tradicional, católica y progresiva, de la política interior española; la inspiración de la economía en la justicia y la colaboración, y, por último, el claro y realista planteamiento de nuestra posición internacional.

Al hablar de orientación tradicional nos referimos al fundamento último de las ideas sobre las que ha edificado y edifica su política y su estructura el Estado español. Ideas todas ellas enraizadas en la parte mejor de nuestra tradición jurídica, en la parte más pura del arte del gobierno entendido al modo español. Por ello comienza el radiomensaje aludiendo, antes que a nada, a los hogares españoles: «Todas las bendiciones que sobre España se derraman tienen en buena parte su base en la vida honesta de nuestros hogares.» Porque toda política y todo político católicos y dotados de sabia prudencia saben que el hogar, como símbolo y núcleo de la familia, es el principio, la célula básica y matriz, de la sociedad, y es ésta, a su vez, el soporte natural del Estado. «Hemos de pensar que si el Estado es la fortaleza

que a todos nos cobija y defiende, las familias, con sus virtudes y sus economías privadas, son los sillares sobre los que se levanta el edificio.» En este pensamiento, que se aleja por igual de la anarquía individualista que del socialismo estatal, se encuentra precisamente el origen de los periodos de gobierno mejores que haya tenido en cualquier tiempo España. Que en ella, por respeto al valor eterno del hombre, nunca podrían prosperar las concepciones políticas que divinizan al Estado, y nunca merecería la adhesión y el apoyo nacional la acción de gobierno que no fuera dirigida ante todo y sobre todo, al honrado, bueno y justo servicio de los legítimos intereses de la sociedad.

Aquí, directamente ligado a este punto, aparece lo que tiene de progresiva la actual política española para conseguir el mejor servicio a tales intereses: «... Hemos construido un Estado católico, social y representativo, con sus magistraturas y puestos de mando abiertos a todos los españoles, según su mérito; donde es posible la cooperación de todos en el mejor tratamiento y gestión de los asuntos nacionales y donde actúan resortes autónomos de fiscalización, de reconocimiento y de juicio de las iniciativas legales y de las personas que ejercen las funciones de mando.»

Un Estado construido con visión del futuro, porque en política no se puede vivir al día ni mantenerse de recuerdos, que, aceptando de

nuestra tradición la forma de reino, forma propia de nuestro Siglo de Oro, pero rechazando todas las corruptelas del liberalismo, supone una expresión política ajustada al nuevo ritmo, al pulso actual del mundo. Y como hoy las necesidades sociales predominan sobre el auge tinglado de intereses e injusticias que protegían los sistemas liberales, el nuevo Estado español se ha edificado sobre una base de sindicalismo nacional: «...que abarca a la sociedad entera en sus diversos planos y sectores, absorbiendo los modos y tipos de organización del viejo liberalismo y montando sobre el Sindicato un sistema de instrumentos de representación pública».

En un Estado tal, tradicional y orgánico por su estructura, católico por su doctrina y su conducta, social por su base, toda la vida económica se ha rectificado atendiendo a dos imperativos ineludibles: la justicia social y el espíritu de colaboración ciudadana. «Unos años de buen gobierno han bastado, aun en medio de las mayores dificultades, para adoptar las fórmulas y soluciones de avance social aplicadas en los demás países, y aun para sobrepasarlas en muchos aspectos.» Y más adelante: «Con la ayuda de Dios, vamos a hacer de las conquistas sociales la sustancia nueva de nuestro ser nacional, de la unidad entre los españoles y de la definitiva recuperación de la salud histórica de nuestro pueblo.»

No hace falta aquí enumerar en concreto estos avances o conquistas sociales. Cualquiera español los conoce del modo más eficaz: como beneficiario de los mismos. Pero si conviene insistir en la necesidad de mantener un alto espíritu de colaboración ciudadana hacia los demás y hacia la obra del Gobierno en la vida económica, pues, como se afirma en otros párrafos de este radiomensaje, ejemplo de serena y lógica exposición de una política responsable y acertada, y como puede deducirse con el raciocinio más elemental, sin la unión de esfuerzos, sin la cooperación de todos en la gigantesca empresa que forma la nación, no puede haber un aumento de producción y de riqueza, y sin éste, no puede avanzarse con seguridad hacia nuevas conquistas en el campo de lo social. ¿Cómo no hacernos eco al tratar este tema de esa cristianísima y enérgica llamada del Jefe del Estado a la colaboración de todos en favor de la construcción de viviendas? A todos los que puedan colaborar a este fin: «a las empresas, no comprando y distraiendo viviendas para otro uso del que fueron contruidas, sino edificándolas y levantándolas por sí, y en la medida que su situación se lo permita, para sus obreros y empleados»; a «los particulares cuyas economías se lo consientan (para que) dediquen una parte de sus inversiones a la construcción de viviendas...»

Se refiere, por último, el radiomensaje a la

situación internacional. Hemos escrito al principio que contiene el claro y realista planteamiento de la posición internacional española. Claro, porque hoy que no es posible a ninguna nación inhibirse del área de los acontecimientos bélicos, y menos a una nación católica regatear su ayuda a la defensa del mundo occidental, España puede afrontar la grave crisis actual sin tener que reprocharse responsabilidad alguna «en ese concurso de errores que ha puesto al comunismo soviético en situación de mantener constantemente en jaque la paz del universo». Posición clara, además, porque no ha variado en veinte años su oposición rotunda al comunismo soviético: «Tenemos consciencia y experiencia de que el comunismo no se atiene a las reglas de la buena fe y de que su agresividad es consustancial con él y sólo depende para utilizarse de su cálculo sobre la oportunidad de cada momento.»

Visión realista, visión de buena política, puesto que la política se hace con realidades, no con imaginaciones ni sueños, que culmina en los posibles y únicos remedios aconsejables para conjurar o paliar al menos el peligro comunista: cancelación de todos los pleitos y problemas capaces de debilitar la unión y la mutua seguridad de las naciones de Occidente; acción de positivo desarrollo económico en los espacios económicamente atrasados o débiles, presa fácil del comunismo; abandono de las posiciones de privilegio, de las posturas de vencedores y vencidos, que han perdido ya su razón de ser.

Y como culminación de este favorable balance de la política española, como remite del extraordinario inventario de una acción de gobierno—servida por los hombres del Movimiento Nacional y nacida de su ideario—, una protesta nacida de un profundo entendimiento católico y español de la guerra: que no se haya hecho nada hasta ahora por condicionar y limitar el empleo de las armas atómicas. «Nunca la utilización de un arma estuvo reñida con condicionar su uso; precisamente cuanto más potentes y destructoras son aquéllas, más necesitan ser condicionadas.»

Por desgracia, el desarme universal es irrealizable. Pero no sería irrealizable sujetar las guerras a las normas del clásico derecho internacional. Y también aquí la opinión política española que contiene el radiomensaje de Su Excelencia el Jefe del Estado hunde su inspiración en la mejor tradición española, para que no pueda decirse que «en la tierra de Francisco Vitoria, donde el derecho internacional tuvo su cuna, admitimos sin protesta el silencio y la inhibición general que reina sobre materia que tantos daños y lágrimas puede costar al mundo».

EL ESPAÑOL

EN EL NUMERO 35 DE

POESIA ESPAÑOLA

encontrará las firmas de Juan Bautista Bertrán (S. J.), Rogelio Buendía, José Córdoba Trujillano, José Luis Gallego, Vicente Gaos, Michel Gauthier, E. Gutiérrez Albelo, Mariano Roldán, Carlos Salomón, Sebastián Sánchez Juan y Eduardo Zepeda Enríquez.

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS. —: Administración: PINAR, 5, MADRID.

IRMGARD SCHMIDT, CONDENADA (POR ESPIA) A CINCO AÑOS DE PRISION

**"Su tragedia es la tragedia de una
mujer joven bajo la opresión"**

BELLEZA Y CEREBRO AL SERVICIO DE RUSIA

BERLIN es la ciudad donde todo es posible. Centro neurálgico de la encrucijada entre dos mundos, la ciudad, dividida por un invisible «telón de acero», sigue siendo lugar de guerra. De guerra sorda, oculta, sin ruido, pero guerra al fin.

La ciudad está partida en dos mitades. El autobús y el Metro van de un lado a otro. Cada paso, cerca de las alambradas que cierran determinados caminos, está vigilado. Diariamente llegan a la ciudad, después de jornadas y años delirantes, evadidos de la Alemania oriental. ¿Cómo es posible precisar entre tales contingentes la cabeza que trae en la memoria una clave secreta, una misión especial?

Se calcula que no menos de 300.000 agentes secretos trabajan de una forma u otra para el Servicio Secreto ruso. Sin embargo, al revés, las misiones de contraespionaje son enormemente difíciles. El enorme aparato policiaco de cualquiera de los Estados comunistas, las posibilidades de constante e ilimitada inquisición sobre los individuos, la increíble desconfianza que reina en sus sociedades, convierte las pocas y escasas aventuras al otro lado del «telón de acero» en riesgo mortal. Sin embargo, el paso a la Alemania occidental es fácil. No hay más que decir: «Vengo huyendo. Pido protección».

UNA MUJER DE VEIN- TICUATRO AÑOS

El 21 de diciembre se formaba el Tribunal de la Alta Comisión Norteamericana en Berlín. El juez Ambrose Fuller, de Chicago, miraba un poco sobresaltado a la acusada. El fiscal, de pie, ante una larga mesa, señala uno por



La joven alemana Irmgard Margarethe Schmidt fotografiada al comenzar el juicio ante un Tribunal norteamericano en Berlín que la ha condenado por espionaje

uno los documentos. El doctor Egon Bach, su abogado defensor, comenzaba:

«Su tragedia es la tragedia de un mujer joven bajo la opresión.»

Sentada, fría, tranquila, una mujer de veinticuatro años, oía cómo se desarrollaba el proceso.

—¿Su nombre?

—Irmgard Margarethe Schmidt.

El fiscal, Thomas Lancian, añadía:

—En el Servicio ruso su nombre es el de Stefania.

Irmgard retaba con sus ojos negros, firmemente expresivos, al acusador. Un periodista italiano murmuraba:

—Molto graziosa.

Y era cierto. Irmgard Schmidt es una mujer joven, de gran belleza. Morena, con una melena corta de pelo fuerte y denso, que se le va en rizos a la cara, podría recordar a una mujer del Medio-

día. Pero podría recordarla solamente. Posee una cara redonda, firme en el mentón, unos ojos pícaros, casi festivo y sonrientes, que preocupan un poco. Una boca firme, que, como los ojos, se frunce un poco irónicamente.

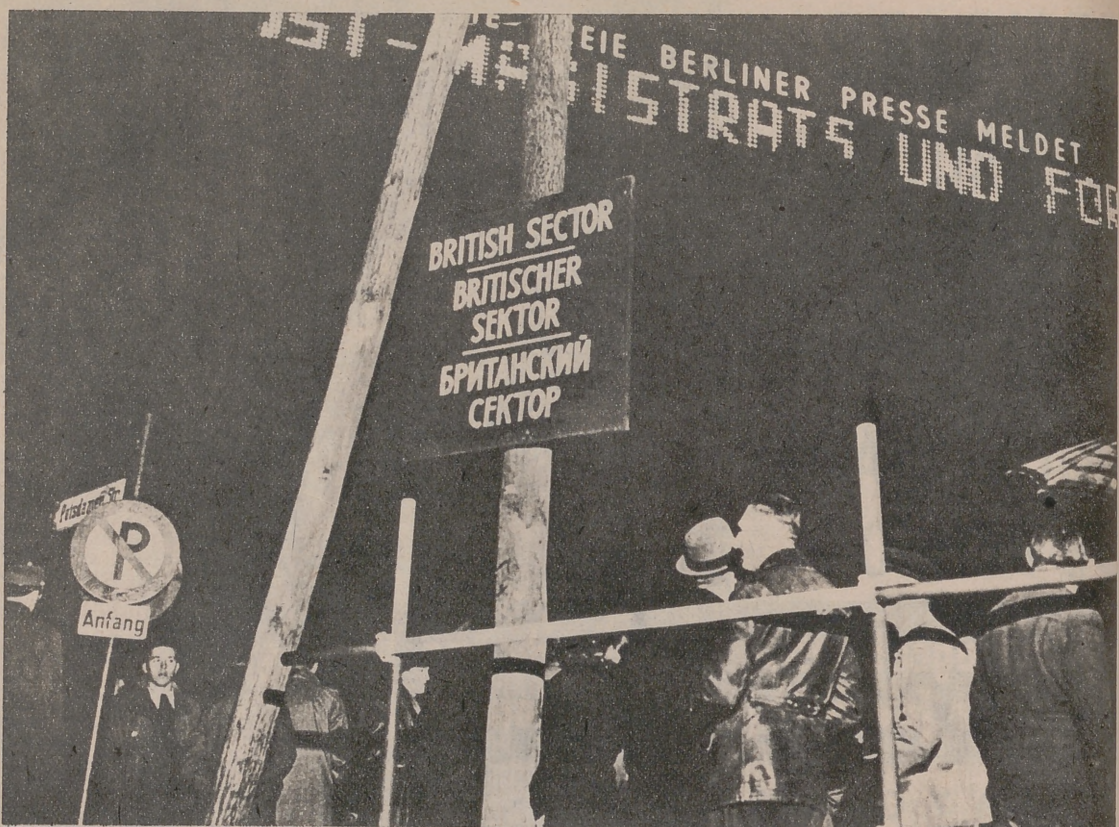
Viste elegantemente, casi demasiado. El día del juicio apareció con una bonita blusa blanca, traje gris con solapas de terciopelo negro y abrigo de impecable corte. El cuadro se podría completar con esta breve noticia: «Apenas maquillada, un poco de color en los labios.

Sin embargo, la acusación era tajante: espionaje.

UNA ESPIA CON BELLEZA Y CEREBRO

El fiscal, poco a poco, fué descubriendo al Jurado las incidencias del «caso Irmgard Schmidt».

—Se trata —decía— de una ra-



Un noticiario luminoso situado a veintidós metros y medio de altura en el sector británico de Berlín, y que es visible desde el sector ruso, ofrece a los alemanes situados tras el telón de acero información de los más destacados acontecimientos

ra combinación de belleza e inteligencia, cuyo fin era el de recoger información sobre los Servicios Secretos de los Estados Unidos y transmitirla a los rusos por el Berlín oriental.

Se daba, pues, vigencia oficial a la belleza y al espionaje de la mujer. Alguien ha dicho que se trata de un caso cercano al de Mata-Hari. Lo cierto es que su detención ha apasionado a los alemanes.

El fiscal añadía:

—Los oficiales encargados de hacer investigaciones sobre su conducta demostraban un interés más que profesional por miss Schmidt.

Era declarar algo que ha aparecido constatemente en el juicio: Irmgard utilizó constantemente su belleza como un arma. Y aunque recuerde a las malas novelas, con extraordinario éxito.

Pero lo más importante es, sin embargo, sus dos años de espionaje. ¿Cómo pudo llegar a los centros del contraespionaje norteamericano?

CINCO IDIOMAS PARA ANDAR POR EL MUNDO

Irmgard Schmidt ha nacido en Alemania oriental. Estudiante de Filosofía está graduada por la Universidad de Halle, donde comenzó a destacar entre el grupo de los jóvenes comunistas. Hace entre ellos una vida activa. Asiste a conferencias, lee libros, consulta a los jefes. Tiene entonces el mismo gesto de seguridad que tenía al comienzo del juicio.

Ocurre, sin embargo, que tienen que pasar años antes de que el partido comunista comience a

tener alguna confianza en ella. ¿Por qué? Por una razón: por la única, como veremos más adelante, que el Tribunal que la ha juzgado ha consentido en reducir la condena a cinco años: por tener preso a su prometido hace dos años y haber hecho hincapié en la defensa en que todo lo que hacía se realizaba ante la presión y el temor por su vida. Tales son los datos.

En la Universidad, frau lein Schmidt, dedica horas y horas a los idiomas. Constante, tenaz, voluntariosa, llega a hablar correctamente cinco lenguas. Y, entre ellas, el inglés.

En el año 1952 la joven universitaria comienza a tener una leve relación con los Servicios Secretos rusos. ¿Se trata de una prueba? En el juicio dirá lo siguiente:

—Me llamaron, y quedó claro lo que querían: se trataba de prepararme para hacer espionaje en el Berlín occidental.

—¿Se le sugirió o se le ordenó como miembro del partido?

—Fué una sugestión.

El caso es que en mayo de 1953, Irmgard Margarethe Schmidt pasaba al Berlín occidental. Con ella se presentaba el mismo caso que con los miles de refugiados. ¿Quién era? ¿De quién se trataba?

COMIENZA LA OFENSIVA

El Intelligence Service británico no es muy amigo del empleo de la mujer en los servicios de espionaje. Dan muchas razones, y, entre ellas, una de peso: que son fácilmente sospechosas. Su único procedimiento para conse-

guir averiguar secretos es solicitándolos de los oficiales que los conocen. Eso es peligroso y difícil, ha dicho uno de los jefes del espionaje inglés en un libro.

Sin embargo, no fué ese el caso de la bella espía alemana. Cuando llegó a Berlín tenía órdenes y direcciones concretas. Lo único que había de hacerse era ponerlas en marcha.

De mayo a agosto —que agosto es un mes importante en su breve vida doble— Irmgard penetra en el Berlín alegre y musical de los lugares de lujo. Aparece también allí donde ella sabe se encuentran los oficiales del Servicio Secreto. Con lentitud, sin prisa, pero con inteligencia, llega al conocimiento con varios de ellos. Dos de ellos son mister Callaghan y Lemmy Caution, pero alcanza de igual forma a dos altos jefes. Se encuentra entonces en el borde de la sima. De ahí en adelante cada paso en falso la puede arrojar a la muerte.

«YO QUIERO ENTRAR EN EL SERVICIO»

Dos han sido las personalidades cuyos nombres han quedado al margen del proceso. Dos nombres que no se han pronunciado.

A uno de ellos, Irmgard Schmidt le delata su deseo de entrar en el Servicio Secreto.

—Me gustaría trabajar contigo, seguirte a tu trabajo. Por otra parte yo soy una de las víctimas del comunismo. Podría hacer de agente doble, he conocido muchas personalidades comunistas en Alemania oriental.

La contestación del alto oficial

la ha dado en el juicio el prosecutor Thomas Lancian:

—Este oficial tenía por ella un interés que nada tenía que ver con el profesional.

Así, pues, en el mes de agosto, la joven alemana, con sus cinco idiomas para andar por el mundo, ingresaba en la American Military Intelligence Order of Battle Section. Es decir, el departamento ocupado en informar sobre los movimientos de las tropas y las fuerzas soviéticas en Alemania oriental.

—Antes —dice el fiscal— había llegado a conocer otras noticias importantes a través de sus enamorados.

—¿Qué clase de noticias —decía el doctor Egon Bach.

Mister Thomas Lancian es un hombre escueto, abogado de Everett, del Estado de Massachusetts, no es amigo de perder el tiempo ni de llamar las cosas por otro nombre que el que tienen. Así que, rápido, contestaba:

—Las revelaciones realizadas por la acusada han causado irreparable daño a nuestro prestigio en Berlín. No han tenido otro objeto que beneficiar a los soviets.

La contestación era clara, roncunda. Irmgard Schmidt todavía, en aquel instante, se sentía tranquila.

Una vez dentro de la «Battle section» reúne en su torno, usando y fingiendo por cada uno de los oficiales un amor distinto, una verdadera cadena de servidores que, inconscientemente, la van informando de todas las novedades. Según sus declaraciones las primeras relaciones que hace pasar a terreno ruso se refieren a los propios agentes secretos con los que convive y sobre el mecanismo interno de la sección secreta.

«INTERES EXCESIVO»

A Irmgard le ocurre lo que pasa siempre. La confianza, la facilidad con que ha ocurrido todo la va haciendo más curiosa, cada día que pasa más impaciente. Ahora, su interés no está ya en lo que pueda conseguir haciendo hablar a sus amigos, sino que intenta llegar por sí misma a conclusiones más rápidas y definitivas. ¿De qué forma? Llegando a los archivos secretos y a las cajas fuertes.

El enorme celo desplegado por Irmgard para llegar a los últimos ficheros de la sección se hace sospechoso. Nadie comprende bien lo que pretende la «bella alemana». Alguien piensa que se trata, simplemente, de curiosidad femenina. No se quiere profundizar más.

Pero unos días más tarde, después de una breve conversación en las oficinas centrales se llega a la conclusión que debe alejarse del Cuartel General, del H. Q., a Irmgard. ¿Por qué?

Por «undue interest». Es decir, por indebido, excesivo o quizá ilícito interés. Esto ocurría el 15 de octubre del pasado año. Alguien, un inteligente oficial de los servicios internos, vigilaba sus pasos. Pero eso fué todo: su pecado, oficialmente, era la curiosidad. Nadie sospechó más.

ESPIONAJE EN EL AEROPUERTO

Uno de sus amigos, después que ella le puso en antecedentes de lo ocurrido, prometió buscarla un nuevo empleo. Una mujer «curiosa», pensaba el coronel del servicio secreto americano, no puede estar en un puesto donde las informaciones que se reciban formen parte de la guerra subterránea, pero se la puede buscar otra cosa.

Entonces, por una serie de azares movidos un poco por Irmgard, que va presentando sus deseos, se consigue para ella un puesto de escasa importancia sustancial, pero radicado también en un centro neurágico: en Tempelhof, el aeródromo de Berlín. En Tempelhof, base aérea de la «U. S. Air Force».

Unos pocos metros separan el quiosco de Irmgard de la puerta del Cuartel General del Servicio Secreto en el aeropuerto.

Diplomáticos, periodistas extranjeros, políticos, militares de todas las fuerzas aliadas, van conociendo rápidamente a la «bella sonriente», que ofrece, desde el mostrador, revistas y periódicos de todos los países y lenguas del mundo. ¿No es ella políglota?

Unas veces, suavemente, el «Was wünschen Sie, mein Herr?», un «¿Qué desea usted?», que va hilvanando en todos los idiomas.

Conoce, durante estos últimos meses de trabajo en el aeropuerto nuevas gentes, con las que más tarde se reúne en cualquier lugar con música. Tiene —dirá ella más tarde— la sensación de que todo va a salir bien. De que siempre la va a proteger la suerte.

LA ULTIMA TENTATIVA: «ME CASARE CONTIGO»

No pierde, sin embargo, de vista su primero y más importante objetivo: la sección de contraespionaje norteamericano. La «Order Battle section» sabe ella que es la médula espinal de sus investigaciones. No puede intentar, como en otras ocasiones, recurrir a los oficiales americanos, porque, en estos momentos, su curiosidad no tendría otra posibilidad que conectarla con los sucesos del 15 de octubre y ponerla en peligro.

No deja de reconocer, sin embargo, que la jugada es peligrosa. Lo que tiene que averiguar es mucho y no se puede resolver con ligeras confidencias. Trata, entonces, de resolverlo todo de golpe. De jugárselo todo en una carta. Un hombre, repentinamente aparecido por el aeropuerto, le da la clave.

—Was möchten Sie lesen?
—¿Qué quiere usted leer?— le pregunta.

—«France-Soir» bitte.

El hombre que tiene ante ella



La espía de los rusos en Berlín es conducida ante el Tribunal que la juzgará y condenaría a cinco años de prisión. Irmgard Margarethe tiene veinticuatro años y habla cinco idiomas

no es otro que Sturm, un empleado alemán del Cuartel General, de la Bettle section, Irmgard sabe que Sturm está enamorado de ella.

—¿Daremos un paseo?—pregunta él.

—Sí. Quedamos en la Kurfürstendamm.

La Kurfürstendamm es una de las viejas y clásicas avenidas de la riqueza en Berlín. Antes de la guerra era, creo que sin excepción, la mejor calle de la ciudad. Los escaparates bellísimos, sutucos, las joyerías, los automóviles recién salidos de la fábrica.

Cuando Irmgard llegó a la cita, Sturm estaba ya impaciente.

—Yo —le dice después de una larga conversación la alemana— me casaría contigo.

MATRIMONIO CONTRA DOCUMENTACION DE LOS ARCHIVOS SECRETOS AMERICANOS

La emoción de Sturm es enorme. El Kappellmeister, el director de la orquesta, toca en aquellos momentos para ellos. Era un meridional alto, de ojos negros, diría más tarde el periodista que reconstruyó las últimas escenas del «caso Irmgard».

—Pero antes de casarnos, dice la mujer, tendríamos que hacer algunas cosas.

Herr Sturm mira a Irmgard, pensando que lo que hay que hacer en una boda es cosa de papeles. No le extraña, por eso, oír la decir:

—Tengo que tener una documentación.

Ni la contesta. El hombre está tranquilo, feliz.

—Es que la documentación está en los archivos del Servicio Secreto.

El hombre da un verdadero salto:

—Eso —dice— es imposible.

La mujer, a la desesperada, incapaz de retroceder, le cuenta esta historia:

—Yo ya he hecho espionaje; tengo que hacerlo para salvar la vida de un amigo que está preso de los rusos.

Sturm vuelve a rehusar, pero la pregunta:

—¿De qué información se trata?

—Del dispositivo militar de las fuerzas de los Estados Unidos.

La cosa es tan evidentemente grave que el alemán se queda sin habla. Oculta como puede su emoción y la contesta:

—Te contestaré mañana. No sé tan siquiera si podré conseguirlo.

En los ojos de Irmgard, en aquel momento, brilla su enigmática y burlona sonrisa. Uno más, quizá piensa.

COGIDA EN LA TRAMPA

Sturm no esperó a que pasaran dos minutos después de su extraordinaria cita con su compatriota cuando se presentaba ante el jefe superior de la sección de contraespionaje.

—¿Qué ocurre, Sturm?

El empleado va contando, con todo detalle, no exento de emoción, lo ocurrido. En un instante se relaciona las demás cosas. Su vida extraña, su derroche de dinero, su ropa, sus joyas. Pero todo el mundo piensa, sobre todo, en su belleza.

Al día siguiente, Sturm se presenta ante Irmgard. Apenas la habla.

—Aquí tienes la información.

La mujer mira, con aire seguro, confiado, los documentos. Ve las cifras de los Cuerpos de Ejército, el número de los oficiales, cantidades de material y se trarquiza. La gran jugada, piensa.

Se vuelve hacia él:

—Iremos a vivir a Alemania oriental.

—Jawhol —sí— contesta.

Cada uno vuelve a sus ocupaciones. La ciudad no sabe que en esa lucha diaria, incesante, que se libra entre las calles de un Berlín y del otro, aquel es un momento importante: alguien está cogido en la trampa.

Irmgard se dispone a viajar, como otras veces, hasta el sector ruso. Nada de ocultarse, que despertaría sospechas. Todo el mundo sabe que tiene familia al otro lado. Coge un autobús y se sienta. Desfilan las calles. Las luces rojas se encienden y se apagan

para dejar abierto o cerrado el tránsito. Como siempre que hace la excursión, va azarada, un poco nerviosa. Sabe que se juega siempre, en cierta manera, la vida.

Así están las cosas cuando, en el mismo autobús, es detenida. Hay una escena. repentinamente, de violencia. La mujer se resiste, pero todo es inútil.

—¿Qué pruebas tienen?—grita.

—Las de Sturm.

—No son válidas.

—Sí lo son los documentos falsificados que la hemos dado.

La información de Sturm apareció escondida en el paquete de los cigarrillos. No en un sitio extraordinario, sino en un sencillo paquete de tabaco rubio.

La suerte estaba echada. Era el 1 de diciembre.

EL FINAL DEL JUICIO

El juez Ambrose Fuller se dirigió a todos:

—El caso es serio y está suficientemente probado. Hay que castigar seriamente.

No se oía una mosca. Mr. Thomas Lancian pedía tres años.

El juez, rápidamente, interviene:

—Esta mujer pudo romper con los rusos al ser acogida en su primer trabajo. Piensen que si la acusación es lo suficientemente importante para haberse establecido este tribunal, es lo bastante, de igual forma, para ser castigada.

Cuando se pronunció la sentencia, los cinco años de prisión, se quebró la serenidad de la espía alemana. Sollozando, y a gritos, comenzó:

—¡He sido una loca! ¡Cinco años son peor que el infierno!

Pero es evidente que la sentencia ha sido corta, teniendo en cuenta la gravedad de las acusaciones, por los esfuerzos de la defensa:

—Se trata —decía ésta— de un caso claro de una mujer obligada a realizar una misión, quedando tras ella, como rehenes, su madre y familiares. No ha tenido otro remedio que hacerlo, ya que ese es un clásico procedimiento soviético.

La prisión a la que ha sido enviada es la Landsberg Jail, famosa por haber escrito allí Adolfo Hitler su libro «Mein Kampf», es decir, «Mi lucha».

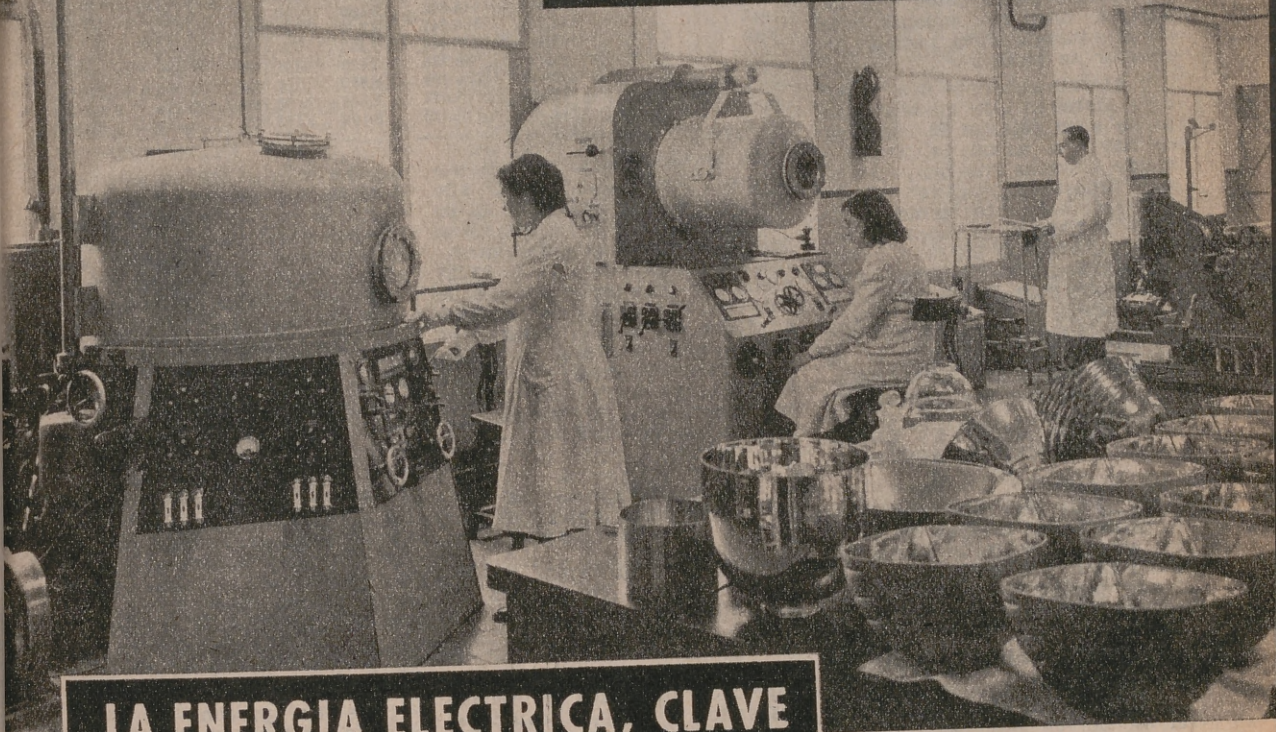
Se cierra, pues, con la detención y condena de Irmgard Margarethe Schmidt, un capítulo más de la lucha desesperada de los Servicios Secretos.

Pero lo áspero y duro de la batalla subterránea prosigue. Un bello rostro de mujer se ha asomado incidentalmente al escenario. Pero en esos mismos días, en Berlín, un antiguo jefe de los Servicios Secretos de Bonn, Friedrich Heinz, de cincuenta y cinco años, después de misteriosas aventuras, declaraba haber sido raptado por los rusos. Y en el mismo tiempo, en Inglaterra, se detenía y condenaba también a cinco años de prisión al espía John Clarence, dedicado a transmitir toda clase de informaciones a Ivan Barabanov, segundo secretario de la Embajada rusa en Londres.



La entrada de los empleados en una de las oficinas del Cuartel General de las fuerzas norteamericanas en Berlín

LA GRAN BATALLA DE LA MECANIZACION



LA ENERGIA ELECTRICA, CLAVE DE LA ESTRUCTURA INDUSTRIAL DE NUESTRO PAIS

gran batalla. Embalses, centrales térmicas. Y maquinaria eléctrica.

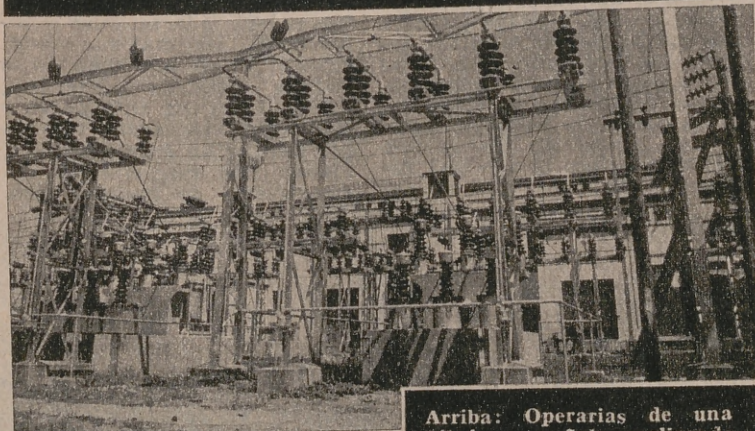
MAS DE 500 INDUSTRIAS

Esa luz con que usted lee, ese hornillo con que fueron calentadas tantas cosas, ese tranvía o trolebús en que viaja, en que se traslada de un lugar a otro, todo eso y algunos más, recibieron su energía, su fuerza de unas lejanas aguas que, contenidas, pero impetuosas, se encontraban en un embalse.

Saltaron y tuvieron el primer choque con una máquina, la turbina. El agua entró así en la primera instalación. Con la fuerza de su salto, con el ímpetu de un toro ciego y fogoso, pero conducido y capeado, puso en marcha muchas cosas entre un fragor de rugidos y batidos de espuma. Siguió adelante, tal vez para ser cazada otra vez, pero dejó una especie de espíritu: la energía. Para ello un hombre, el ingeniero—que por algo se denomina ingeniero—tramó una especie de red, una red mecánica. Y puso en espera un generador, cuadros de mando, conexiones, aparatos de seguridad y una estación transformadora en alta.

Eso y todo el aparato preciso para el transporte, distribución y consumo completan el cuadro de maquinaria eléctrica que interviene en la producción, uso y aplicación de este factor, de este principalísimo factor, de la industria y buenas condiciones de vida.

Más de 500 industrias se dedican en España a este tipo de fabricación, desde los generadores hasta las piezas de porcelana de los aisladores. Y a más de 600 millones asciende el valor de la



Arriba: Operarias de una fábrica española realizando la metalización al alto vacío. — Abajo: Instalación subcentral eléctrica

A nadie le ha sido vedado conocer parte del problema en torno de la energía eléctrica. Parte nada más. No todo. Es decir, el de los apagones, cuando el tiempo, del que dependemos en gran parte, no ha tenido a bien regar campos y acumular energías en los grandes huecos artificiales de nuestros embalses.

Dos acontecimientos de carácter nacional han hecho de despertador o, por lo menos, de acicate. Estos dos acontecimientos fueron las sequías, molestas y calamitosas, y un impulso de industrialización o mecanización creciente y arrollador.

La vida fué antes fácil y relativamente cómoda. Claro, dentro de un mínimo de aspiraciones,

es decir, cómoda dentro de lo poco que se aspiraba o conocía. Para un más alto nivel de vida, aquella estructura no podía valer, so pena de estar siempre de puerta en puerta por países extranjeros buscando cosas que traer.

Así que aquellos secos y restallantes latigazos del tiempo en los años 1946 a 1949 vinieron a ser como unos enormes pellizcos para hacernos reaccionar. Otras cosas humanas de fuera colaboraron también.

Y allá por 1945 comenzó la

producción anual. Me atrevería a denominar «móvil» esta cifra, porque la capacidad de las industrias en estos últimos años no ha dejado de aumentar. Algunas de ellas, como la General Eléctrica Española, que en 1929 tenía en acción en sus talleres a 200 obreros, hoy, con muchas más naves e instalaciones, necesita alrededor de 2.000.

Y afortunadamente marchan bien. Marchan bien desde el punto de vista técnico. El económico hay que suponerlo. Técnicamente nuestras grandes y medianas industrias disponen de un excelente elemento técnico y de cuadros obreros de la mejor calidad. ¿Para qué les iban a servir las escuelas de aprendices? Tienen escuelas de aprendices para garantía de la eficacia y bondad de la mano de obra. Y luego tienen también laboratorios de ensayo para garantía del proyecto y de la obra realizada.

186.504 MOTORES EN EL PRIMER SEMESTRE DE 1954

No les ha sido difícil, por tanto, marchar al compás del enorme esfuerzo realizado en los últimos años. A martillazos, o ajustando piezas, o soldando, han contribuido a la gran batalla de la energía eléctrica.

Un solo enemigo: las materias primas.

De nuevo nos encontramos con el escollo—en este caso, vacío—de las materias primas. Es la realidad industrial de mayor respeto. Frena la marcha de ésta, de aquella, de la otra, de la mayor parte de las industrias, la ausencia o la llegada no puntual de las materias primas. Unas han tenido, tienen que venir de fuera, pero otras... pueden salir de aquí. ¿Acaso no sufrimos las consecuencias de un abandono, de una desidia, de una estúpida confianza de siglos?

Lo cierto es que en Vizcaya, en Guipúzcoa, en Cataluña, en Madrid y en algunos otros lugares dispersos de la geografía española han ido frabricándose. han ido saliendo de las fábricas motores, generadores, transformadores en cantidad suficiente para las necesidades del mercado nacional. Y quizá algo de más.

Es un hecho. Un hecho que hay que medir con la vista desde nuestros días hasta el año 1946, fecha base de la empresa, fecha de partida de la voluntad enrolada en el deseo de hacer frente a una realidad, impresionante por su exigencia, que se hizo presente. Las circunstancias esas circunstancias que todos conocemos—contribuyeron a dar un tono de angustia a la presencia de tantas exigencias.

Han pasado ocho años. Y como estamos en el campo de la mecánica no sobran los números. Por esta vez, sin ánimo de molestar mucho, damos la palabra a los números. Ellos dirán cuántas y con qué fuerza han salido de nuestras fábricas las principales máquinas eléctricas. Y también expónrán el esfuerzo industrial, que no ha padecido retroceso en el curso de los años. Siempre adelante.

AÑOS	MOTORES		GENERADORES		TRANSFORMADORES	
	Núm.	HP.	Núm.	KVA.	Núm.	KVA.
1945	63.444	201.643	1.064	33.837	3.396	351.434
1946	160.448	416.655	2.291	53.340	14.467	476.872
1947	146.598	448.879	2.180	40.102	5.468	479.328
1948	112.783	386.947	3.372	40.005	4.104	414.384
1949	165.947	465.644	7.577	112.477	34.955	746.962
1950	197.754	553.736	6.473	151.186	9.972	1.131.068
1951	247.424	636.369	4.950	127.026	9.587	1.220.754
1952	307.551	712.575	4.389	95.388	9.274	1.508.526
1953	357.429	740.398	6.192	153.317	8.488	1.785.688

En el año finado fué en aumento la potencialidad. El año 1954 superó a su antecesor. En su mitad, el primer semestre, ya se registraban las siguientes cifras: 186.504 motores, de los que 60.527 fueron de más de un caballo de potencia. De generadores, 3.473 unidades y una potencia de 117.826 Kva, con una subida la potencia media desde 25 KVA., a 34 KVA. Y de transformadores se construyeron 26.496, con una potencia de 907.466 KVA.

Y sigue.

LAS FABRICAS DE MAQUINARIA AMPLIAN SUS TALLERES

Todo tiene explicación. En habiendo turbinas en marcha, se pone en marcha el largo y complicado cortejo de maquinaria eléctrica. Es cuestión de turbinas que esperan a pie de presa el ímpetu del agua, que aprovechan sus saltos, y luego la dejan pasar.

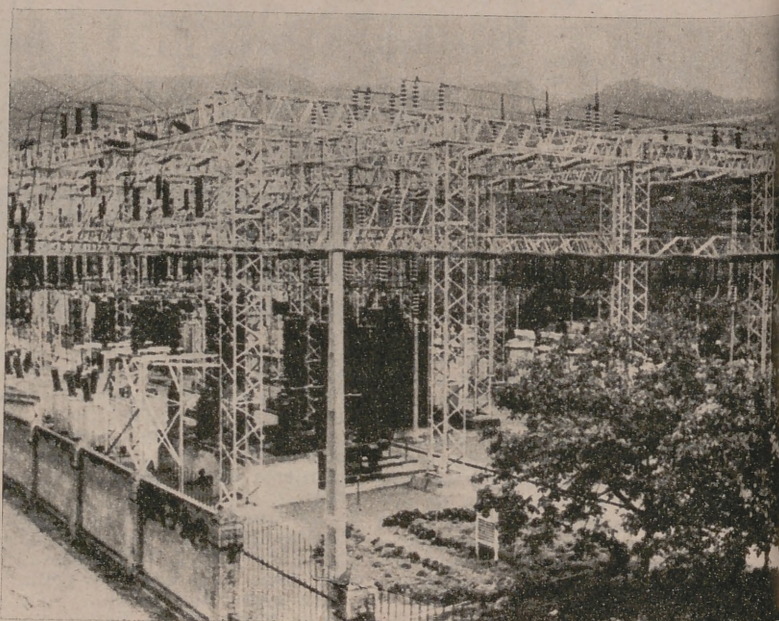
En España, con nuestra guerra, hubo destrucciones. A reparar hubo que dedicarse hasta 1943. Pero en este tiempo apareció insistente, tenaz y expansivo el deseo de industrialización. Con uno y otro, al llamamiento de ambos se dió de alta la etapa creadora que nos ha llevado al estado actual, suficiente para cuanto se pueda pedir, si exceptuamos máquinas de elevadísima potencia.

¿Lo que se ha hecho en materia de producción de energía eléctrica? Cifras. El año 1953, último del que pueden referirse da-

tos, ha sido el de máxima producción en España, ostentando el número de 9.711.596.000 de kilovatios hora. Esto quiere decir lo siguiente: el 399 por 100 respecto a la producción de 1929, y el 296 en relación con la de 1935.

Y, sin embargo, conviene tener algo presente. Es un detalle, pero revelador. El caudal de los ríos de importancia hidroléctrica fué inferior durante 1953 en un 31,2 por 100 al de 1952. Estuvieron al quite las centrales térmicas, que tuvieron que producir un 48 por 100 más que en el año anterior. Estas centrales térmicas, caras, pero necesarias para garantía de abastecimiento, por no ser de fiar la volubilidad del tiempo, hoy están en proporción de 25, y las hidráulicas, en 75. El año 1949 marca la fecha inicial de su imperio, aunque limitado.

¿Qué ha pasado con tanta energía eléctrica que ha ido consumiéndose a medida que se producía? Porque lo cierto es que, a partir de 1940, no ha sobrado ni un kilovatio. Pues ha pasado que las fábricas de maquinaria han tenido que darse mucha prisa. Mucha. Y por mucha prisa que se han dado, tal como se encontraban, les era muy difícil atender. Y, en consecuencia, las grandes industrias productoras, las existentes con anterioridad a esta fiebre renovadora, tuvieron que ampliar en gran manera, y, además, han surgido otras muchas nuevas de mediana talla,



Panorámica de una estación receptora de interconexión de 132,1 kilovatios de los saltos del Alberche

pero eficaces. Y se han mejorado los productos. Y han salido de manos españolas artículos que antes sólo eran vistos mediante el pago en divisas.

Nuestras factorías pasaron de golpe de la infancia a la madurez. Y con ellas, la trama industrial. Porque la energía eléctrica es el elemento clave de la estructura industrial de un país.

LA BATALLA DE LOS CONTADORES

Hoy, la energía eléctrica está sometida a plan. Se planea con ella como con un Ejército. Un grupo de estrategias dispone de ella. Y las industrias de maquinaria han de estar con ojo alerta. Porque el ritmo, superior al de la mayor parte de los países europeos, crece, sigue en aumento por años. Ambas—energía y máquina—van indicando, unidad por unidad, el crecimiento y salud de la economía.

Aquello de que antes había bastante con nuestra producción, es una verdad raquítica. Había bastante máquina, porque era poco el consumo de energía—un consumo por individuo verdaderamente ridículo, que casi ruboriza decir—y las plantas de industrias estaban en embrión.

Un día de 1948 las Empresas distribuidoras de energía eléctrica dijeron que sí, que ellas estaban dispuestas a dar un gran impulso, pero que les era necesaria una importación de 600.000 contadores. Esta cifra es por sí misma explicativa de un problema.

La producción de contadores era ya rápida e intensa desde 1941. Pero, ¿qué hacía falta para dar satisfacción a tan urgente necesidad? Porque en España, queriendo, podrían producirse. Hacía falta materia prima, es decir, chapa magnética, cobre y chapa para embutición profunda. Lo demás, era cuestión de hacer. Y se hizo. Aquellos fabricantes llegaron a la obtención de unos 30.000 contadores mensuales, y en dos años quedó resuelto el problema. Un caso de voluntad.



Vista de una nave de montaje de transformadores

(La chapa magnética y el cobre son los dos puntos de partida que fallan en nuestra producción. Hoy, chapa magnética para motores se obtiene en España. No así para transformador. Las industrias del Norte continúan la batalla.) Hay que importar, por ahora, 3.000 toneladas.

La campaña de los contadores es uno de los grandes triunfos. Un triunfo que permite el siguiente cartel: «Tenemos bastantes.» Su multiplicación desde 1941 es de asombro. De 34.141 en este año, se dió un salto a 132.248 en 1944. En los últimos años se han remontado por los números cercanos a 400.000.

EL GRAN AVANCE TECNICO ESPAÑOL

España dió una sorpresa. Una sorpresa a la fuerza. Las sequías de 1945 a 1949, tan astringentes para nuestras centrales hidráulicas, forzaron una solución. En la variedad de clima existente en nuestra Península, que lo mismo permite inundaciones en una zona cuando en otra se levantan los ojos esperanzados al cielo, se

fundamentó un tinglado de transformaciones de energía desde una región a otra, las llamadas interconexiones.

España quedó sometida a una extensa red de cables, que actúan, dentro de lo posible y según las necesidades, de vasos comunicantes.

Por centenares y centenares de kilómetros corría la energía. A la longitud, ya de por sí algo excesiva, de nuestras líneas, vinieron a sumarse nuevos tramos, más kilómetros. Y a gran tensión. Era cosa de aprovechar.

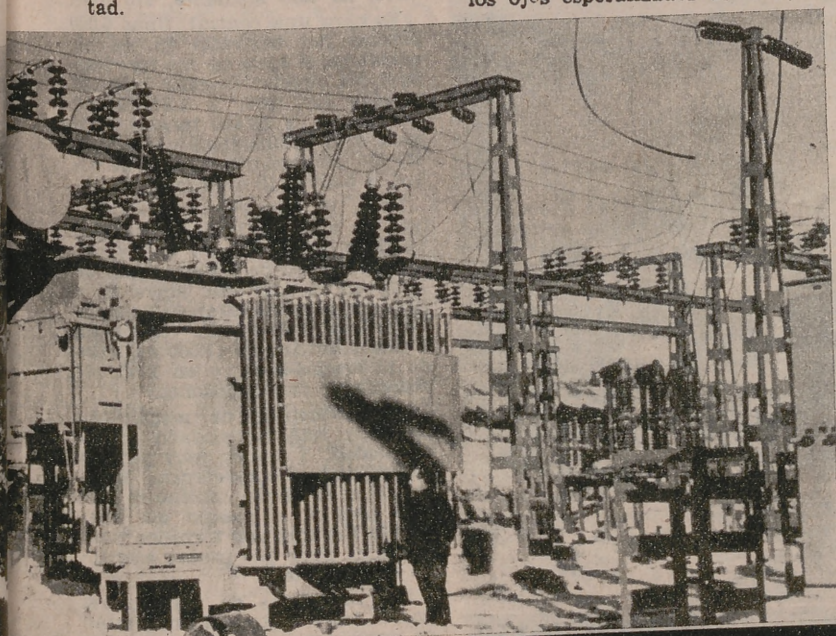
Los grandes cables de cobre aparecían de noche en estado incandescente. Eran líneas rojizas que decoraban el espacio oscuro y sin horizonte de la noche.

Buscando y rebuscando todas las posibilidades, como en la casa del pobre; pensando y arbi-trando medios para su mejor aprovechamiento; presionando al ingenio para sacar el mejor partido..., así se llegó a un mejoramiento, a un más alto perfeccionamiento, a la obtención en casa de aparatos de protección, de control y seguridad.

A este conjunto de aparatos de protección, control y maniobra es a lo llaman aparellage. Un nombre francés, pero introducido, caído en la nomenclatura industrial. En vano se alzó la buena intención, celadora del idioma, de un ingeniero español. El nombre que él propuso a la Real Academia de la Lengua, «aparamenta», no ha entrado todavía en circulación.

El aparamenta (aparellage) tomó fuerza y vigor en la mente de los industriales españoles, con el sano propósito de producirlo en cantidad y calidad adecuadas al estado real de la situación. Y empezó la fabricación con ahinco. Hoy se hace para líneas de transporte de 220.000 voltios. Este aparellage o aparamenta de alta tensión, cuya producción apenas estaba desarrollada en España, tomó verdadera y realmente incremento a partir del año 1950.

Y cables aislados, que, si en España se ha dado un gran avance, aun no se ha llegado al último grado. Pero antes dependíamos en



Aparatos transformadores de la subestación eléctrica de Avila, que transforma la corriente del Alberche

gran manera del extranjero. Y cables barnizados para los motores. Ellos marcan uno de los progresos de más importancia.

Y aisladores. En los de porcelana, no hay problema. Está todo perfectamente resuelto. Y en los aisladores en cadena, para alta tensión, que antes habían de venir por entero de otros países, se ha dado un gran paso técnico en lo referente a la parte de hierro, es decir, al acero forjado.

Es árida esta cuestión de un proceso industrial en materia de máquinas. Son secas y escuetas las siluetas de estas metálicas masas organizadas, donde no hay más adornos que los pequeños y prismáticos relieves de los tornillos o los leves casquetes de los remaches y los poco arosos flecos de los cables. Todo es preciso y frío. Todo exacto, sin dar rienda a la vaga ilusión. Incluso el mismo industrial. El industrial, atento a la producción y venta. Incluso el mismo técnico. El técnico, encuadrado entre números y rayas del papel y las chapas o piezas que tiene por delante. No tendrán ni querrán tiempo para otra cosa.

Pero a quien, aunque profano, ponga la vista en esa tarea, en lo que se ha hecho, tiene algo que decir, o por lo menos recordar. Recordar que en los almacenes, tan prosaicos siempre, en los lugares de exposición y en las estadísticas hay una buena hoja de servicio de cuantos intervienen en la producción de maquinaria eléctrica. Todo esfuerzo es digno de alguna recompensa.

EL ALUMINIO GANA TERRENO

El cobre ha tenido, de siempre, plaza segura en los circuitos de energía eléctrica. Pero es poco generoso, se da poco, por lo menos a nosotros. En España se obtienen unas 6.000 toneladas. Y se necesitan de 35 a 40.000, entiéndase

para todas las necesidades nacionales. A los fines de la industria eléctrica, no menos de 5.000 toneladas por año.

Tal es el problema que plantea el cobre, no sólo en España. Así que no es fácil encontrarlo. Obliga, pues, a realizar operaciones revolucionarias. Obliga a tirar por tierra el valor más o menos apreciable de artículos de artesanía. Obliga a dejar en suspenso los efectos adheridos a cualquier objeto. Lo uno y lo otro desciende al grado comercial de chatarra. Se amontonan, sin cuidado y sin mimo, para convertirse en materia prima con fines industriales.

En 1940 se creyó en España que la chatarra de cobre se agotaría pronto. Pero, no. No ha cesado la afluencia de jarros, cacharros y otros objetos del preciado metal. Años ha habido en que se han recogido hasta 16.000 toneladas.

Y ha salido—tenía que salir—un competidor. El aluminio. Menos vistoso, menos pesado, menos valioso..., pero práctico y utilizable. Práctico en las líneas de conducción; pero no tanto en la maquinaria, por prestarse poco a la soldadura.

Aquí, en España, se ha podido conseguir un gran aumento en su producción. Allá en 1928 abrió sus puertas la primera fábrica en Sabiñánigo, con una producción anual de 1.000 toneladas. Hoy se obtiene más, mucho más. A fines de 1949 el Instituto Nacional de Industria puso en marcha, en Valladolid, a la Empresa Nacional del Aluminio (ENDASA), en cuyos comienzos la cifra anual era de 3.000 toneladas. Ha ido creciendo. Y llega ya a poco más de las 7.000.

El aluminio tiene una conductividad equivalente al 60 por 100 de la conductividad del cobre electrolítico, pero su peso es aproximadamente la tercera parte del peso del otro. Esto es importante, ya que la reducción de peso compensa la sección mayor que se

requiera para una cierta cantidad de fuerza eléctrica.

Luego el aluminio se alió con el acero. El acero constituye el alma del cable de aluminio. Ese es su nombre técnico: «alma». El cable de aluminio, con su «alma» de acero, ha hecho, si no olvidar, preocuparse menos por el cobre. Le ha ganado el terreno, a costa también de la resistencia de las empresas, porque las empresas saben que el cobre, aunque en el aire, es siempre cobre, y el aluminio se deprecia con el uso.

Los hechos bien claro lo dicen: más del 84 por 100 de todas las líneas de alta tensión en el mundo están construidas con cables de aluminio, de la forma que sea, solo o con «alma». El cable con «alma»—se denomina A. C. S. R.—consta de uno o más hilos de acero en el centro, cubiertos con una o más capas de alambres en espiral de aluminio arrolladas encima del núcleo.

En España también son muchas las líneas de transmisión hechas con aluminio. De las últimas, las de Iberduero, entre Villalcampo y Bilbao, y la de la Empresa Nacional de Electricidad, entre Ponferrada y Valladolid.

El porvenir parece ser suyo. Casi todos los países estudian y ensayan transmisiones muy altas. En Norteamérica, en Francia, en Suecia y en otros más. Este futuro de altos voltajes hará reclamar las ventajas económicas que el A. C. S. R. ofrece. Porque, además, el hilo de aluminio es un buen conductor de la voz humana, razón por que se ha hecho presente en las líneas telefónicas de Méjico, Japón y Canadá.

EL FUTURO PROXIMO

Saludemos el año nuevo con las centrales eléctricas y líneas de conducción a la vista. Ellos nos darán la medida de la máquina que se ha de necesitar. En 1955 entrarán en funcionamiento 330 centrales, todas ellas hidráulicas. Se llegará así, a fin del año entrante, a un número total de 3.979. Al año siguiente, 413 más.

Es cara una central. Unas 6.000 pesetas por kilovatio en las hidráulicas, y 3.600 en las térmicas. Se hace preciso invertir 1.770.000 pesetas en 1955, y 1.875.600.000 en el 1956. Y 58.450 toneladas de productos siderúrgicos por año, y 461.250 de cemento, y 5.825 de cobre, y 6.027,5 de aluminio.

Pero, de acuerdo con los aumentos anuales acumulados, que puede cifrarse en el 7 ó el 8 por 100, partiendo de los consumos de 1943, en el año que entra debe llegarse, para no estar en desequilibrio con el desarrollo vegetativo, a una cantidad de 11.000 millones de kilovatios-hora, y en 1956, alrededor de 12.000 millones.

Las industrias de maquinaria eléctrica han acomodado ya su capacidad. Y tienen muy afinada su calidad y competencia. Esperan que les abran camino el pico y la pala en el campo, que ellas pronto llegarán con tornillos y engranajes para que pronto esté todo en marcha.

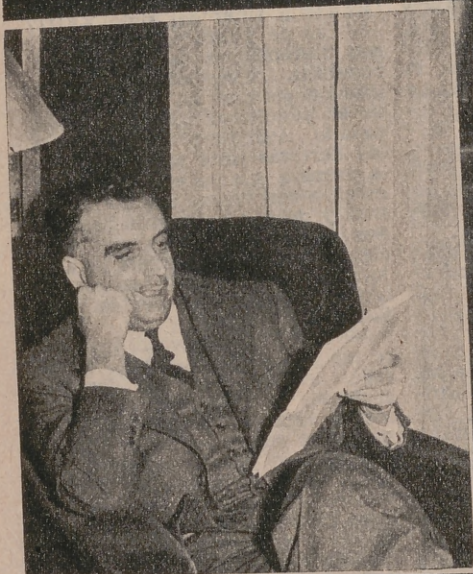
Las industrias de máquina, si no les falta materia prima, están en condiciones de poder atender. ¿Se acerca a su fin la batalla de la electricidad?



Obreras especializadas trabajando en el bobinado de condensadores industriales

EN TORNO A LOS
NUEVOS CONCEPTOS

CHARLA CON DIEZ DEL CORRAL



A EUROPA LE HAN ROBADO SU SAVIA

UN ESTUDIO TRASCENDENTAL SOBRE EL VIEJO CONTINENTE

DESPUES de tres tímidos golpes se abrió la puerta del piso, en la calle de Jorge Juan.

Dejé la penumbrosa escalera y entré desorientado en lo que era vestibulo. El vestibulo era una sala cuadrada y cuadrículada en sus cuatro paredes por estanterías, desde el techo al suelo. Quien me abrió la puerta desapareció sin dejar rastro sonoro. Quedé solo.

Miré en derredor. Plúteos cargados de libros me rodeaban por todas partes. Buenas y diferentes encuadernaciones en serie y variados colores en los dorsos rompían la monotonía de aquel paisaje editorial.

Al fin quedé sumergido en el silencio. Ni un claxon de la calle, ni el sordo bufido de un ascensor, ni titubeantes tacones por la escalera de madera; nada me liberaba de aquella impalpable ventosa que me rodeaba por todas partes. Y había cinco puertas. Permanecí unos minutos junto a un biombo, que cumplía la

misión de modesto cancel. Aquello parecía una máquina neumática que hacía el vacío del mundo moderno.

CRISIS POR EXCESO

Antes de terminar el ojeo, un chasquido me anunció que había llegado la hora de comenzar. Sonriente y amable, apareció en una puerta don Luis Diez del Corral.

—¿Le queda alguna otra habitación forrada de libros?—dije al contemplar de nuevo paredes forradas de libros.

—Otra más. Son tres. Pero siéntese.

Era evidente que el señor Diez del Corral acababa de leer o traducir un recorte de periódico extranjero que había sobre su mesa. Comprendí que cuesta trabajo dejar la faena a medio hacer. Por los ángulos de la mesa esperaban, fajados, otros muchos periódicos y revistas de diversos idiomas: francés, inglés, alemán, italiano. Y a la derecha de la

mesa yacía una especie de enorme maxilar de madera, que entre diente y diente retenía carpetas.

—¿Es difícil una empresa como esta de dar un bosquejo histórico de las ideas que nacieron, se desarrollaron, fructificaron y se difundieron por Europa?

—Hay que leer mucho.

—¿Y hay crisis europea? ¿Crisis o decadencia?

—Europa no ha decaído, según piensa Spengler, como decaen inexorablemente y por una evolución homóloga todos los organismos naturales con los que el pensador alemán asimila las culturas.

—¿Qué le ha ocurrido entonces?—
—Que ha sido raptada.

—¿Acaso se trata de una concreción, con dimensiones históricas, del mito del rapto de Europa, hija del rey fenicio Agenor, por Zeus, Patrono divino del mundo cretense?

—Exacto. Partiendo de que la palabra rapto puede significar el

acto de llevarse, por ejemplo, una novia y el accidente que priva del sentido, quiero expresar que Europa ha sido víctima de rapto en ese doble sentido. Aun podría darle otras palabras tal vez aclaratorias: expropiación y alienación. ¡Eso! Europa ha sido expropiada, enajenada por otros, y a la par, se ha «enajenado» a sí misma.

—¿Y, en resumidas cuentas, lo que usted se ha propuesto es...?

—Describir estos dos procesos, íntimamente entrelazados. Estudio cómo se han formado y constituido las creaciones que consideramos genuinamente europeas, cómo se han originado los caracteres que distinguen a todo lo europeo y cómo precisamente por el desarrollo de estos caracteres —objetividad, racionalidad, dinamismo, espiritualidad secularizable, etc.— la cultura occidental se hizo transferible, desarraigable de su suelo natal, y por eso pudo ser expropiada.

—Después de todo..., si ésa era su misión...

—Pero gran parte de los pueblos poseedores hoy de la cultura europea la usan para atacar a la creadora.

—Así que el fenómeno es todo lo contrario a una decadencia.

—Es una crisis por exceso. Que Europa ha producido una cultura tan buena, tan fecunda, tan atrayente, que le ha sido raptada. Eso es todo. Por otro lado, ella misma se ha encargado de acelerar el proceso de enajena-

ción externa por otro interno de alienación, en el sentido casi de una alienación mental, haciendo más fácil el rapto.

—Pecado de soberbia y enciementamiento, ¿no?

—Tal vez. Pero nada tiene que ver una cosa con la otra.

—Usted no emite juicios valorativos de las distintas ideas y hechos que en el curso del tiempo han ido configurando Europa. ¿Por qué?

—No he pretendido encontrar conceptos expresivos de la esencia de Europa ni fórmulas con qué aclarar su actual crisis. He aspirado solamente a relatar el proceso de génesis y desarrollo de las formas culturales, ver las conexiones entre unas y otras, describir estructuras, escastrar y agrandar las problemáticas.

A EUROPA LE HAN ROBADO SU SAVIA

—¿Hay algún hecho contundente que corrobore su tesis del rapto?

—Espere.

El señor Díez del Corral, con agilidad juvenil—no pasa de los cuarenta y cuatro años—se dirigió a un libro determinado. De pie estuvo hojeando. Resaltaba sobre los apretados filetes de libros su alta figura.

—Oiga, por favor, lo que dice L. C. A. Knowles: «En la guerra de Crimea, la técnica bélica de Occidente venció pulcramente a domicilio al coloso ruso, que en

lo relativo a su estructura económico-social se encontraba al nivel del Occidente europeo antes de las Cruzadas.»

El señor Díez del Corral cerró el libro, lo colocó en el estante, me miró, arqueó las cejas, infló un poco la boca cerrada, se dejó caer en el butacón y, meditabundo, me dijo:

—La derrota le sirvió de lección.

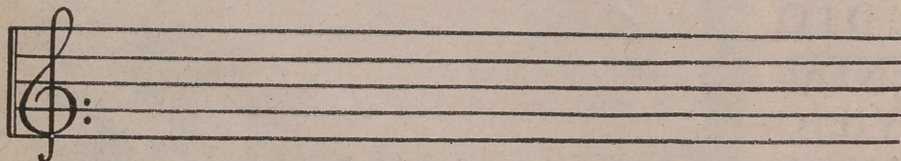
—¿Entonces comenzó el rapto? ¿Y las tentativas de Pedro el Grande a fines del siglo XVIII?

—Las de Pedro el Grande fueron pretensiones de orden técnico-militar. La verdadera industrialización del país no comenzó hasta el penúltimo lustro del siglo pasado. Aun tuvo que pasar por las derrotas ante el Japón y en la primera guerra europea. Entró en ellas con escaso utillaje industrial y débil cuerpo político-social. Sus agueridas masas, con deficiente armamento, viniéronse abajo ante las sólidas divisiones tónicas, equipadas por la casa Krupp.

—No sé si interpretaré mal, pero me parece que también entra, según lo que acaba de decirme, el factor político-social como elemento raptado de Europa. ¿Entonces el rapto se ha verificado por el lado económico-industrial?

—Si el nivel a que la Europa occidental llegó en 1890 se hubiese estabilizado, nadie le habría discutido la supremacía política. Aquella evidéntísima superioridad de la Europa industrial habría si-

La nota mas alta...



ES LA QUE DISTINGUE AL HOMBRE A TRAVES DE LOS TIEMPOS

El divo de divos Hipólito Lázaro, la mejor garganta de la historia, único tenor del mundo que alcanzó dar el «FA» sobregado.

“KRON-VEST” la única hoja del mundo que alcanza la más ALTA NOTA de distinción por la suavidad en su afeitado.



KRON-VEST

PARTICIPE EN EL SENCILLO CONCURSO MENSUAL DE HOJAS DE AFEITAR KRON-VEST Y FACILMENTE GANARA UN RELOJ DE ORO WALTER ROVER DE 8.500 PESETAS

do permanente de haberse detenido el progreso de su ciencia, de su técnica y de algunos otros capítulos de su cultura.

—No comprendo.

—Veremos. Por mucho que hubiese sido el esfuerzo de imitación, jamás hubiera sido igualada. Ni el nacionalismo bugués, ni el constitucionalismo democrático-liberal, ni el capitalismo y la industrialización moderados de aquella época podían dar sus frutos en climas extraeuropeos.

—Pero es que lo que Europa ha hecho posteriormente es superarse a sí misma. Con mucha más razón sería inimitable.

—Todo lo contrario. Precisamente por eso ha llegado a la expropiación, al rapto. Europa no supo ni pudo contenerse.

—¿Y cómo se realizó, al fin, la expropiación?

—Europa siguió ampliando en progresión geométrica la ventaja que llevaba a los otros pueblos en el orden científico, de la organización eficaz, del rendimiento económico, del ingenio militar. Se llegó a la democracia social en sus distintas formas, al gran capitalismo, a la supertécnica, a la amplia seguridad social, a la planificación racional, a la guerra de masas. Y entonces Europa se encontró con la increíble sorpresa de que en esta última fase de su progresiva evolución desembocaba en un corto atajo por donde tenían acceso los pueblos atrasados, que en pocos años podían resumir largos períodos de invenciones y esfuerzos europeos.

—Es decir, se saltó a la torera, confiada en sí misma, el viejo y sencillísimo aforismo antiguo, muy antiguo, de que «la virtud está en los medios».

—A la técnica media y al principio del capitalismo individual no les hubieran imitado. Pero el gran capitalismo, fácilmente convertible en capitalismo estatal, es presa fácil para el rapto, para la expropiación. Es mucho más fácil la realización de un capitalismo estatal que la del individual y libre.

—Me parece que anteriormente aludió usted al factor político: es decir como uno de los elementos raptados por Rusia.

—La idea, genuinamente europea, de evolución y progreso llevó al marxismo, que, pensado en Occidente y para Occidente, después de sufrir unas simplificaciones extrañas, se presentó a los pueblos eslavos y asiáticos como «gran fórmula de salvación», como resorte mágico de un dinamismo vuelto contra Europa, y tomó conciencia, formas y armas de combate de ese pensamiento marxista que Europa, gratuita y suicidamente, le brindaba.

—Así que una cuestión social se trasladó al terreno político internacional.

—En efecto, aquellos pueblos se consideraron los verdaderos proletarios, proletarios de los proletarios occidentales, puesto que les habían permitido su elevado nivel de vida. Así ha sucedido que esta idea europea raptada ha tomado carácter de anticolonialismo, antiimperialismo, antieuropeísmo.

—¿Y no ha cooperado la idea de nacionalismo, nacida también del seno europeo?



El señor Díez del Corral, en su despacho de trabajo, conversa con nuestro compañero



Don Luis hace unas anotaciones al margen de la entrevista, mientras Sutil observa el trabajo de este insigne europeísta

—Cierto. El concepto y realidad de nación dió origen al nacionalismo, ya apto para ser exportado fuera de Europa. Y también, al llegar a tierras extrañas, se transformó en instrumento de revancha. Pero con una agravante: que al mismo tiempo fueron constituyéndose las super-naciones—Estados Unidos y Rusia—, entre las que el mundo nacional europeo es como una tierra de nadie.

—Pero mientras sea pura imitación cuanto acontece en torno al trasplante de ideas e instituciones...

—Es que a Europa le han robado su savia, su fecundo vigor histórico. Le han raptado el alma.

ESPAÑA, MIEMBRO RECEPTOR Y DEFENSOR DEL CRISTIANISMO LATINO

—¿Desde cuándo es usted catedrático?

—Desde 1947. En esta fecha gané por oposición la cátedra de Historia de las Ideas y Formas Políticas de la Universidad de Madrid.

—Entonces estará en muy buenas condiciones para definir Europa.

—Es difícil de definir. Es tal el juego de ideas e instituciones que resulta casi imposible reducirlo a

simples fórmulas. Precisamente se caracteriza Europa por su dinamicidad, su continua evolución. En dinamicidad histórica destaca el occidente helénico sobre el estatismo de los imperios orientales.

—¿Y sus auténticos límites?

—Ocurre lo mismo. Más allá del actual «telón de acero» florecieron mentes europeas, como Kepler, Kant y otros muchos.

—¿Y su destino?

—Integrador y creador. Una misión universal. La historia de Europa es más historia que las de los demás, por haber descubierto dimensiones inéditas de la historicidad humana.

—Entonces, ¿cómo ve Europa?

—Como un árbol inmenso, de raíces largas y profundas que llegan hasta los antiguos imperios de Egipto, Irán, etc. Al Islam corresponde un papel decisivo en esta etapa como transmisor, y, por consiguiente, a España, miembro receptor y defensor de la cristiandad latina. Después, un tronco fuerte que da cohesión y perseverancia y en él se destacan los países centroeuropeos, países introvertidos, como Francia, Alemania, Italia. Y, por último, la copa, la copa del árbol, la parte que puede llegar lejos, en que intervienen principalmente las naciones de la periferia, como España, Portugal e Inglaterra, cuya misión es descubrir, transmitir

la cultura, expandirse y procrear.

—¿Y el cristianismo?

—Es el elemento más entrañable y sutil de la vida histórica europea. Lo mismo en la Edad Medieval como en la Era del Progreso, creación esta última típicamente occidental. Porque el progreso, que en el siglo XVIII y siguiente fué considerado por algunos como religión sustitutiva de la cristiana, no es en sí más que una secularización del cristianismo. Que la razón humana sea capaz, si no de contemplar a Dios, al menos de pensarlo, es una tesis absolutamente occidental, y todo el posterior desarrollo de la ciencia europea fué posible por el impulso que recibió de tan sublime pretensión.

—Entonces puede afirmarse que es total la influencia de la creencia y la moral cristiana en el espíritu europeo.

—Ese esencialísimo su papel en la política, en el arte, en la sociedad y en la constitución del espíritu capitalista europeo. La cultura de Europa es esencialmente una cultura secularizada.

EL YUNQUE DE LOS CAMBIOS DE EDADES EN LA HISTORIA

De pie nos pusimos a contemplar unos hermosos cuadros pictóricos con aire del siglo XV. Constituían un políptico que por su gran tamaño y por estar enmarcado por la anaguelera de libros pareció aun altar. Meditabundo y con porte profético, el señor Diez del Corral dió unos pasos por la habitación. A mis preguntas fué diciéndome que después de obtener las licenciaturas en Filosofía y Derecho marchó, pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios, a cursar dos semestres en las Universidades de Berlín y Friburgo, y que en 1936 ganó las oposiciones de letrado del Estado. Es miembro del Instituto de Estudios Políticos desde su fundación, y desde 1948 ha sido consejero cultural de la Embajada de España en París.

—¿Son muchas las obras que tiene publicadas?

—Dediqué mi primer libro al estudio y traducción del poema «Arcturion», de Holderlin. El segundo, titulado «Mallorca», fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura del año 1942. En 1945 publiqué «El liberalismo doctrinario».

—¿Prepara?

—Dentro de poco aparecerán «Ensayos de sociología de arte» y «La función del mito antiguo en la literatura contemporánea».

Aprovechando que volvamos a vernos, volví al tema de la Europa enajenada mentalmente, ebria y excesivamente conñada en el mito de su progreso indefinido, de este progreso indefinido que puede terminar en la barbarie técnica. Porque, como el mismo Ortega y Gasset confiesa, hombre culto es aquel para quien en todo momento existe el mundo interior.

—Decía usted antes que España está, sobre todo, en la raíz y en la copa del árbol europeo. ¿Cómo hay que medir y valorar la aportación de nuestra Patria?

—España ha sido el yunque donde se han forjado los cambios de edades de la Historia. El Islam es el que marca el comienzo de la Edad Media, y aquí, en España, fué la titánica lucha de defensa de la Europa de entonces. Luego abre las puertas de la Edad Moderna con sus grandiosos e impresionantes descubrimientos geográficos. Una expansión súbita, total, planetaria. Antes de precisarse los rasgos específicamente modernos del pensamiento filosófico, la ciencia, la técnica y la organización económica.

—¿Y cómo fué posible un esfuerzo así?

—Porque el descubrimiento del Nuevo Mundo no fué puro azar. Se esbozó en la antigüedad hispanorromana en versos de Séneca. Se preparó en el dinamismo de nuestra Edad Media, porque España, como ballesta oprimida por la presión musulmana, fué

cargándose para lanzar la gran flecha viajera sobre la redondez de la tierra.

—¿Luego la Edad Media española tenía más visos de modernidad que las del resto de Europa?

—Por su sentido expansivo, dinámico, político... frente al quietismo feudal de la Europa ultraprenaica, era ya prematuramente moderna. Por eso su cariz histórico al realizar la empresa es, a la vez, medieval y moderno, y el modernismo hispano se presenta muy medieval.

ESPAÑA SE VINO ABAJO CON Y POR EUROPA

—¿Y la empresa europea de España?

—Era excesiva. Ningún otro pueblo hubiera intentado obra tan grandiosa. Y ningún otro pueblo en la Edad Moderna le ha dado una osamenta políticomilitar y espiritual más unitaria y estable al continente. Y, con todos sus defectos, ningún otro ha procedido más desinteresadamente, con más elevada y sacrificada vocación, con más ingenua fe. España se vino abajo con y por Europa.

—Pero ¿ha tenido efectos?

—Durante dos siglos, que Talene considera los más interesantes de la historia occidental, los tercios, los nobles, los juristas, los escritores, los teólogos se esforzaron por organizar el cuerpo de Europa, al mismo tiempo que se hacía frente a la gran empresa de expansión planetaria. Organización que tendría como columna no sólo la de orden políticomilitar, sino también la otra espiritual de la Contrarreforma, que es el eje en torno del cual se constituyó con sus rasgos más característicos el mundo moderno, tanto en el orden de la filosofía y de la ciencia como en el del arte y la política.

—Una pregunta concreta: ¿que ha raptado el comunismo?

—Ha secularizado el cristianismo europeo y se ha aprovechado de la técnica, dinamismo y eficiencia occidentales para ponerlos al servicio de una empresa estatal. Eso sucede en Rusia y en la China. Nunca hubiera hecho la China por sí sola una revolución como la de ahora.

—¿Y qué puede apatrecer por el horizonte del futuro?

—Toynbee piensa que, de igual modo que el triunfo del Imperio romano sobre el mundo civilizado de la antigüedad preparó las condiciones históricas para la expansión del cristianismo, el triunfo de la civilización europea por todo el planeta acaso sea el supuesto para una expansión realmente católica, universal del cristianismo. La hipótesis parece contradictoria por no pocos datos, pero la paradoja se presenta a lo largo de la historia del cristianismo como una íntima aliada.

Comentando los sucesos de ahora llegamos al final. El mundo vive momentos de angustias, pero no ha perdido la esperanza. Si Europa tiene un destino creador e integrador, España, la nación de grandes misiones europeas, conserva un modernismo especial, grandes reservas espirituales de aquella gran ballesta medieval.

JIMENEZ SUTIL

«Hoy, Señor, venimos a rogarte,
no como hace algún tiempo,
por nuestras cosas solas.
Hoy venimos a pedirte
por todo el universo,
de la misma forma
como tú lo llevas.»

Así comienza la «Ofrenda» de José Antonio Trujillano que se publica en el número 35 de

POESIA ESPAÑOLA

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS.

Administración: Pinar, 5, Madrid

CAMBIA LA MUJER, CAMBIA ESPAÑA

PRESENCIA DE LA MUJER GUIPUZCOANA

La casera vasca
se va abriendo a
otras influencias



SAN SEBASTIAN, CIUDAD DE MODERNAS MUJERES



EL ELEMENTO FEMENINO ESTA A LA ULTIMA MODA DE PARIS Y MADRID

EL camino es verde y ondulan-
te. Una interminable franja
gris se abre ante el morro inquieto
del autocar. Unas veces se
enarca, como el lomo de un ga-
to, hacia los cielos. Otras, se des-
liza deprisa, deprisa, montaña
abajo: ahora a la derecha, ah-
ora a la izquierda... Pasamos por
encima de pintorescos pueblecitos.
Al lado, debajo de ellos. Y a
veces los dejamos junto al mar,
y otras, se quedan acurrucados
allá entre las montañas, formando
parte siempre de esta mara-
villa que es la costa cantábrica
de nuestra Península. Han des-
filado ya ante nuestros ojos la
encantadora montaña santanderina,
las chimeneas de las fábricas
de Santander, cuando escu-
chamos el primer «ené». Luego,
se quedan rezagadas, las elegantes
«añias» bilbainas.

Es de noche cuando alcanza-
mos la costa donostiarra.

LA PACIFICA CASERA VASCA

La mujer española, guipuzcoana
en este caso, me sale en to-
das partes al paso. Aquí, la he
descubierto en seguida sobre una
bicicleta con los pies hundidos en
unas grandes «katiuskas», y un
pañuelo de colores a la cabeza,

pedalea que te pedalea carratera
adelante.

No es una sola. Son cientos las
mujeres que a primera hora de
la mañana comienzan sobre una
bicicleta su día de trabajo.

—Prefieren «motorizarse» ellas
a tener que esperar autobuses o
hacer transbordos incómodos—me
han dado en seguida como ex-
plicación.

La conclusión es que en Gui-
púzcoa, como en tantas otras
provincias españolas, la bicicleta
ha llegado a ser un objeto de
primera necesidad.

Lo más curioso es que el 90
por 100 de las bicicletas que veo,
ya en funciones por la carretera,
ya acostadas contra la pared de
un caserío, son bicicletas de mu-
jer. A veces dos, tres bicicletas
de mujer en un mismo caserío,
contra una solitaria de varón.
Son muchas más también las
mujeres que veo tripulando má-
quinas de dos ruedas.

—Y ¿por qué...?

Y a la pregunta del forastero,
el experto en cuestiones de la
provincia siempre tiene una
aplastante respuesta que dar.

—Que ¿por qué? Porque aquí la
mujer se tiene que «mover», sí,
señor. Tiene que «moverse» en el

sentido más vital de la palabra.
Y desde hace una temporada,
más que nunca.

He aquí, pues, a nuestra paci-
fica casera vasca.

A docenas encuentro los case-
rios de Andoain a Villabona, ca-
mino de Tolosa. Pasadas las pr-
imeras horas de la mañana, cuan-
do las jóvenes dejaron la casa
camino de la fábrica o la ofici-
na, es difícil ver mujeres ociosas
al aire libre. Las caseras prefie-
ren el interior de la casa a toda
otra cosa. O trabajar en la tie-
rra. No existen los conocidos ce-
rrillos, tan característicos de
otras regiones españolas. Aquí la
mujer trabaja concentrándose en
lo que hace. Huye de ese diluirse
en multitud de objetivos diferen-
tes. O se dedica a la casa, o tra-
baja fuera de ella. Y cualquiera
de las dos cosas que haga, las
hace a conciencia.

Por eso sólo es posible ver mu-
jeres jóvenes, muchachas, a las
horas de entrada en el trabajo o
de bajada al mercado. El resto
del día, Guipúzcoa, en sus carr-



Varios aspectos de la mujer
guipuzcoana. — Abajo: Unas
guapas chicas ante el paisa-
je de la bahía

terás, finge ser una región desprovista de mujeres. Sólo la mujer casada se yergue de vez en cuando sobre la tierra.

Y, sin embargo...

—Aquí la mujer se «mueve» —me han dicho ya.

Sí. Ya lo creo que aquí la mujer no sólo se mueve, sino que hace mover, girar multitud de cosas en torno a ella. Desde luego que en esta provincia la mujer siempre trabajó. Trabajó fuera de casa aun en los momentos en que la industria guipuzcoana estaba todavía en pañales. Trabajó desde el primero de todos los momentos cuando aun mujeres de otras provincias españolas no pensaban siquiera en dejar por un instante la muelle comodidad hogareña. Y porque ella ha estado en la brecha desde el primer momento ha podido nacer una serie de industrias, de fábricas, de instituciones.

Pero ha sido recientemente, en el espacio tan sólo de unos cuantos años, cuando la gran evolución se ha dejado sentir. Esa mujer que trabajaba, que buscaba el medio de mejorar, que a partir de la terminación de la guerra se había volcado en fábricas, oficinas y escuelas, ha actuado de acicate sobre aquella otra mujer más callada que quedaba en el caserío al cuidado de los hermanos pequeños.

Y esto es también muy importante. La casera vasca, la guipuzcoana sobre todo, lenta, lentamente, se va abriendo a otras influencias. La tradicionalmente encerrada «amacho», sin querer, ha ido escuchando a la hija que diariamente regresaba del trabajo. Y la evolución se inicia.

UNA EDUCACION PRACTICA

—Aquí no verá usted diferencias, grandes diferencias entre las mujeres de una clase social y las de otra.

Hace tiempo que Mirenchu trabaja en la papelera de Tolosa y va y viene todos los días de la casa a la fábrica. Por las tardes asiste a una escuela para adultas.

—Pero eso tendrá una razón de ser, una explicación...

—Sí. Debe de ser que las oportunidades de trabajo son aproximadamente las mismas para todas.

No es que no haya artesanas. No. Mirenchu insiste en que alguna «ya queda». Pero la gran aspiración de la mujer de la provincia es abandonar todo trabajo de tipo servil. Liberarse. Educarse... en un sentido «práctico».

Y no es sólo la muchachita de dieciséis años la que decide estudiar máquina o aprender algún idioma, sino que es la mujer ya adulta la que busca una ampliación de conocimientos, o simplemente una iniciación de éstos. ¿La razón? Su aplicación práctica e inmediata. Es increíble el número de escuelas de todo tipo que en Guipúzcoa se dedican a la enseñanza de la mujer adulta. A la mujer se le proporcionan cursos de cultura general, de corte y confección, cursos de especialización en distintos oficios.

—Las mujeres aquí estaríamos preparadas para desempeñar el trabajo de un hombre, si las cir-

cunstancias obligasen a ello. Y ya hay en muchos casos en que así ocurre.

Para Mirenchu no hay cosa mejor que ésta de la evolución de la mujer. Siente un gran entusiasmo por sus estudios en la academia y aguarda a la primera oportunidad para cambiar el trabajo manual que ahora desempeña por un trabajo de oficina.

—Estudiando...

Tienes razón, Mirenchu Algorita, estudiando y trabajando como tú lo haces es justo que consigas lo que quieres.

Por esto me ha parecido natural que una maestra de éibar me asegurase en San Sebastián que estaba abrumada de trabajo.

—Las chicas mayores sobre todo..., pero ¿quién las dice que no?

TODAS IGUALES

Este fenómeno de la mujer igualada por sus oportunidades, no deja de reflejarse externamente: el vestido de la mujer. Las diferencias que pueda haber, estriban única y exclusivamente en el gusto de cada cual, no en la diferencia social.

En Guipúzcoa como en Asturias o en Santander es actualmente muy difícil distinguir la muchacha del campo en traje dominguero, de la jovencita de capital que va y viene por el paseo. Y en esta cuestión de la evolución del traje en la mujer de la provincia hay algo verdaderamente admirable, que deberá anotar aquí.

Esta costa cantábrica nuestra, en especial esta Guipúzcoa de hoy, se ve todos los días del año acosada y regalada por transpirenaicos y transoceánicos de todas clases.

La mujer guipuzcoana, la donostiarra, ve desfilir ante sus ojos diariamente, toda suerte de «modelitos» turísticos, que van desde lo estafalario a lo indecente, cuando no tienen amos cosas combinadas, formando un mejunje como para desorientar a cualquiera. Y, sin embargo, en el vestido de la guipuzcoana sólo es posible descubrir una gran sobriedad y una elegancia paralela. La influencia de la raiosa blusa, de la sandalia arrastrada, del absurdo conjunto, no se deja notar.

Tanto a favor de la guipuzcoana, que tiene un innato sentido de lo que debe de ser. Y no se deja arrastrar, ni quiere «peparar» a su vez.

Ver, observar... y seguir fieles a una línea antigua, antigua, vigente ayer, hoy, y dentro de algunos siglos también.

LA «AMACHO» MANDA

Porque hay cosas que no evolucionan, que no tienen por qué evolucionar. Puede transformarse la forma, el ritmo, pero nunca la esencia de la mujer de una determinada provincia, la esencia de la mujer española en general.

Y la esencia de la guipuzcoana la forman una gran piedad y un enorme fervor. El papel de la «amacho» en el hogar vasco trataciende a terrenos de enorme importancia espiritual. Su influencia se hace notar aquí de una manera notabilísima.

—No hay problema de clero —me ha dicho el reverendo señor obispo de San Sebastián—.

Es una diócesis enormemente piadosa, en la que la mujer actúa en este sentido con una prudencia y discreción admirables. Multitud de familias hay en que todos los hijos entran en relación, y numerosísimas aquellas en las que por lo menos uno de los hijos es sacerdote.

El hijo sacerdote es una de las grandes aspiraciones del ama de casa de esta provincia. Puede evolucionar en un sentido o en otro. Puede aceptar inventos más o menos ruidosos que le llenen la casa de una vida externa, nueva y desconocida para ella, renunciando al silencio antiguo al que estaba acostumbrada. Pero a esta antigua y nobilísima ambición no renuncia. Ni tiene por qué hacerlo.

Por eso insiste, sobre todo, en la formación espiritual de sus hijos. Y son estos hijos, espiritualmente fuertes, los capaces de hacer, de emprender muchas cosas nuevas. Por este espíritu antiguo

TARDE EN EL CASERIO

No es fácil decir «txuri-enean», sobre todo cuando se habla de prisa. Pero éste es el nombre del caserío en el que estoy, cerca del mar, y cerca también de la carretera que va de San Sebastián a Zaráuz.

A la una de la tarde se sirve la comida, una tremenda comida dominguera, a la que el «atá» y los hijos de la casa son los únicos capaces de hacer los honores. No hay chicas en la casa y si solo esta pensativa madre, «ata», fuerte y trabajadora. Dos o tres veces por semana baja esta mujer al mercado con la bicicleta orlada de castas que vaciar en San Sebastián.

—¿Es buen negocio el mercado?

Pero no es tan fácil como parece sacarle del cuerpo amplias explicaciones a una casera guipuzcoana.

—Será...

No sé qué quiere decir con ese escueto «será». Aunque no insisto. Prefiero andar con circunloquios, dar mil vueltas, divagar hasta que el final de la tarde, cuando ya parece haberse acostumbrado a mí, va «soltando prenda». No mucha, dicho sea trambrado a mí, va «soltando su honor». La verdad es que no logro que se interese por mí hasta que no la hablo de canciones vascas y le tarareo dos canciones de cuna. Entonces ella me tararea más:

—Eriko festak zirambiram moni...-a-n. O algo así...

Al final de la tarde lo que sé de su vida es tan solo lo que he observado a mi alrededor, mas un par de cosas o tres que la casera me ha «confiado».

EL CELOFAN Y LAS FALDAS

Viven bien estas caseras. Incluso es de creer que si se redujesen solamente un poco el capítulo de gastos alimenticios, los ahorros habían de engrosar de modo considerable.

Porque es fantástico lo que puede comer un vasco. O una vasca. De verdad que yo estaba decidida a no hablar de la cocina vasca. Ni de su abundancia y superabundancia, cosa que parece haber caído dentro del campo de los tópicos más o menos tu-

rísticos. Se puede decir que casi había hecho el propósito de hacer caso omiso de este punto.

Imposible. Creo que es imposible pasar por ello así como así. Me parecería incluso fruto de la envidia no ajustar aquí mi tributo admirativo a esos estómagos increíblemente fuertes. Así se explica esa deportiva mujer que se observa en los paseos de San Sebastián, en el pedalear mañanero camino del trabajo. Así se explica el rendimiento que la mujer guipuzcoana da en todos los lugares en que colabora.

Y, a pesar de este gasto en alimentación, la casera guipuzcoana no es dilapidadora. Todo lo contrario. La guipuzcoana, pescadora, vendedora, casera o productora es una administradora de primera calidad.

—Estas caseras —me dice Josechu Orio, un paseante de profesión, que se conoce la costa donostiarra como cualquier mortal el pastillo de su casa— tienen un gran sentido de la economía. Y de la seguridad. Jamás sabrán de ellas que suelten o dejen soltar al marido una cosa sin tener antes la seguridad de la siguiente.

—Pero... ¿de qué viven en realidad? ¿Del campo?

—Son negociantes. La industria de Guipúzcoa ha encontrado en muchos de ellos buenos cooperadores.

—¿Cooperadores?

—Sí, cooperadores, sí. La que más y la que menos de estas caseras ya habrá dado sus vueltas y hecho sus investigaciones antes de dejar al marido comprar acciones de tal o cual fábrica. Pero después de muchas vueltas o revueltas cada cual ha admitido que se adquiriesen las pocas o las muchas acciones que permitiese el peculio. En cuanto ruge una fábrica por los alrededores ya tienes a todas las caseras revolucinadas a su manera. Una vez es el hijo o la hija los que se colcan, otras el padre. Pero casi siempre el obrero o la obrera buscan el convertirse en accionistas del sitio en el que trabajan.

—¿Absorben muchos brazos femeninos las fábricas de Guipúzcoa?

—¡Que si absorben! Ahí tienes las fábricas de jabones de San Sebastián, o la de Champán de Zaráuz. La de celofán de Hernani, sobre todo, se alimenta casi exclusivamente de faldas...

¡ADIÓS A LA CERA!

No hay criadas. No se encuentran criadas en Guipúzcoa. Cualquiera ama de casa de San Sebastián medianamente acomodada les podría decir esto, relatarles el fenómeno con pelos y señales, en un tono mucho más melodramático y sugestivo que el que yo pueda emplear para referirme a estas cuestiones. Las criadas que hay son extremeñas, castellanas, manchegas, andaluzas. Pero pocas, no. Todo lo más es posible encontrar alguna, empleada como cocinera, porque es una fantástica cocinera. O como primera doctra en alguna casa aristocrática. Incluso es posible encontrar algún «aña» extraordinaria, conservada en alguna familia como oro en paño. Pero lo que no es posible encontrar es la chica para todo. El cupo se va hasta ahora cubriendo con navarras y chicas de otras provincias.

Porque ni aun de las regiones pesqueras es posible conseguir muchachas de servicio. Ni en Fuenterrabía, ni en Rentería, ni en Pasajes, ni en Orio, Guetaria y Zumaya, camino de Deva, es frecuente que las mujeres jóvenes se resignen a servir. Y pueden dejar de atender, sin demasiado remordimiento de conciencia, a la que en otro tiempo hubiese sido su señora, porque ya la moderna ama de casa va aprendiendo a usar una aspiradora y a simplificar de una vez para siempre los antiguos y complicados ritos del arreglo casero.

Desaparece la criada y desaparecen con ella los largos pasillos encerados, los tremendos salones en los que antiguamente había que «bailar» un sebosa cera, con una danza fatigosa y antihigiénica, hasta conseguir un brillo y un lustre, tormento de padres fumadores y descuidados.

El «linóleum» y el baldosín van ganando terreno. Máxime cuando la calefacción permite suprimir la caliente madera o, al menos, la reduce al mínimo.

Y sin cera.

EN TORNO A «PANCHICA» Y LOS CHICHARROS

Al puerto de San Sebastián llegan hoy los barcos cargados de chicharro.

«Para Santo Tomás, el chicharro verás», dicen por estas tierras, cambiando un poco aquel otro refrán en el que el protagonista era una cigüeña. Y efectivamente, los barcos pesqueros se acercan hasta el puerto rebosantes de chicharos.

—¡Chicharro prescuééé!

Chicharos vivos casi, saltarines, plateados. Chicharos a 17 pesetas la docena al principio, hasta que empiezan a llegar más y más barcos y el precio del pescado empieza a descender, a descender... Por aquí anda «Panchica». «Panchica» me era desconocida hace casi diez minutos, pero ahora siento el sabor de su popularidad tan bien como cualquier donostiarra. Fríe sardinas en el muelle y contesta con recelo a las preguntas que se le hacen. Pero de su conversación se puede sacar en consecuencia que esta bien como está y que no desea nada más en el mundo. Le molestan algunas cosas tan sólo. Por ejemplo, que los chicos vayan a pasar frío al mar. Pero ella vive feliz así.

—Sin deber nada a nadie...

Ella es su propio patron. Y no como los chicos. Pero ella, mujer de mar, está acostumbrada a estas cosas. La lucha con el mar siempre es dura.

—Si viera usted, antes... porque ahora, ahora es todo tan distinto...

Es como una eterna cantinela. Como una frase hecha por las circunstancias en la boca de todas las mujeres ancianas que me encuentro: «¡Es todo tan diferente! ¡Ha cambiado todo tanto! Ahora las chicas...» Y hay un deje de envidia en la voz de todas estas mujeres con las que me tropiezo. Como si quisiesen volver a vivir, empezar de nuevo. Y ser ellas también las que pedaleen camino de la fábrica una mañana cualquiera.

SAN SEBASTIAN, LLENO DE GRACIA

Que ésta es la ocupación que prefieren también las chicas del



La mujer guipuzcoana es alegre. Su participación en los festivales y romerías pone una nota pintoresca y luminosa de la simpática región

puerto, las hijas de familias de pescadores. Y si no bordar, coser, aprender a hacer algo con las manos, algo que las libre de aquella antigua servidumbre, que dé al viento aquella única falda de color indefinido que llevó tantos años la madre. Es una revolución legítima y afortunadamente triunfante. O el oficio, o el trabajo bien remunerado, libre. Y si no, aun queda el recurso de la pequeña industria, de las pequeñas freidurias de pescado, del comercio.

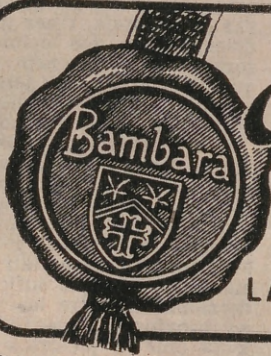
Entre las pescadoras se hace de día en día más frecuente la muchacha que teje. La muchacha que hace jerseys, bufandas, guantes, calcetines y que teje y teje para todo el que lo pida... y pague. Con viajes a San Sebastián y revistas de modas, las mujeres del mar o del campo procuran estar al día en todo lo que va surgiendo.

Porque antes, con un mismo modelo de jersey hubiese «tirado» una pescadora, una casera, años y años. Ahora no. Es necesario estar al día si se quiere conservar la clientela, traer nuevos modelos, saber qué colores y qué formas se llevan este año. Y lo que ocurre con un jersey ocurre también con un vestido, con los abrigos, con las gabardinas.

San Sebastián, ciudad cosmopolita, inspira, suficientemente con sus extraordinarios comercios de modas a todas las caseras de la tierra. Y aun a las mujeres que vienen de Francia y vamos de Madrid. San Sebastián tiene gracia y luz más que suficiente para derramarlas entre las mujeres de su provincia y de toda España. Y la ciudad, plétórica estos días de caseras, pescadoras, productoras, mecanógrafas y unas cuantas y afortunadamente escasas «hijas de papá», ofrece, más coqueta que nunca, porque también la mujer le exige hoy como nunca lo hizo, la gracia de sus escaparatados navideños.

María-Jesús ECHEVARRIA
(Enviado especial)

*En Vanguardia
de la Moda*



Fontcuberta

LA MAS HERMOSA COLECCION DE PAÑERIA

PLAN DE ORDENACION URBANA DE BARCELONA Y SU COMARCA



UN AMPLIO SISTEMA DE CRECIMIENTO

Por Decreto de 25 de mayo de 1945 fué creada la Comisión Superior de Ordenación Provincial de Barcelona, bajo la presidencia del excelentísimo señor Gobernador Civil, cuya misión primordial se estableció «para preparar y formular el Plan General de Ordenación de la provincia de Barcelona, con las bases generales y normas complementarias que han de orientar y regular las líneas generales de urbanización de los núcleos de población y de las zonas rurales, así como el enlace entre unos y otros, con un sentido orgánico de los intereses generales de la provincia».

En el Reglamento para el funcionamiento de la Comisión Superior de Ordenación Provincial, aprobado por Decreto de 5 de diciembre de 1947, y en su artículo 18, se le concede al Ayuntamiento de Barcelona la facultad de efectuar el estudio y preparación del Plan de Ordenación Urbana correspondiente a la capital y a su zona circundante, delimitada provisionalmente en el espacio comprendido dentro de los términos municipales de Mongat, Tiana, Moncada, Sardañola, San Cugat, Papiol, San Vicente dels Horts, Pallejá, Santa Coloma de Cervelló, San Clemente, Gavá, Castelldefels y el barrio de las Botigues de Sitges.

En el artículo 19 del citado Reglamento se especifica que los estudios y trabajos de preparación del Plan de Ordenación de la Ciudad de Barcelona y su zona circundante serían llevados a cabo por el Ayuntamiento, de acuerdo con las orientaciones generales marcadas por la Ponencia Técnica de la Comisión Superior de Ordenación Provincial.

En 18 de octubre de 1952, des-

pués de ser sometido el Plan a informe de los Municipios interesados en el mismo, fué aceptado por la Comisión Superior de Ordenación Provincial, quien lo elevó al Ministerio de la Gobernación para su ulterior tramitación.

La aprobación del Plan requería una ley de Urbanismo, que fué aprobada en Consejo de Ministros con fecha 30 de noviembre de 1953, y en 22 de octubre de 1954 se aprobó el Reglamento provisional para el desarrollo de la ley, en el cual se reglamentan las atribuciones y competencias de la Comisión de Urbanismo, Comisión Ejecutiva y Gerencia; su funcionamiento, organización y régimen económico, así como se establecen los programas de actuación y la forma de desarrollar el Plan Comarcal.

Con la aprobación del Reglamento se podrá constituir la Comisión de Urbanismo y empezar una fructífera etapa de realizaciones y desarrollo del Plan en beneficio de Barcelona y de su comarca.

Para la ejecución y desarrollo del Plan Comarcal, el Estado concede a la Comisión de Urbanismo, y durante veinte años, una subvención mínima anual de 25.000.000 de pesetas, la cual podrá servir, si la Comisión lo cree conveniente, para la emisión de empréstitos y el correspondiente pago de intereses y amortización, previa autorización por el Gobierno.

La Comisión de Urbanismo pondrá al Ministerio de la Gobernación los recursos con que los Ayuntamientos afectados deberán contribuir a la ejecución del Plan Comarcal.

A propuesta del Ministerio de la Gobernación podrán ser de aplicación a la Comisión de Ur-

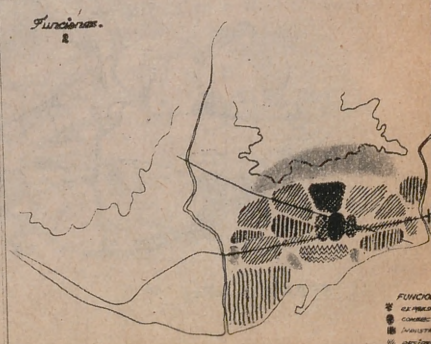
banismo de Barcelona cuantos conceptos no se opongan a la presente ley, contenidos en el Decreto de 14 de octubre de 1949 para la Ordenación Urbana de Valencia y su comarca; en el Decreto de 1 de marzo de 1946, para la Ordenación Urbana de Bilbao y su zona de influencia, y Decreto de 1 de marzo de 1946, por el que se regula la Ordenación Urbana de Madrid.

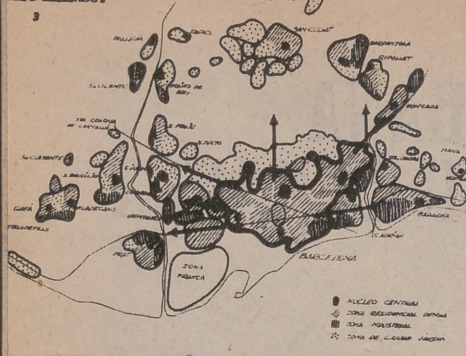
BASES DEL PLAN

El planeamiento urbanístico atiende al cumplimiento satisfactorio de cuestiones de interés general y esencial para la vida de la ciudad y de la comarca, dentro de su ámbito geográfico y para un período determinado. Los



He aquí dos estudios topográficos de la comarca que va a ser ordenada la urbanización





Núcleos urbanos considerados en su futura transformación

puntos esenciales a considerar son:

- A) El crecimiento de la población.
- B) La función de centros comarcales y comerciales de la región y sus relaciones exteriores.
- C) El desarrollo de las actividades culturales, económicas e industriales.
- D) La ordenación de las comunicaciones de todo orden.
- E) La humanización de la ciudad, creando el ambiente necesario a una vida sana moral y material.

AMBITO GEOGRAFICO

El estudio de un Plan general como el de Barcelona y su zona de influencia tiene que limitarse en el espacio y en el tiempo. Ello no quiere decir que pueda estudiarse desligado del Plan Provincial, y aun del Nacional, en que la limitación en el tiempo tenga que establecerse a una fecha fija y limitada de vigencia; pero, como toda empresa humana, precisa un límite.

En lo geográfico, los límites del Plan se establecieron con una perfecta visión del Reglamento de funcionamiento de la Comisión Superior de Ordenación Provincial anteriormente citado, abarcando un sector en forma de semicírculo que se extiende desde Castelldefels, por el Oeste; San Cugat, por el Norte, y Montgat, por el Este, abarcando veintiséis términos municipales.

La topografía de la comarca es característica y debe influir poderosamente en el planeamiento y desarrollo urbanístico. La extensa llanura limitada por los ríos Llobregat Besós, con una anchura de 14 kilómetros, presenta un suave declive en dirección S. N., que va desde el nivel del mar hasta la cota 200, interrumpido

por los montículos de Montjuich (180), Monterolas (127), Turó del Putxet (182), Turó de la Peira (140), cerros del Coll (248) y Carmelo (264), y en la cual hay, por el contrario, zonas de bajo nivel y costoso saneamiento, como las de Hospitalet y San Martín, que por dicha causa, seguramente, han quedado sin edificar.

Por el Oeste, la llanura que forma la desembocadura del Llobregat, se extiende hasta las costas de Garraf, comprendiendo tierras de regadío de gran valor, zonas de bosque y eriales semipantanosos de difícil cultivo. Esta llanura del Llobregat viene limitada por el macizo montañoso, al pie del cual se asientan las poblaciones de Castelldefels, Gavá, Viladecans, Molins de Rey, San Vicente dels Horts y Pallejá.

Por el Norte la expansión de la zona urbana viene limitada por la masa del Tibidabo, rica en vegetación y mirador sobre la llanura, formando en su vertiente Norte el ondulante llano sobre el que se asienta San Cugat.

Por el Este, el valle de la cuenca del Besós se angosta a la altura de Santa Coloma, para extenderse luego en la vega de Sardañola hasta unirse con San Cugat. Badalona y San Adrián ocupan la llanura entre el mar y la zona montañosa situada al N. E., en cuya falda se extiende la población de Santa Coloma.

SISTEMAS DE CRECIMIENTO

Nuestra ciudad, hasta mediados del siglo pasado, vivió y se desarrolló tal vez aprisionada o limitada por sus murallas que, en distintos períodos, se sucedieron. Las necesidades de defensa del medio exterior, obligaba a su creación y limitación; pero desaparecida esta necesidad o perdida la eficacia de las murallas, coincidiendo con ello con el gran desarrollo de la industria, motivaron el derribo de las murallas y el crecimiento ilimitado de la ciudad.

El Plan Cerdá 1859 estableció unas limitaciones definidas en el crecimiento urbano, y se comprende que después de tantos años de opresión de las murallas, se gozaran en imaginar una ciudad indefinida, sin que nada se opusiera a su libre crecimiento. Este fué tan vigoroso que absorbió y aun desnaturalizó los pueblos próximos que, por su necesidad urbanística, fueron anexi-

dos. Así, Gracia, Horta, San Andrés, San Gervasio, Sarriá, Las Cortes, San Martín, etc., y se produjo el crecimiento en mancha de aceite; nacen los suburbios, faltan los medios de comunicación, desaparecen los espacios verdes, se edifican anárquicamente, sin más freno que unas Ordenanzas Municipales no siempre cumplidas, y que en muchas ocasiones no se adaptan a las características topográficas, sociales y económicas y que contribuyen aun más a fomentar el caos, y, por si fuera poco, obediendo casi siempre a sugerencias particulares, se urbaniza la ciudad, se construyen pavimentos y cloacas sin un plan preconcebido, se aprueban proyectos de alineaciones sin estudio de rasantes, en muchas ocasiones impracticables, y se aprueban líneas de edificación en zonas no urbanas, que no sirven para otra cosa que para facilitar la especulación del suelo.

Es forzoso confesar que ésta ha sido la política de crecimiento seguida en nuestra ciudad, que ha conducido a la situación actual y que contrasta con el acierto y cuidado con que se ha efectuado la reforma y restauración de determinados edificios y conjunto del casco antiguo.

En las poblaciones de la zona de influencia el crecimiento ha sido igualmente anárquico y promovido al influjo de la capital.

SISTEMAS DE CRECIMIENTO PREVISTOS EN EL PLAN DE ORDENACION

El Plan de Ordenación de Barcelona y su zona de influencia prevé un crecimiento nuclear hasta el máximo posible. Deberá ser atención especial el completar el núcleo central de Barcelona, urbanizándolo adecuadamente, mejorando su circulación, sus servicios y atendiendo en una forma primordial al establecimiento de jardines de reposo, evitando sean malogradas las zonas de la ciudad-jardín que delimitan por el Norte la ciudad hasta su conexión con las zonas de parque forestal del Tibidabo.

Dentro de este gran aglomerado se destacarán y completarán los núcleos que lo componen: así la zona de casco antiguo, la zona comercial, zona izquierda del ensanche, zona derecha del ensanche, zonas residenciales de Gracia y San Gervasio, zona residencial de la avenida del Generalísimo Franco, zona de Las Cortes, zonas de Sans, Horta, San Andrés, San Martín, Barceloneta, etc., todas las cuales a su vez se subdividirán lo más posible en unidades de vecindario de un máximo de 10.000 habitantes, con sus centros comerciales y los centros cívicos de distrito.

La primera labor a emprender, la ordenación de la urbe actual, sería una lógica y racional clasificación de barrios y distritos, obediendo a razones geográficas, sociales y económicas.



Detalle del magnífico plan de ordenación de Barcelona y su zona de influencia

FUNCIONES ESPECIFICAS

El concepto nuclear previsto en el Plan de Ordenación de Barcelona permite destacar las funciones específicas características de cada núcleo dentro del conjunto urbano, por lo cual, misión esencial del Plan será el fomentar el desarrollo de dichas funciones o actividades características. Así a la zona del casco antiguo y a Montjuich se asignan en el Plan unas funciones representativas y culturales, previendo la descongestión de la zona de casco antiguo y de Montjuich.

La zona comercial, cuyo eje es el paseo de Gracia, y que se extiende aproximadamente desde el paseo de San Juan a la calle de Urgel, tendrá en el futuro más aún que en la actualidad una función de centro comercial y de negocios de toda la ciudad y región. El Plan tiende a acentuar dicho carácter, favoreciendo la centralización del comercio de lujo y de los locales de oficinas y previendo una descongestión lenta de las viviendas.

La industria tiene su localización prevista en el Plan en las zonas de Sans, Hospitalet, Puerto Francó, San Martín y San Adrián, y fuera de la capital, principalmente en las poblaciones industriales de Badalona, San Adrián, Moncada, Ripollet, Sardañola y Prat de Llobregat.

Las zonas residenciales de distinta categoría, aparte de las existentes en la zona denominada de Ensanche a ambos lados de la zona comercial y de las del sector Norte, correspondientes a las zonas de San Gervasio y Gracia, completando las edificaciones existentes y previendo zonas residenciales de nueva construcción en la avenida del Generalísimo Franco y zonas de Levante en San Martín y San Adrián y zona de Poniente en Hospitalet. La primera para viviendas de clase acomodada y lujosa y la segunda para clase media y modesta.

Uno de los principales encantos de Barcelona lo constituyen sus zonas de casas aisladas con jardines particulares, situadas en las estribaciones del macizo del Tibidabo, que cierra la expansión de la ciudad por el Norte. Estas zonas deberán ser ampliadas, completadas y mejoradas con diversos tipos y núcleos de ciudad-jardín, apropiados al carácter de las respectivas zonas y a la condición social de sus moradores.

Para la vivienda modesta se ha previsto en el Plan zonas de localización en la periferia del núcleo urbano y en las poblaciones satélites, relacionando debidamente dichas zonas con las in-

PLAN DE ORDENACION DE BARCELONA Y SV ZONA DE INFLUENCIA REFORMA Y ENSANCHE DE BARCELONA CIUDAD PROYECTO CERDA



Proyecto de ensanche de la ciudad de Barcelona. Sobre el croquis, la expansión de la capital mediterránea hacia el Norte

PLAN DE ORDENACION DE BARCELONA Y SV ZONA DE INFLUENCIA TERMINOS MUNICIPALES COMPRENDIDOS EN EL PLAN



En el vasto plan de la ordenación urbana de Barcelona surgen los términos municipales comprendidos en el nuevo sistema de crecimiento

dustriales, y así tenemos Horta, San Andrés y Santa Coloma en el sector Este, y Cornellá, Prat del Llobregat y Hospitalet, en el sector Oeste.

Las poblaciones satélites tienen su función natural impuesta por sus condiciones geográficas de tal forma que el plan no pretende modificarlas, sino encauzarlas y favorecer su normal desarrollo,

así como poblaciones con un predominio de zonas residenciales de reposo, entre las que figuran Castelldefels, San Cugat y Santa Coloma, con sus pequeñas zonas industriales necesarias solamente para su vida interior. Como poblaciones industriales citaremos a Prat de Llobregat, Hospitalet, el conjunto Moncada-Ripollet-Sardañola y San Adrián del Besós y Badalona. Las restantes poblaciones se han previsto sensiblemente equilibradas entre sus zonas residenciales e industriales, con una afectación de descongestión de la urbe, favoreciendo al mismo tiempo su crecimiento y prosperidad.

El crecimiento nuclear tiene la ventaja de que en cualquier momento del desarrollo del Plan puede rectificarse sin detrimento del conjunto, limitando o parando el crecimiento sin perjuicio de la unidad del sistema.

Suscríbase a

Poesía Española



INGENIEROS AGIMOS EN EL PRIMER CENTENARIO DE LA CARRERA

“MIRE EL QUE SIBA Y BARBECHA
QUE ESTA YA BIEN MOSTRADO
QUE JUNTOS LIBERARADO
MULTIPLICAN LA BECHA”

LOS CAMPOS DE CULTIVOS DE BATALLA CONTRA LAS PLAGAS

COMO suele ocurrir casi siempre, los primeros intentos fracasaron. Ni el célebre Informe de Jovellanos—primer informado y primer informador de su época, a lo que parece—, ni las disposiciones de Carlos IV, ni los decretos de las Cortes de Cádiz encontraron un ambiente propicio. Tenía aún mucha fuerza la opinión contraria, se seguía creyendo «generalmente» que las «sabias prácticas tradicionales» eran, con mucho, superiores a las «elucubraciones teóricas de los científicos». En el campo—podría decir y diría seguramente cualquier agricultor de aquel tiempo—los únicos que saben lo que se traen entre manos son los campesinos. Ellos, los que manejan el arado y sudan de sol a sol, son los que conocen de verdad las tierras y los cultivos. Los otros—los «otros» eran todos los que aprendieran agricultura en una escuela, si a «aquello» se le podía llamar «aprender»—, si querían practicar, que lo hicieran en el Jardín Botánico. Que allí, aunque estropearan las plantas, no iban a perjudicar a las cosechas. Y, además, para lo que había en el tal Jardín...

El ambiente dominante era éste. Pero las opiniones contrarias, las que afirmaban que el estudio de la teoría aliado a la práctica era el mejor camino para llegar a mejorar nuestra agricultura, tenían muchos partidarios. Entre ellos, Manuel Alonso Martínez. Y cuando don Manuel tomaba una cosa como propia, la hacía triunfar siempre. Bueno, o casi siempre. Baste recordar que consiguió ser ministro de Fomento a los veintiocho años y que, más adelante, sien-

dolo de Justicia, paladeó el placer—de dioses debió parecerle—de llegar a publicar antes de su muerte el Código Civil, pese a la oposición de los foralistas, que habían logrado meter los trabajos de la Comisión Codificadora en una «vía muerta». Esto, entre otras cosas, demuestra que no fué nada parco en el hacer.

Así, el 1.º de septiembre de 1855, rubricado «de la Real mano» y con la firma del Ministro de Fomento, Manuel Alonso Martínez, un Real Decreto crea la carrera de ingeniero agrónomo y una Escuela Central de Agricultura en la «Casa de Campo» llamada «La Flamenca», correspondiente al Real Heredamiento de Aranjuez.

La fecha de este Real Decreto—en el que, además, se establecen las enseñanzas que abarcará el peritaje agrícola—puede tomarse—en sentido amplio, ya que todavía no ha recibido sus títulos la primera promoción—como la fecha de incorporación de los ingenieros agrónomos a la agricultura española. Y revisando, aunque sea muy por encima, la labor de éstos en beneficio de nuestro campo resulta, en muchos aspectos, decisiva. De cara a 1955, año en que celebrará la carrera su primer centenario, tanto como pueda serlo la fecha del comienzo de una gran revolución.

LA INAUGURACION DE «LA FLAMENCA». — LOS CONSEJOS DE ASENSIO Y LOS VERSOS DE HARTZENBUSCH

Un año después de publicado el Real Decreto de 1.º de septiembre de 1855 se inauguró, en Aranjuez, «La Flamenca», primera Escuela Central de Agricultura.

Un ingeniero agrónomo, Gabriel García Badell, ha reconstruido la escena:

«El domingo 27 de septiembre de 1856, a las ocho y media de la mañana, salieron de Madrid, en tren especial, unos 150 invitados, con dirección a Aranjuez.

Hacia pocos años que se había construido este ferrocarril y todavía estos viajes tenían para muchos el encanto de la novedad. El día había sido bien elegido, pues con su temperatura agradable de fines de septiembre y con la luz espléndida del sol de Castilla—que no veló ni una nube—contribuyó a la magnificencia de la ceremonia.»

Al llegar el tren hubo—¡cómo no!—cohetes, repique de campanas y sonos alegres de una banda de música. La Comisión que preside la instalación de la Escuela en este lugar—los señores Asensio, Pascual y Ramírez—recibieron en la estación al Ministro de Fomento, señor Collado. Porque, veleidades de la política del 19, ya no lo era Alonso Martínez. Don Manuel andaba por allí pero como Gobernador Civil de la provincia.

«Al llegar los invitados a la finca «La Flamenca» quedaron admirados del agradable aspecto que presentaba el edificio y los tres pabellones, que habían sido preparados para esta solemnidad y que estaban revestidos con flores y adornados con el más exquisito gusto.»

Después de celebrado el Santo Sacrificio de la Misa, en un altar levantado en medio del campo, se trasladaron todos al Museo Agronómico y luego a uno de los pabellones donde, ante la presidencia, presidida, a su vez, por «un retrato magnífico de S. M. la Reina Isabel II», el director de la Escuela, don Pascual Asensio, pronunció un brillante discurso.

«Y quizá pensando que los alumnos de ingenieros estaban acostumbrados a la vida de la gran ciudad y no a la de los pueblos, les habló de esta manera:

»Si como ingenieros queréis sordear los arcanos de las ciencias para aplicarlos al mejoramiento de nuestras prácticas es preciso que no desdenéis coger con vuestras manos los rústicos instrumentos de labranza, porque mal pudierais mandar lo que no hubierais aprendido a hacer. Reflexionad también que si un propie-



Nuevo sistema para abrir hoyos en la plantación de árboles



Motocicleta para trabajos forestales, en de pruebas, en un coto



El árbol se ha modernizado. He aquí un nuevo sistema de poda



La mecanización ha revolucionado el trabajo agrícola en pleno

tario, queriendo mejorar sus fincas, os llamara el día de mañana, fiado en vuestro título, si después de apretar vuestra suave y delicada mano viese que esquivabais el sol que tostaba la tez de vuestro rostro, o el aire que cortaba vuestro cutis, o la lluvia que deshiciera vuestros peinados, o el barro que empañara el charol de vuestro calzado, o el color de vuestros vestidos, perdería al momento la confianza en vosotros...»

Los ingenieros agrónomos debieron, a juzgar por lo que vamos a ver, aprenderse bien la lección inaugural de don Pascual Asensio. Por lo menos, muchos de ellos ya en las primeras promociones, ni se cuidaron del aire, del sol, de la lluvia o del barro. Siguieron al pie de la letra los consejos de Asensio. Y, al campo.

El poeta Hartzenbusch presente en la ceremonia, no fué tan ampuloso. Lanzó al aire unos versos fáciles y graciosos. Entre ellos:

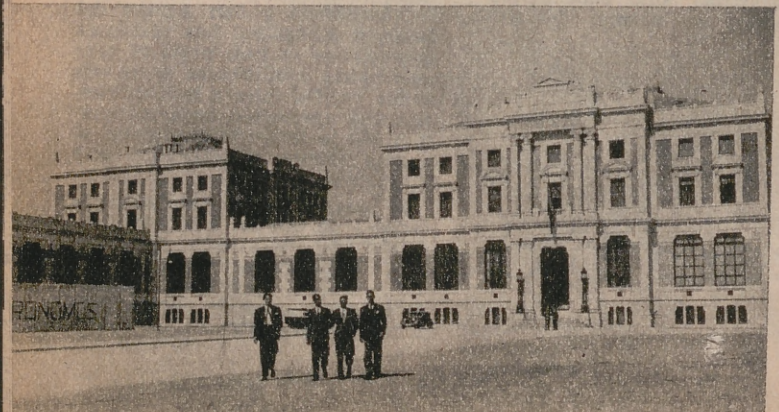
«Al rico y al pordiosero,
a la hermosa y al galán,
sustento y abrigo dan
labrador y ganadero.»

«Con la ciencia adornarás
sus usos de antigua fecha.
Mira el que siembra y barbecha
que está ya bien demostrado
que juntos libro y arado
multiplican la cosecha.»

Desde que se pronunciaron estos versos, en un acto en el que simbólicamente quedaba abolido el prejuicio contra la acción de los hombres de ciencia en el campo ¿cuánto han conseguido juntos el libro y el arado?

LOS CAMPOS DE CULTIVO, CAMPOS DE BATALLA.—GARCÍA DE LOS SALMONES, VENCEDOR DE LA FILOXERA

Aunque, por necesidad y por desgracia, las guerras se riñan sobre las tierras labradas, no nos referimos a ellas cuando atribuimos a los campos de cultivo la condición de campos de batalla. Aludimos a unas luchas sin sangre, bien que con muertos, que mantienen a los ingenieros agro-



un cheque, y luego de hacer oca la media hora ante la ventanilla, al presentarlo, llegara a la caja la noticia de la suspensión de los pagos por la quiebra del Banco.

Pues bien; casi podría decirse que, en el principio, los ingenieros agrónomos aparecen, se organiza y establece su carrera para combatir las plagas. Y, desde luego, puede afirmarse, sin ningún condicionamiento, que desde su primera promoción unen su nombre a la guerra contra ellas. Lo unen no sólo luchando en puestos de retaguardia, no sólo limitándose a inspirar o redactar decretos desde la mesa de un despacho oficial, sino con la presencia directa, «personal e intransferible», de muchos de sus hombres en la primera línea de combate. Y gracias a ello, gracias a que muchos ingenieros agrónomos salen al campo, y allí, con los pies hundidos en el barro blando de los surcos, luchan codo a codo con los campesinos y rompen la corteza dura de la desconfianza de éstos, que, apegados naturalmente a su modo de hacer tradicional, verían quizá en los primeros ingenieros «unos señoritos de la ciudad que no sabrán distinguir una cepa de un olivo», no se quedó convertida en agua de borrajas casi toda la legislación agraria de finales del siglo pasado y de principios de éste.

Un buen ejemplo de lo que fueron estas primeras luchas, de cómo estas primeras luchas, de cómo el campo y empezaron a conquistar la confianza de los labradores, se encuentra en la extinción de la plaga de filoxera, que arrasa las viñas españolas, allá por los años últimos del que un poeta llamó «venturoso» siglo diecinueve o, por mejor decir, diecinueve.

La plaga hundi6, momentáneamente, casi todas nuestras vides. Sólo se salvaron algunas zonas de La Mancha, donde aun hoy subsiste el cultivo de cepas indígenas. Que La Mancha, amigo, es tierra dura hasta para la filoxera.

Había que repoblar todos los viñedos con vid americana, resistente al ataque del dañino hemíptero. Y para ello era preciso seleccionar aquella o aquellas variedades de cepa americana que mejor pudieran adaptarse a nuestro suelo y nuestro clima. Y, además, convencer a los cultivadores de la necesidad de esta repoblación. Ninguna de ambas cosas muy fácil. Y las dos juntas, casi la tarea de una vida. Esta tarea la acomete y la corona con éxito—y conste que no le citamos como el único, sino como el nombre más representativo—un célebre ingeniero agrónomo español: García de los Salmones. El fué uno de los iniciadores del cultivo científico, y un general, en la guerra contra la filoxera, que valía, él solo, por todo un Estado Mayor. Lo retrata, a él y a su modo de trabajar, un detalle: para derrotar al miserable pulgón se recorrió a pie, casi toda España. Sin ninguna de las comodidades de hoy: sin «jeeps», sin paradores de turismo...

DE LAS TROCHAS AL H. C. H.—UNA INDUSTRIA NACIDA DE UN ESCARABAJO.—10.000 TONELADAS ANUALES DE INSECTICIDAS

En la lucha contra las periódicas invasiones de langosta, repetidas sobre nuestro suelo cada cinco o seis años, sólo se contara, al principio, con medios de defensa muy rudimentarios: una combinación de zanjas y «trochas» —pequeñas barreras de cinco de poca altura y mucha longitud, centímetros por kilómetros—en las que se estrechaba el vuelo rasante de la nube pardinegra de las langostas... Unos hombres que oponían a su avance grandes sacos recolectores, los «butrones»... Gasolina para quemar «las maichas» del prolífico y devorador insecto...

Aquí en el desarrollo de esta lucha, en el descubrimiento y aplicación de nuevos medios defensivos más eficaces, podría estudiarse otra faceta de la experta estrategia de los ingenieros agrónomos.

Muy pronto, cuando el avance de la química lo permite, ellos incorporan a la lucha una nueva arma: los arsenicales.

En 1939, al terminar el Alzamiento Nacional, una plaga de langosta ha invadido 128.900 hectáreas. Junto a los «remedios» clásicos se emplea, contra ella, salvado impregnado de arsenicales. En la campaña de primavera de 1940 se consumen 500.000 litros de gasolina, 120.000 kilogramos de arseniato sódico, 2.468 toneladas de salvado envenenado y se emplean 252.282 metros de «trochas». Al mismo tiempo, y como eficaz medida complementaria, se roturan los terrenos incultos, donde las langostas entierran sus huevos, ocultan las levaduras jóvenes de su próximo ejército invasor. Un gran ejército latente, de cuya magnitud puede dar idea un dato: en cada canuto puesto se contienen unos 30 huevos y hubo terreno en el que se contaron hasta 2.000 canutos por metro cuadrado. En un par de años la plaga se redujo a unas 30.000 hectáreas. Siete años después, a 6.000. Hoy apenas podría decirse que exista peligro de «reproducción» en unas 3.000.

Los avances más recientes, las últimas armas utilizadas contra la langosta son conocidas de todos, por desgracia. Por la reciente desgracia de la plaga que «aterrizó» en las islas Canarias: espolvoreo de productos de síntesis con aviones. Entre ellos, el H. C. H. («hexacloróxido-exano»). Sin excluir el cebo envenenado, el salvado con arsenicales que hace morir a las langostas «por do más pecado han», que las coge en la trampa tendida por su propia voracidad.

También, con arsenicales, se ha combatido otra plaga importante padecida por nuestro campo en los últimos años: la del escarabajo de la patata. Plaga llegada, como la de los «cien mil hijos de San Luis», de Francia. Y aun más perjudicial que aquella para nuestra despensa patatera.

Algo bueno, sin embargo, trajeron estos escarabajos. Para suministrar defensas contra ellos;

se montaron en España algunas fábricas de insecticidas. Es éste un interesante aspecto de la lucha contra las plagas: las nuevas industrias, las nuevas actividades que surgen a su calor. Entre ellas quizá sea la más notable la incorporación del arma aérea a la defensa de los cultivos.

Hoy se consumen anualmente en España 10.000 toneladas de insecticidas. Y el Ministerio de Agricultura ha establecido, mediante el oportuno concurso, dos concesiones para el empleo de tratamientos aéreos en favor de dos empresas que poseen en servicio unos veinte aviones de distintos tipos. La capacidad de esta flota aérea permite tratar, diariamente, una superficie de 7.500 hectáreas.

INSECTOS CONTRA INSECTOS.—LUIS LIRO Y EL «RHOGAS ALIGARHENSIS». ¡A MI NO SE ME LLEVE USTED LOS BICHOS!

Cuando se escriba, si se escribe alguna vez, la biografía de la carrera de ingenieros agrónomos, es muy posible que para muchos lectores los capítulos más emocionantes sean aquellos que se dediquen a los episodios y los hombres de la guerra biológica en la agricultura. Que la hay también como feliz resultado del estudio de los ingenieros, que han sabido aprovechar, en beneficio de los cultivos, esas tremendas y misteriosas enemistades que ha establecido la naturaleza entre ciertos animales.

En estos capítulos podrían contarse, entre otras las historias de la estación fitopatológica de Burjasot, donde trabajó Gómez Clemente, centro de cría de los «cervius cardinalis» y las «difteria purchasis», insectos útiles a los que se lanza para que devoren a las cochinillas de los naranjos; los trabajos de Miguel Benloch, profesor de la Escuela y académico de Ciencias; la cría en el insectario de La Coruña del «aphelinus mali», que destruye al pulgón lanífero del manzano...

Episodios de cuyos hombres y argumentos puede dar una idea el caso del «rhogas aligarhensis», de Luis Liró.

Luis Liró fué uno de los introductores del cultivo del algodón en España. Liró estudió en los Estados Unidos los problemas de este cultivo y seleccionó las variedades más apropiadas para nuestro suelo. Pero con esto no estaba rematado, ni mucho menos, su propósito. Introducir un nuevo cultivo sin dominar al enemigo de este cultivo, debía parecerle dejar las cosas a medio hacer. Y comenzó a buscar un «aliado» contra la plaga del algodón, contra el gusano que se instala en las cápsulas de la planta, contra el «earias instulana».

Pero esto es mejor que lo cuente él mismo. Luis Liró es un simpático veterano de la ingeniería agronómica, de pelo canoso, baja estatura española, hablar tomado de un leve acento andaluz y gestos expresivos.

—Buscaba un insecto que pudiera luchar contra el «earias» y lo encontré en San Martín de Tesorillo, provincia de Cádiz. Era de procedencia india, llegado seguramente en algún fardo después de una larga travesía naval.



Grandes toldos protegen al olivo para proceder a su fumigación contra los insectos

el «rhogas aligarhensis». Este que tiene una gran capacidad reproductora, pone sus huevos, los inyecta, en el cuerpo del «earias». Y los huevos, rápidamente, se desarrollan a costa del gusano. El gusano muere.

Contada así la cosa parece sencilla. Pero cabe suponer cuántas horas del trabajo de un hombre son necesarias para alcanzar un triunfo de este carácter. Y las caras que pondrían los primeros cultivadores en cuyas plantaciones soltara Liró a sus aliados los «rhogas», los benéficos «rhogas», que ahorran al agricultor un tratamiento a base de insecticidas. Claro que cuando ya se ha visto la rapidez con que los «buenos» liquidan a los «malos», las caras cambian de expresión. De la desconfianza primera, por la que los dedos rascan la cabeza con gesto de duda y se extiende por la cara rugosa y tostada del campesino la sombra de la resignación —«este tío lo va a echar todo a perder con esos bichos. Pero ya no puedo hacer nada. Todo sea por Dios»— se pasa en seguida al entusiasmo. A la fe rotunda y ciega en el ingeniero y en su medicina. Y entonces...

—Una vez —remata Luis Liró— fué un capataz a coger unos «rhogas» en una finca ya «sembrada» de ellos para esparcirlos en otra plantación de algodón. Aunque con ello no disminuía lo más mínimo de efectividad del tratamiento de la finca, porque los «rhogas» se reproducen a un ritmo endiablado, el dueño atajó al hombre y le advirtió amenazador: «¡A mí no se me lleve usted los bichos!»

DE LA REMOLACHA AL CAUCHO; DEL CABALLO AL TRACTOR

Los ingenieros agrónomos no se limitan, ni mucho menos, a organizar y dirigir la defensa del campo contra las plagas. No se agota su personalidad en este su perfil guerrero. Tienen, además, otros perfiles, ofrecen otras caras tan interesantes, o más, que ésta. Son, vistos desde otro ángulo, descubridores; inventores, en cierto modo, de nuevos cultivos; renovadores, o revolucionarios, de la ancha faz del campo.

Hemos dicho antes que Luis Liró fué uno de los introductores del cultivo del algodón en Espa-

ña. La cosa, en líneas generales, ocurrió así: al estallar la primera guerra mundial (1914-1918) el algodón, que se importaba todo, empezó a escasear. Luis Liró, con la idea de remediar situaciones iguales o parecidas, inició los cultivos de algodón en Jaén. Su compañero Noriega lo hizo en Jerez. Y pronto les siguieron otro ingeniero agrónomo —Enrique Cremades, en Málaga— y un grupo de avisados fabricantes catalanes, que instalaron sus plantaciones en Sevilla. Desde entonces la producción de algodón ha ido aumentando en tal medida, que de las 1.247 balas de 1924 se ha llegado, en la última cosecha, a las 100.000, que suponen, aproximadamente, el 25 por 100 de nuestro consumo. Y si el tiempo hubiera ayudado, según los cálculos más seguros, se habrían conseguido 40.000 balas más.

Con la remolacha sucedió algo parecido. Al perder España Cuba surgió el problema del abastecimiento de azúcar. Y dos ingenieros agrónomos, Otero y Ayuso, ambos aragoneses, aportaron a nuestra agricultura, después de sus estudios en Francia y Alemania, el cultivo de la remolacha e impulsaron con ello el establecimiento de fábricas de azúcar y la transformación de las existentes para elaborarla de acuerdo

con las características de la nueva materia prima.

A esta lista de cultivos introducidos por los ingenieros agrónomos, que no pretendemos reseñar de un modo exhaustivo en la que cuentan en renglón preferente el tabaco, el cáñamo y el lino, y dentro de la cual pueden colocarse también los maíces híbridos, vienen a sumarse ahora las experiencias que se realizan en León para obtener caucho del «latex» de una planta herbácea.

También en la mecanización del campo, en esa gran revolución agraria que llega con el avance lento e incontenible de los tractores, marchan en cabeza los ingenieros agrónomos. Hoy, acostumbrados ya al uso de la maquinaria agrícola, la sustitución de las bestias de sangre por las bestias de acero y gasolina, no parece haber encerrado nunca ninguna dificultad. Pero puede imaginarse sin gran esfuerzo cuánta lucha frente a la resistencia de la rutina, cuánto esfuerzo contra la doble barrera de la ignorancia y la pobreza—plantas propias de la agricultura de secano—serían necesarios para que los labradores dieran esos pasos decisivos que separan las yuntas de mulas de los primitivos tractores de vapor, y éstos de las cosechadoras más modernas, que realizan, gobernadas por sólo un hombre, todas las operaciones de la recolección de cereales: siegan, trillan, almacenan el grano limpio y lo cargan directamente en el camión que deba transportarlo al silo.

No; al principio no debió resultar nada fácil implantar el reino del tractor. Eladio Aranda, presidente de la Asociación de Ingenieros Agrónomos, recuerda sonriendo:

—Hace veintiséis años, en Andalucía, un labrador importante llevaba su fobia contra las máquinas a tal punto, que prohibía a sus jornaleros incluso ir al campo en bicicleta. «Aquí—decía—todos vamos a caballo. Y no hay más que hablar.» Calcule lo que supondría convencerle de la



El avance técnico del agro español es cada vez más notable. Un ejército de tractores remueve las fértiles tierras de la baja Extremadura



Frecuentemente se celebran concursos de faenas agrícolas como estímulo en la destreza del oficio de los labradores

ventaja de utilizar tractores o máquinas para la recolección.

HAY MÁS: LA RED DE SILOS, LA CONCENTRACION PARCELARIA, LA ELECTRIFICACION RURAL...

Hay más, muchas más cosas que sumar al haber de los ingenieros agrónomos en esa gran transformación del campo español que se inició cuando se creó su carrera, que atravesó etapas de languidez, etapas de abandono y hasta de descuido, y que ha encontrado, hace dieciocho años, bajo el Nuevo Estado, el impulso más sólido y más amplio.

Antes de terminar, glosadas ya sus actividades de luchadores contra las plagas, su acción de innovadores de cultivos, su avance revolucionario en los instrumentos y técnicas agrarios, queda aún otra gran esfera de su actividad que no debemos omitir, aunque no entre en nuestro propósito agotar el tema, y aunque sea, posiblemente, la más conocida, porque no pasa día que no se refieran a ella, a alguna de sus particularidades, los periódicos de este tiempo que España vive, afortunadamente, tan de cara y al lado del campo y de sus preocupaciones y problemas. En este mismo semanario, en EL ESPAÑOL, se han publicado ya extensos trabajos sobre algunas de estas realizaciones.

La otra gran esfera de actividad a la que nos referimos podría tanto considerarse la acción técnica como la acción política de los ingenieros. Técnica, por su condición de instrumentos inmediatos, de medios ejecutores de la política agraria. Política, por cuanto ingenieros del Cuerpo, como el actual Ministro de Agricultura, don Rafael Cavestany —¡vaya extensa y gran obra mi-

nisterial!—han sido los diseñadores de los planes, los esbozadores de las ideas que han dado, que van dando esta nueva fisonomía al campo español. Como inspiradores o como ejecutores, como hombres de pensamiento y hombres de acción, como ambas cosas conjuntamente, se dibuja la silueta de los ingenieros agrónomos a la espalda y al frente de obras como la red nacional de silos—red de castillos en los que se ha apoyado la victoria del trigo—, la concentración parcelaria—en camino de volver a unir los trozos dispersos de la tierra, tanto como juntar de nuevo los brillantes para recuperar el valor de la antigua grande joya rota—, la electrificación rural y las obras de colonización—verdaderas elevaciones del nivel de vida y el nivel de producción en el campo—... ¡Y tantas otras co-



Exhibición de otro moderno sistema de poda. Este es más arriesgado

sas! Desde la solera de nuestros vinos hasta la red de las industrias derivadas del campo; desde los pozos electrificados del páramo de León hasta la pureza de una raza caballar indígena, o la repoblación de las praderas, que, en muchos casos, viene a ser el embrión de la repoblación forestal, en mayor o menor proporción, más o menos directamente, crecidos, o alentados, bajo la mirada vigilante de los ingenieros y de sus ayudantes, los peritos.

España, se ha dicho con razón, cambia de piel. Pues bien; ellos han sido los cirujanos de esta operación, en la que la economía ha salido tan beneficiada como la estética. Y no digas, amigo lector, que son feos los tractores y eran más bonitos los caballos. Que en el campo, en el campo modelo, en la finca ejemplar, y esto los primeros en decirlo son los ingenieros, hay sitio para los dos. Para la máquina y para el animal.

ANTES Y AHORA.—SENTA Y CINCO AL AÑO. UNAS CIFRAS FINALES

¿Existe alguna evolución perceptible, alguna diferencia entre los primeros ingenieros agrónomos y los actuales? Sí. Y en alguna medida, comparable a la evolución, a la diferencia entre el campo en el que hicieron sus armas los «avanzados» del Cuerpo y este otro en el que vienen a continuar la tarea sus «descendientes».

Los antiguos tenían todo... per hacer. Tuvieron—como dice uno de ellos—que planear el edificio y empezar a construirlo con pocos, y a veces sin ningunos materiales. Además, la necesidad de ir cubriendo los puestos retores, de asesorar a la obra política, impidió la presencia directa de muchos en el campo.

Hoy, una organización ya montada y una política más atenta al valor agrario de nuestro suelo ofrecen al ingeniero un panorama mucho más favorable. Claro que como todo tiene sus compensaciones, el esfuerzo para reunir el caudal de conocimientos necesario para estentar con dignidad y eficacia el título es mayor. Al mayor perfeccionamiento de la agricultura corresponde una exigencia de mayor perfeccionamiento en el ingeniero.

Por último, un cambio notable: hoy, el ingeniero competente no tropieza con la muralla de la obstinación campesina. Quedará algún reducto—genio y figura hasta la sepultura—; pero, en general, el labrador de nuestros días no abriga ningún recelo frente al ingeniero. Sabe que los libros y los arados son compatibles. Tanto, que lo mejor es que vivan en buena armonía.

Hoy hay, en España, unos 900 ingenieros agrónomos. Y saldrán titulados, de la Escuela Especial, 65 más cada año. En parte soldados, en parte inventores, y técnicos, y políticos, a los ingenieros agrónomos les debe España la mejor contribución a una política, gracias a la cual, una agricultura escasamente a una población de dieciocho millones, hace cincuenta años, brinda hoy triple ración a treinta millones.

Diego JALON

FUNDADOR

EL COÑAC QUE DESTACA POR SU CALIDAD
CORRESPONDE A LA ATENCION DE SUS CONSUMIDORES



CON LA DISTRIBUCION DE

100.000 PREMIOS DE
ENTREGA INMEDIATA,
ADEMAS DE OTROS MUCHOS
PREMIOS EN METALICO Y
EL DERECHO A PARTICIPAR
EN SU EMISION

LA MELODIA MISTERIOSA
MAS FACIL Y ATRACTIVA
QUE NUNCA.

AL COMPRAR UNA BOTELLA
DE COÑAC

FUNDADOR
NO OLVIDE PEDIR
"EL SOBIRE SORPRESA"

FUNDADOR
Domecq

EL COÑAC SECO POR EXCELENCIA





AGUACLARA

NOVELA

Por Pedro MARIO HERRERO

SI, padre. Que cierto es. Que Aguaclara desaparece. Que el embalse del pantano se llevará el pueblo.

Tomás se miró las manos.

Tan agitado estaba que, a más de parecer todo él abanico de tonta, le crucificaba un sudor la frente y unos temblores mortales le acometían las rodillas. Se le iban los colores en segundos, y a punto estaba de caerse al suelo víctima de la terrible agitación.

Pero más pudo su naturaleza fuerte, que sabía de amanecidas bañadas por las sombras y de noches sorprendiéndole la luna mano sobre el arado, que se quejaba de abrir surcos.

Y así, poco a poco, pero firmemente, fuéle serenando el rostro, y logró cruzar la puerta de su casa y dejar a los vecinos con la palabra a flor de labio y huir, huir lejos, adonde fuera, llevando de la mano a la noche clara de mayo, que misma-mente parecía sangrar estrellas de tejas arriba.

Respiró hondo. Un dolor crudo le atragantaba. Le bajaba y subía el ancho pecho, como si una gigantesca mano le estrujase, concediéndole pausas atormentadoras.

Caminaba.

Sin saber de sus pasos, tomó el sendero de la montaña y un olor agreste de Naturaleza le calmó un poco los pulsos y hasta el corazón se le comenzó a serenar.

Miró una vez con pánico en pos de sí. Como temiendo verse perseguido por algún fantasma. Pero no. Estaba solo. Solo con la noche, con aquel puñal de dos palabras clavado en las entrañas.

—Aguaclara desaparece.

Así. Como un aire que pasa. Como si el pueblo no fuera más que un guijarro o que una rosa. Co-

mo si alguien apagase un candil y colgase de la leja una manta para que pariera luz.

—Aguaclara desaparece.

—¿Un pantano? ¿Qué le importaba a él un pantano?

Sus padres y los padres de sus padres nacieron allí. Bajo el mismo sol. La tierra de Aguaclara tenía un beso nuevo y caliente cada día. ¿Y la iglesia? ¿Qué pensaría el señor cura cuando llegasen a decirle «Aguaclara desaparece»? A buen seguro que la pena le mataba. Que se caía ya de maduro y no estaba para pisar mala hierba.

¿De modo y manera que el pueblo bajo las aguas?

Así. Porque quien ordena manda. Y ha de ser obedecido. Y lo demás no importa. No importa cada camino, cada rincón. No importa nada. ¡Hay que hacer un pantano!

Lo mismo fuera, que más da, tomarle al hijo un día y tirarle de cabeza a un pozo. Y, mientras, él mirando como quien oye llover.

—Aguaclara desaparece

¿Y el cementerio? Aquel cementerio con cipreses altos y arenilla suave en los senderos, también bajo las aguas?

Tomás se detuvo. Tenso. Lívido.

Los pinos sangraban olores. Se cortaban los perfumes. La noche, en el pueblo, había aprendido a callar.

El cementerio.

Miró desde la asomada con ojos apagados. Y fué un puente aquel mirar que llegó hasta la crilla de una sepultura.

Pensar que el cementerio quedaría por siempre enterrado en lodo era pensar en lo excusado.

Porque allí estaban sus generaciones. Y más que eso. Allí estaba ella, Marta, su mujer, la misma que un día le dió al hijo.

A Tomás se le abrió la ventana del alma.

¿Cuántos años, cuántos? Marta se había ido de puntillas, sin ruido...

—No es lo mismo sentir primaveras que mirarlas.

Esto lo decía siempre Tomás. Lo repetía tantas veces que daba la impresión de que era para él talmente lo que el padrenuestro para Marta. Aquella frase le gustaba al pueblo. Como le gustaba

todo lo de Tomás. Porque, entre otras cosas, era el amo. Como decía el señor cura, Tomás respiraba de lo suyo.

—No es lo mismo sentir primaveras que mirarlas. Marta, que era muy buena, adoraba a Tomás.

Cuando éste hablaba, ella se acurrucaba en sí misma, bebiendo las palabras. Y lo que más agradaba al pueblo, a los pastores y a los campesinos, era cómo Tomás la trataba.

—¿Tienes frío?

—¿Quieres un poco de leche recién ordeñada?

—Toma. Te compré en la ciudad esta saya. Ochenta duros. Cosa de poca monta. Pero en cuanto la vi, tuya era, aunque necesitara vender cuatro vacas.

—Allá te va ese racimo. Es el primero de la cosecha. Bésalo, mujer, bésalo. Que así besas mi sudor y el de todos nosotros. Bésalo, que nos amigos con Dios por trabajar para ti. Que no es lo mismo sentir primaveras que mirarlas.

Marta lo besaba; a Tomás le entraban así como dos lagrimones en los ojos, que sorbía, y a todos los que miraban les daba un aquel espantoso de felicidad.

Una vez que Marta montó un caballo y se cayó y se rompió un brazo, Tomás, a latigazo limpio, casi le deja seco. Y al conocer que su hijo, el pequeño Pablillo, había puesto también su granito de arena en la venganza pegándole con un palo, le puso sobre las rodillas, le apretó las costillas, y, como si nunca le conociera, le dijo:

—Hiciste bien, rapaz. Que no es lo mismo sentir primavera que mirarlas.

Tomás era así. Como decía el señor cura, Tomás era el amo, siempre, que no había venido de ruina a rocin.

Y cuando se enfadaba, que lo hacía más que bastante, le salía un vozarrón que asustaba de puro miedo al más valiente.

Entonces Marta rezaba, porque Marta tenía para sí la angustia de que matase un día a uno. Y después de rezar salía, se acercaba a Tomás, le tomaba un brazo, y Tomás iba apagándose, como quien llueve suave. Y al final reía y la besaba delante de todos.

—Que conste que callo por ella. Porque es pan de horno con leña de resina. Que tiene olor a fresas y no es lo mismo sentir primaveras que mirarlas.

En estas ocasiones los criados hacían como que trabajaban, pero lo que talmente hacían era mirar a Marta igual que perros mansos.

Y así se vivía en aquella casa, sin inviernos de lobos y sin levantar polvo.

Y en la mañana madrugadora del santo de Marta, allí se moría uno de gozo. Que Tomás era el amo, el dueño del mundo, y allí llegaba el mundo, como quien no quiere la cosa, para Marta.

A Tomás le salía el día sacando un tonel de la bodega. Lo ponía en el zaguán y luego llenaba de rosas la escalera, el vano de la ventana y el patio. Y luego más, porque el amo alquilaba a un hombre para que tocase el acordeón todo el día.

Y pasaban los pastores y le besaban la mano a Marta, que él así lo quería. Y Marta lloraba de felicidad y Tomás bramaba de contento, que hasta el pecho se le inflaba como un tambor.

Y el hijo, mientras, entre los dos, como medio muerto de abrir tanto los ojos para verlo todo. Y Tomás, al final, hablaba para Pablillo:

—Cachorro, bésala tú también, que huele a fresas.

Y Pablillo se agarraba al cuello de Marta, y era verdad que olía a fresas. Y se lo decía al padre.

—Padre, tienes razón. Que madre huele a fresas.

—¡Claro que huele, cachorro! Que no es lo mismo sentir primaveras que mirarlas.

Y así fue cómo Marta vivía entre ellos.

Pero un día se puso muy mala. Tanto que a la mañana siguiente estaba agonizando. Y Tomás, al pie del lecho, se agarraba a las sombras del corazón y se le partían los latidos.

—Tomás, no llores. Hoy es mi santo. ¿Por qué no bajas a la bodega para sacar el tonel?

Y Tomás callaba, callaba.

—Tomás, no tengas miedo. El cementerio es muy hermoso. Cuando pienso que siempre estará el sol junto a mí, no tengo pena.

Y así se quedó Marta recostada en su mano, inmóvil para siempre.

Y poco más tarde Pablillo llegaba de chapuzarse en el río, y como llegaba con miedo a que le regañasen y nadie le dijo nada, pues se puso contento y comenzó a cantar en el patio. Cantaba muy fuerte. Siempre le gustaba cantar.

De pronto se le acercó Julio, el que cuidaba de las vacas, y le dió un empujón terrible.

—¡Cállate!—gritó.

Y al ver su cara de susto añadió, dulcemente:

—Cállate, que el ama acaba de morir.

El muchacho no comprendió lo que le decía. Al momento se asomó Tomás, que tenía buen oído y lo oía todo, y mirando a Julio como si fuera a matarle le dijo, bramando:

—¡Deja al rapaz!

Julio se apartó asustado y Pablillo miró, agradecido, al padre.

—Padre..., ¿no puedo cantar?

Al muchacho le pareció que el padre estaba todo encarnado y todo pálido, que le cambiaba el color así como nada. Tenía los ojos muy mucho hinchados, y pensó que era de beber, pues Tomás bebía más que nadie, que para eso era el amo.

Tomás le miró desde la ventana y agarró con manos crispadas el adobe cercano hasta hacer caer algunos trozos de tierra.

—¡Canta, cachorro, canta!

Pablillo comenzó de nuevo a cantar con todas sus fuerzas, pues sabía que al padre le gustaba su canto. Y el padre le miraba y unos lagrimones enormes le caían de los ojos.

—Padre..., ¿también me oye madre?

—También te oye, cachorro, también te oye.

Al escuchar esto, el chiquillo cantó más fuerte que nunca. Parecía que le estallaba la garganta y quiso ver al padre feliz. Así que le dijo:

—¡Canta conmigo, padre! ¡Ven aquí, abajo, a cantar conmigo, padre!

Y Tomás bajó en seguida y se puso a su lado. Y le ordenó a Julio que sacase el tonel de todos los años. Y Julio lo sacó. Y todos, por orden del amo, comenzaron a beber.

Y, mientras, Tomás y Pablillo cantaban como locos. Y una vez que el muchacho levantó el rostro, estaba tan cerca de Tomás que le cayeron dos lagrimones sobre la frente.

Y así les sorprendió el cura cuando llegó acompañado de los monaguillos. Y el cura estaba pas-



mado. Y los criados estaban como mismas piedras en su sitio...

—¡Canta, cachorro, canta para ella! Que huele a fresas. Que no es lo mismo sentir primaveras que mirarlas.

Y después de decir esto cayó como herido por un rayo y se quedó inmóvil en el suelo.

* * *

¿Cuántos años, cuántos? Marta se había ido de puntillas, sin ruido. Tomás respiró hondo. Tenía la boca seca y la lengua se apretujaba contra el paladar. Los perfumes alborotados de los pines le enervaban. Volvió sobre sus pasos. Tercamente, un pensamiento, unas palabras le repetían en todo él:

—Tomás, no tengas miedo. El cementerio es muy hermoso. Cuando pienso que siempre estará el sol junto a mí, no tengo pena.

¿El pantano? ¿Y qué? ¿Qué le importaba a él un pantano?

Llegó hasta la crilla del río. Le miró. Algo, no supo qué, le azotó el rostro. El río. Un pantano. El río.

Y en aquella hora tardía comenzó a levantarse en su alma un odio mortal contra las aguas.

Pisoteó salvajemente los juncos antes de ganar el puente. Estaba cara al pueblo.

Pensar que el cementerio quedaría por siempre enterrado en lodo, era pensar en lo excusado.

* * *

Mientras Tomás, vagabundo, clareaba los pequeños detalles para sí, en la taberna de Aguaclara las opiniones nacían como surtidores.

Llevaban la voz cantante los cuatro inevitables «intelectuales», que con gestos rotundos y citas sacadas Dios sabe de dónde, ponían el grito en el cielo y juraban y perjuraban que aquella hecatombe necesitaba un remedio harto urgente.

El denominador común, sin embargo, ese denominador que se arrastra por el fondo de cualquier humano conflicto, era el pánico. Todos se miraban como preguntándose si realmente sus propias palabras eran reminiscencias de una pesadilla o si, por el contrario, lo que pasaba tenía inequívocos ecos de realidad.

Aquella noche fué por demás desventurada.

La noticia había llegado al pueblo en labios de Anselmo, hombre fornido y metido en carnes, de rostro cetrino y mirar trizado, propietario de unas buenas parcelas de terreno sitas sobre la Montaña Nueva, en lo alto del valle, que debido a la venta de una partida de madera se había acercado a la ciudad, y de sopetón, y no de otro modo, trajo la mala nueva. Anselmo era quizá el único que conservaba la compostura. Necesario es hacer constar que la garra mortal que se cernía sobre el valle no le importaba demasiado, ya que sus posesiones serían respetadas por el embalse, y, como piensan algunos, que en este ancho mundo de todo hay, él sustentaba la opinión de que cada uno debe apañarse las como pueda. Así, pues, mientras los respetables intelectuales desarrollaban ideas por completo ingenuas y faltas de razón él comenzó a poner los puntos sobre las íes, que para eso se sabía algunas leyes y para eso era el vecino más cosmopolita. Así, cuando el boticario dijo, lleno de infusas, que si el Estado quería entrar a por uvas que entrase, pero que se atuviera a las consecuencias, pues a su persona solamente la sacarian del pueblo cuando fuese fiambre, Anselmo, con un aire paternal estudiado, dijo que contra la expropiación forzosa no había fiambre ni niño muerto, y que esto era cosa sabida, y que mejor sería, en lugar de pasar el tiempo diciendo tonterías, pensar en recoger la cosecha y en preparar los bártulos, que, al fin y a la postre, el Gobierno construiría el pueblo en otro sitio, y esto no era moco de pavo, ni mucho menos.

Al terminar su perorata paseó la mirada por la concurrencia para ver el efecto causado, pero las ojeadas de través que le atravesaron le produjeron respingos en la columna vertebral, que de fiera tenían lo suyo y no estaba el ambiente para echarlas en saco roto.

Bajó los ojos humildemente, que también tenía su aquel de diplomático, y al cabo de un rato, curándose en salud, dijo adiós muy buenas y se largó.

Y bien lo hiciera, porque al poco rato llegó Tomás a la taberna, y al abrir la puerta entró con él un olor así como de batalla y de fiebre. Que

Tomás no bromeaba nunca, y cuando Tomás venía como venía comenzaban a darle tiritones al más bragado.

Se hizo a su paso un impresionante silencio, y de tácito acuerdo todos esperaron a que hablase. Que seguía siendo el amo de antaño, aunque por reverses de la vida su fortuna mermaba cada año y ya su caserío no era ni sombra de lo que fué en vida de Marta.

Tomás pidió un vaso y se lo bebió de una sacudida. Luego se apoyó en el mostrador y, recorriendo con sus ojos cada una de las caras, dijo:

—Bueno, ¿qué os parece?

Lo que les parecía la orden del Gobierno a los vecinos de Aguaclara era cosa del otro jueves, porque comenzaron a chillar más y mejor y se armó tal alboroto que la taberna se llenó de eccs.

Tomás impuso silencio.

—Lo que os pregunto es si pensáis cruzaros de brazos o si pensáis luchar. Que a mí, por lo menos, no se me echa del pueblo en un decir amen.

Ni a él ni a nadie. Que la tierra pesa mucho y es un tesoro. Que los campesinos aman cada terrón, cada cepa, cada grano de espiga. Que es mucho el amor que se le tiene a la casa de uno y a los sudores continuos, año tras año. Que los ojos se llenan de gozo viendo crecer las cosechas y los oídos se llenan de música escuchando al viento otoñal entre las caídas hojas. Que hasta el cuerpo de uno se acostumbra al clima, a las mismas y tradicionales cosas. Que costó su tiempo hacer los caminos. Que cuando un robé estorbaba el paso de los carros se le cortó a fuerza de hachazos. Que cuando al puente se lo llevó una riada, se hizo otro nuevo de buena madera y bien plantado. Que Aguaclara reflejaba como un espejo la vida de cada uno de los que allí vivieron. Que el cura párroco, bien lo sabían, nada dijo al conocer la noticia, pero que mañana comenzaba una novena a Santa Rita, abogada de los imposibles.

—Nada de imposibles—dijo tajante Tomás—. Esto lo arregle yo en seguida. Con el alba salgo para la ciudad a consultar con un abogado y veremos. Que dinero hay bastante para luchar por la salvación de Aguaclara. Y no nos dueñan prendas, que, al fin y al cabo, todo lo que tenemos no lo dió esta tierra.

Aquellas palabras tuvieron un mágico hechizo. Los ánimos volvieron a sus cauces. Para ellos, Tomás era el amo, el hombre capaz de arreglar el mundo, y confiaban ciegamente en él.

Así, pues, se tomaron los últimos vasos y cada uno se fué a dormir. Pero Pablo, el hijo de Tomás, que ya era un mazo garrido y enjuto de veinticuatro otoños, encaminó sus pasos por la Montaña Nueva en busca de Aurelia, la hija de Anselmo. Iba de ronda bajo la noche clara.

* * *

Tomás se encontró con un abogado, o por lo menos que así decía serlo. Más le valiera haber topado con el diablo en persona, pues aque, tal don Nicolás tenía todas las cosas de Satanás, y, por ende, una cara de persona decente. En lugar de desengañarle de sus locos proyectos avisándole honestamente de que el progreso es el progreso y las necesidades urgentes de una nación no pueden supeditarse a los problemas sentimentales de un ovidado pueblecillo, le enzarzó aún más en su descabellado sueño y le manifestó, poco más o menos, lo que Tomás explicó, ya de vuelta, a todos los vecinos congregados en la taberna.

—No hay que preocuparse. La cosa está en marcha. Ese abogado me parece un hombre listo y conocedor del oficio. Está bien relacionado y ha prometido ayudarnos en todo. Naturalmente, necesitaremos mucho dinero. Papeleos, cartas de recomendación, invitar a unos y a otros, lograr informes preciosos. Todo esto, bien que me lo sé, lleva consigo un río de dinero. Pero... ¿qué nos importa el dinero? Lo único que de verdad importa es la tierra, es Aguaclara. Por lo tanto, yo estoy dispuesto a agotar mi fortuna. Y en caso de que fuese cortado, ¿quién está dispuesto a contribuir?

Como un solo hombre se levantaron los vecinos. Todos menos Anselmo. Con palabras escuetas dijo que no estaba dispuesto a apoyar semejante locura.

—¿Locura?—bramó Tomás gritando.

—Sí, Locura. Ese abogado, si lo es, que tengo mis dudas, es un sinvergüenza. Os lo aseguro. No sabe mejor que ninguno que resulta ridículo intentar luchar contra el Estado. Lo único que pretende es sacarnos el dinero, explotar vuestra

genuidad. Por lo tanto, y así me encierren, podéis desde este momento prescindir de mí en lo tocante a donativos.

Hubo una pausa tremenda tras estas palabras. A Tomás le dió así como un pronto terrible y se abalanzó hacia él con ánimo de matarle; pero lo pensó mejor y frenó en su arremetida, quedándose clavado en el suelo.

—No será la verdadera razón de tu miserable proceder—dijo sarcástico—el que tu casa y tus tierras quedan fuera del embalse?

Anselmo lo negó categóricamente. Pero de nada le sirvió, porque Tomás, agarrándolo por las solapas de tres empujones lo lanzó contra la puerta de la taberna, y le dijo que como pusiese los pies cerca de donde pisaban los suyos, se iba a acordar del nombre que le pusieron en la pila.

Amilanado, Anselmo farfulló entre dientes algo que nadie entendió y se fué.

Mas no terminó aquí el incidente, porque Tomás se volvió a su hijo y, echando espuma por la boca, le explicó que aquella era una buena razón para que mandase al cuerno a Aurelia, que, a más de tener un padre como el que tenía, cotría por los vientos del pueblo que Aurelia era la última carta de la baraja de Aguaclara.

Tal cosa no era, ni mucho menos, cierta, sino producto de la furia de Tomás, y el mozo, que a ojos vistas se desmorecía de amor por la hija de Anselmo, se puso pálido como un muerto y le entró un hormiguillo por las piernas que a no ser su padre quien le decía aquellas cosas, allí mismo le mata. De todas formas, quiso reaccionar respetuosamente para salvar el malparado honor de su novia, pero Tomás le cortó en seco:

—Nada, lo dicho. Y mucho ojo con que yo te vuelva a ver con ella.

A Pablo se le cayó el alma a los pies y el corazón se le partió en pedazos. Pero lo de menos en aquellos instantes era preocuparse por un viaje más o menos, que Aguaclara estaba a punto de quedar enterrada en un pantano, y ante esto los demás asuntos resultaban pelillos a la mar.

Sin embargo, aunque la conversación siguió sufriendo de tono y mil quimeras se trataron, el mozo ya no tuvo oídos sino para su pena y para el terrible problema que se le había presentado. Que él quería como Dios manda a Aurelia, y todavía el día anterior, sin ir más lejos, estando él besándola en un vericuetto les sorprendió el cura párroco, y aunque se hizo el disimulado con un carron buenas tardes, él se había quitado la boina y mirado avergonzado al suelo, mientras la zagala se había puesto encarnada como una rosa.

Y bien recordaba él todas las promesas que le susurraba al oído de la moza durante las rondas, y bien se le subía un calor a la garganta pensando que dejarle sin Aurelia, era como arrancarle la piel a tiras y no otra cosa.

Que para eso nos puso Dios el corazón en su sitio y para eso se vive, para amar a una mujer y para trabajar por ella. Y esto no era cosa de brama ni de por un quitame allá esas pajas prohibirle a uno ver a la luz de los ojos. Tanto más, que él estaba dispuesto a decirle a su padre que ya le pesaban los huesos de la soltería, y que el día menos pensado iba a darse una vuelta por la sacristía para arreglar los papeles. Y ahora, de pronto, ¿que mucho ojo si te vuelvo a ver con ellas. Bueno, bueno, él haría como si no, pero sí. Al fin y al cabo, se puede tener una novia en secreto por algún tiempo, pues seguro estaba que a su padre se le pasaría el enfado en cuanto se arreglase el asunto del pantano. Y así fué como ración en Aguaclara: una nueva reencarnación de Romeo y Julieta.

Porque las cosas fueron de mal en peor y ya se sabe que nunca llueve a gusto de todos.

Comenzó para el pueblo una época más que de puro nervio. Sólo se respiraba para saber las noticias que, periódicamente, enviaba el abogado. Iba por ellas Juan, a lomos de rocín, todos los jueves, y se le llenaba el alma a uno de ternura al ver cómo los vecinos devoraban las palabras de Tomás cuando leía las cartas, con pausas prolongadas y repeticiones sin cuento, ya que nadie quería perderse ni ripo de lo que estaba escrito. A la postre siempre terminaba igual: el abogado necesitaba más dinero. Que ya sabían; que si tenía que entrevistarse con tal personalidad y necesitaba pagar la cena.

Tomás, viendo las facturas de las cenas, le entraban unos trasudores tremendos, y se preguntaba, y con él todo el pueblo, qué es lo que comían los de la capital, y hubo hasta quien dijo que los cosmopolitas debían dejarse de tonterías y cenar



pan blanco con una cebolla, como todo hijo de madre.

A todo esto, se sabía en el pueblo que Anselmo había dicho, de vuelta de su último viaje a la ciudad, que aquel señor no era ni con mucho licenciado, pero era tal la fe ciega que se tenía en Tomás y la adoración que se le profesaba, que todos consideraron el comentario como una mentira sinosa y malintencionada, y el rencor popular hacia el único hombre que tenía la cabeza en su sitio creció desmesuradamente. Y de mutuo acuerdo no le saludaban ni por pienso, y hasta más de uno escupía groseramente al suelo al cruzarse con él.

Y Pablo sufría como un condenado, porque el escarnio de que era víctima el padre salpicaba también a la dueña de sus entretelas, y más de mil veces tuvo que morderse los labios para no dejar a uno en el sitio. Pero resultaba inútil querer luchar contra la arrolladora ola de odio, que principalmente partía del autor de sus días.

¿Y cómo no confiar ciegamente en Tomás si ya había enviado casi todos sus ahorros rumbo a la ciudad? El predicaba con el ejemplo. El tenía muy metidas en las entrañas las últimas palabras de Marta, de su Marta, y estaba dispuesto, no ya la bolsa, sino a dar la vida y mil vicias que tuviera. Y los demás vecinos, mirándose en su espejo, emborrachándose con su de prendimiento, no paraban mientes en razonar, y empujados por una fuerza avasalladora, uníanse con su dinero al de la colecta, y no lo sentían, no, que bien contentos inflaban el pecho y sonreían después de haber dejado sobre la mesa de la taberna el producto de gruesas gotas de sudor.

Muchas anochecidas, vagando en conjunto por el pueblo, descubrían maravillas que hasta entonces les habían pasado inadvertidas. Un árbol, por ejemplo, constituía un centro de atención permanente y un motivo de alabanza sin par hacia Aguaclara. Se recreaban viendo las verdes hojas peñadas por el viento, y juraban que era una verdadera belleza, como si de pronto sólo existiese aquél en el mundo. Parecían familiares a la cabecera de un enfermo gravísimo, mimándole, arracándole y fijándose en todas sus buenas cualidades.

Estas caminatas siempre terminaban desembocando a la orilla del río, que como una espada cortaba el pueblo en dos mitades. Allí las cosas cambiaban lo suyo. Las caras se ponían largas y los entrecejos tirantes. Existía junto a las aguas una atmósfera especial, emanada del conocimiento

de que aquellas constituyeran la causa de todo. El río estaba maldito. Y un terror supersticioso ahuyentaba a las parejas enamoradas de sus orillas, pues no podía traer nada bueno respirar brisas de destrucción. Como consecuencia de los malos tragos y de las angustias de la espera de noticias, en Aguacilar apenas si se trabajaba. Se vivía para esperar. Esperar. La cosa iba por buen camino, que el abogado decía que se había adelantado mucho y que estaba al caer la noticia gorda de que el proyecto fuese revocado. Y la ilusión avivaba los andares y alegraba las casas, que patente se demostraba cuando, después de recibir una carta, corría el vino generosamente y se cantaban canciones. Pero, sistemáticamente, se apagaban poco a poco los ánimos y a los tres días, y ni uno más, ya de vuelta los pensativos rostros y el mirar atemorizado.

Y al recibir una nueva carta, de nuevo el comienzo de la alegría.

Que sí, que aquello marchaba y que tuvieran fe, que la fe es muy grande y muy sana. Y tenían fe. Una fe sublime, estremecedora. Y a nadie se le ocurría dudar ni tanto así del hombre de la ciudad; pues Tomás le había entregado su fortuna, y Tomás sabía muy bien con quién se gastaba los dineros. Y era calumnia lo de que no fuese abogado, que Tomás fue otra vez a la ciudad y vió con sus mismísimos ojos el título de licenciado. Eso para que hablase el cerdo de Anselmo. Que era... que todos se sabían bienamente de memoria lo que era.

Entretanto, Pablo y Aurelia se entrevistaban secretamente cuando podían, que no resultaba siempre posible ni mucho menos, porque como Tomás o Anselmo se enterasen, allí sería Troya. Que Anselmo también había dicho que no, que o Aurelia dejaba al sinvergüenza de Pablo, hijo de tal, o de un cantazo la desnucaba cualquier día. Y así los dos enamorados se volvían locos para concertar sus citas, y se iban andando y alejándose del pueblo más de tres kilómetros largos, y allí Aurelia apoyaba la cabeza en el regazo de Pablo y no conseguía sorberse las lágrimas de tantas como le caían a la vez. Y el muchacho bramaba de indignación, y cuando intentaba consolarla, al poco rato, le entraba un escozor por los ojos y tenía que sugestionarse fuertemente para no parecer poco hombre. Y se prometía a sí mismo poner las cosas en claro con su padre, y si le levantaba la voz cantarle las cuarenta si preciso fuera. Pero una cosa es llevar sotana y otra decir misa. Que al traspasar la puerta y mirar a su padre, a más de viejo

y lleno de canas, que aquella espera le había puesto en las carnes muchos años, rezongando eternamente contra los roñosos y canallas, se le trababa la lengua y no decía ni esta boca es mía. Que se sentaba a comer y sólo gruñía un poco para demostrar su enfado, y para que Tomás notara que él tenía también su personalidad. Pero Tomás no estaba, precisamente, para fijarse en enanques.

Que el abogado pedía más dinero, y el dinero ya escaseaba en el pueblo como las flores en otoño. Y era necesario un último esfuerzo, pues, seguramente, la próxima semana el asunto quedaba arreglado. Y el hombre tenía tal confianza en aquel zalamero embaucador que no se le ocurría la elemental prudencia de hablar con otro, porque, según decía, conocía a las personas así, al primer ver, y aquel abogado era decente y de buena y honrada pasta. Y los vecinos con la mano abierta para Tomás, porque Tomás amaba más que ninguno al pueblo.

Y por esta causa reunió de nuevo a todos y les habló con cansada voz y labio fatigado.

Una vez más supo condensar en sus breves palabras todo el amor que sentía por el valle. Aferrándose al temperamento campesino, dijo que si les quitaban la tierra, ellos perderían también todo lo que les era primordial. Mientras hablaba, le miraban en silencio, con las cabezas bajas, el corazón en un puño y el alma en vilo.

Al final Tomás explicó que el abogado necesitaba más dinero. La última vez. Después estaría todo arreglado. Nadie objetó nada y comenzó la colecta.

Tomás, con lápiz y papel en la mano, miraba a los asistentes.

—A mí me queda lo puesto—aclaró a modo de explicación.

—Yo aun tengo dos ternerrillas, Tomás—dijo uno—. Pero ya sabes... Tuyas son.

—Más no. De Aguacilar. No te preocupes, hombre, que en un par de años volveremos a tenerlo todo.

—No me preocupo. Ya sabes que el pueblo lo es todo.

—Ayer, buscando en un arcón encontré estos dos pendientes de oro. Si sirven para algo...—dijo otro.

—¿No van a servir?

Tomás apuntaba.

—Yo tengo quince ovejas, Tomás. Menos de una piedra.

—Buenas que son, Ernesto. Ya veréis, ya lo que nos vamos a reír dentro de poco. Lo publicarán todos los periódicos. ¡Ahí es nada dársela con queso al propio Estado! Y tú, Jaime, ¿no tienes nada?

—Yo, el molino, Tomás; el molino me queda...

—Pues consérvalo, que te vas a cansar de moler trigo por los años de los años. ¿Y tú, Jacinto?

—Ya sabes... Tengo una tierra. No es mucha, pero si hay que venderla...

A Tomás se le marcó una vena en la frente.

—¿Vender la tierra? ¡Qué más quieren ellos! Si les vendemos la tierra nos echarán del pueblo y asunto concluido.

Y así, con el corazón sobresaltándose de gozo a cada nueva aportación, los vecinos se refugiaban en la esperanza de resistir, de vencer.

Siguió la encuesta con ese tictac anhelante de saber si se alcanzaría la cifra necesaria.

Sergio un mocetón alto y plantado, de frente despejada, sorprendió a todos con su aportación.

—Yo tengo mil duros, ¿sabéis? No quería decirselo a nadie porque los guardaba para mi viaje de bodas... Sí... Tenía pensado agarrar por el brazo a la Matilde y llevármela a Madrid y darle a cada gusto un sí... Muchas veces me reía de mí mismo imaginándome de vuelta al pueblo sin un mal real en el forro del pantalón; pero... en fin... contad con ellos. Eran para mi viaje de bodas, ¿sabéis? Por eso me lo tenía tan callado...

Tomás le miró con ojos cálidos y dos lagrimones como dos lagunas pugnaron por salir de sus ojos; pero carraspeó a tiempo y disimuló. Despacio, con desesperante calma, comenzó a contar las aportaciones. Fué un momento eterno para aquellas gentes.

Al fin:

—Nos faltan dos mil pesetas.

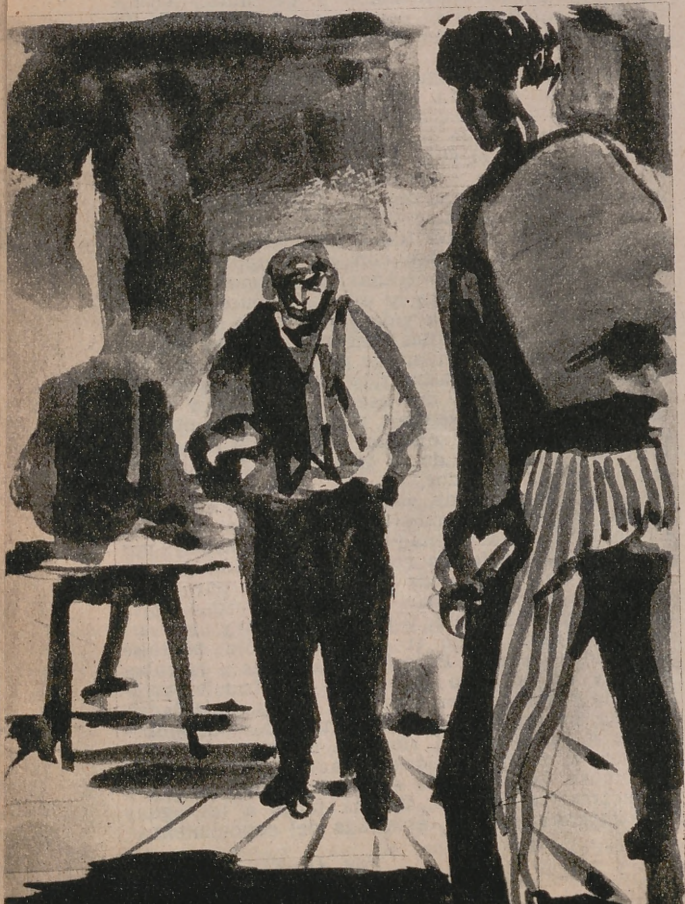
Todos se derrumbaron interiormente.

—¿Dos mil pesetas?

—Dos mil pesetas.

Igual fuera decir dos mil soles o dos mil lunas.

Ya no había en toda Aguacilar cantidad semejante. Y así, por asociación de ideas, un pensamiento



fuese haciendo camino en cada mente y una raba sorda, descarnada, se posó en los pechos.

Porque Anselmo sí las tenía. Porque Anselmo no había dado ni un mísero céntimo. Porque a aquel repugnante sujeto le importaba un ardite Aguaclara y los habitantes del pueblo.

Y como un solo hombre, que otra cosa no cabía, se levantaron todos dispuestos a la ofensiva. Si Anselmo necesitaba que se le retorciera el cuello para que les diera aquella suma se le retorcería y aun más, que para eso el sol les había curtido y hecho hombres.

—Pero Tomás levantó su mano.

—Esto lo arreglaré yo solo.

Y con firme paso abandonó la taberna.

Y quiso la mala ventura, pues el diablo ronda constantemente por los caminos, que ya cercano a la casa de Anselmo se tropezase de manos a boca con Pablo y Aurelia, que, distraídos en interesante coloquio, se mostraban ajenos a todo lo demás, sentados bajo un chopo. Y que a su vez apareciera por un recodo la figura apretada en grasa de Anselmo, que bajaba despreocupado entonando entre dientes una cancioncilla.

Los dos padres se quedaron rígidos al verse uno a otro mirando a la pareja que, por los barruntos, ya se había percatado de la terrible situación.

Se levantaron en un decir Jesús, y Aurelia, obedeciendo a todas luces la tajante orden de Pablo, huyó como gacela asustada por entre los pinos.

Ya Anselmo iba presto a su encuentro cuando por el raballo del ojo vislumbró a Tomás. La sangre se le fué de los pies y se le quedó mirando, lo mismo que si visión fuera. Otro tanto le sucedió a Tomás, pero éste avanzó resuelto y decidido hasta alcanzar la vera del padre de Aurelia. A todo esto Pablo se acercó también dispuesto a poner las cosas claras.

Pero ya Pablo había dejado de ser razón que preocupa. Tomás sólo tenía ojos para Anselmo y Anselmo sólo veía confusamente la figura de Tomás, que lenta y amenazadoramente se le acercaba.

Cuando estuvo a dos pasos miróle de hito en hito. Al hablar, su voz no tenía entonación ninguna.

—Vengo en nombre de Aguaclara a pedirte un préstamo.

Que Anselmo ante estas nuevas abría los ojos como platos era cosa sabida. Pero lo problemático era que tomase a chirigota las palabras de Tomás, porque Tomás imponía respeto a cualquiera, por muy hombre que se tildase.

Pese a todo, así ocurrió. Anselmo desgranó una carcajada que más bien res nó como un terremoto. Fué una carcajada hiriente, horrible.

A Tomás se le pusieron los pelos de punta y la carne de gallina de puro coraje. Y con un brillo asesino en los ojos, sin mediar tiempo, se lanzó hacia Anselmo, y mal lo pasara éste si la buena fortuna no hubiese puesto allí a Pablo, que sin titubeos, que en estas ocasiones hay que ir rápidamente al grano, le sujetó fuertemente por detrás y le inmovilizó por completo.

—Padre. Que mire lo que hace.

—¡Suéltame, que lo mato!

—Padre. Que mire lo que hace.

Y entre estos forcejeos Anselmo debió de comprender que la prudencia es buena virtud y puso no muy dignamente pies en polvorosa.

Hubo una pausa. Pablo aflojó el brazo y dejó libre a Tomás.

Este respiró hondo y se tentó los costillares. Después miró al hijo.

Algo hubo en aquella mirada de escalofriante, porque de súbito al mozo se le llenó la frente de sudor. Buscó estúpidamente algo en que apoyarse, pues sentíase caer en un abismo sin fondo.

Tomás sólo dijo:

—Vete. Vete. No quiero verte más.

Y girando sobre sus talones dió la vuelta y comenzó a caminar hacia el pueblo. A Pablo le quedaron grabados el paso vacilante, la cabeza baja, los hombros caídos, la silueta desdibujada. Y sin-

tió un indefinible latigazo de compasión y remordimiento en la columna vertebral.

Al llegar al pueblo, Tomás se fué a la iglesia, llamó al cura párroco y se arrodilló en el confesionario. Estuvo mucho tiempo. Al final lloraba como un niño.

No fué ni con mucho este suceso lo más triste para Tomás. Que aunque comía con el hijo y nunca se dirigían palabra, el gran problema de Aguaclara se cernía sobre él y atormentado le tenía, y, por lo tanto, resultaba más soportable la situación. Lo peor, lo verdaderamente grave, llegó ocho días más tarde, cuando al no recibir carta del abogado hizo los bártulos y se fué a la ciudad para preguntarle si se había arreglado con la falta de las dos mil pesetas. Llegó a su casa, llamó al timbre y al no contestarle nadie se fué a la portera y le preguntó por don Nicolás, nombre que está grabado con letras de sangre en Aguaclara. La portera le dijo que aquel señor se había marchado a París dos días antes.

Tomás no comprendió.

—¿A París? No puede ser. Está usted confundida, señora.

—¿Confundida? Bien me lo sé yo, que le ayudé a bajar todos los muebles y por cierto que yo misma le busqué comprador para ellos. Sí, señor, se fué a París. ¡Vaya que si se fué!

—No puede ser... No puede ser...

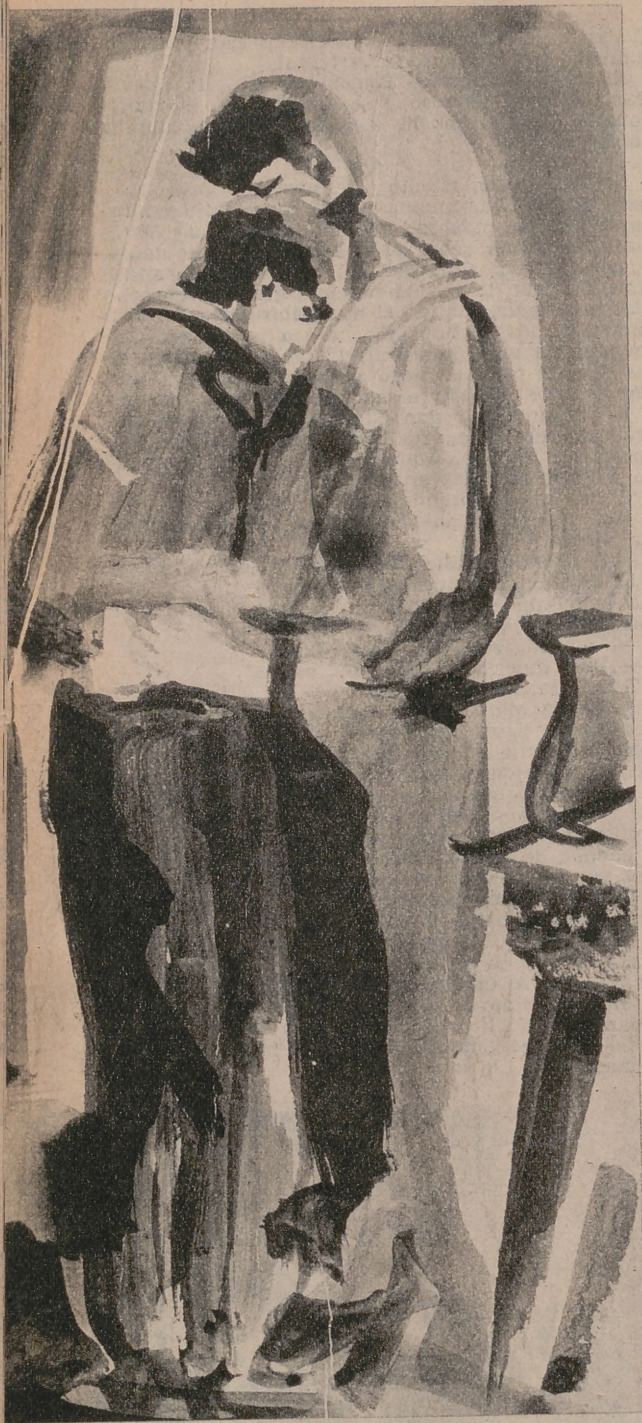
—¡Pues quíralo usted o no, así es!

Tomás salió a la calle.

Se sentía morir. Morir a cada instante, con las piernas de agua, sin brazos, sin pulsos. No lloraba. No tenía fuerzas para llorar. No se quejaba. Un asfixiante nudo le cerraba la garganta y le apretaba como una soga. No pensaba. No quería, no quería pensar. No podía imaginárselo todo, explicárselo todo, porque creía en los hombres, en la bondad de los hombres, en el alma de los hombres, en la palabra de los hombres.

Se ahogaba por momentos. Los pasos suaves, automáticos, mientras un alucinado volcán explotaba en el pecho. La gente le empujaba con los codos. Se metió en una aglomeración y le pisotearon los pies. Cruzó una calle y un guardia se le acercó diciéndole no sé qué cosas y amenazándole furiosamente. No le hizo caso. Siguió adelante, adelante, como sonámbulo. Latiéndole las sienes hasta más allá de lo imposible.





Se preguntaba constantemente a dónde iba, para qué camino escogía sus pasos, pero el cerebro se negaba a ayudarlo.

Se le acercó un niño y le preguntó algo que no pudo comprender. Le acarició los cabellos con mano grosera, callosa, pero limpia de pr mesas cumplidas ciegamente, rebosante de ternura. ¡Los niños!—pensó—. ¡Los niños! Una vez él tuvo un niño. Travieso y gracioso. Se lo había dado ella, Marta. Marta, sí, la mujer que olía a fresas. Y aquel niño dijo más de una vez: «Tienes razón, padre. Que madre huele a fresas.» Y él contestaba lleno de orgullo. «Claro que sí, cachorro, que madre huele a fresas. Que no es lo mismo sentir primaveras que mirarlas.»

Dos lagrimones le vencieron por fin. Cayeron len-

Suscríbese a POESIA ESPAÑOLA

tos, graves, abriendo dos surcos en sus mejillas calientes del sol. Y fueron como nubes que se abren en las ventoleras de abril. Siguió llorando sin disimulos, sin importarle las sonrisas de los transeúntes, sin mezclar aquel dolor puro, inmenso, con el cieno humano. Estaba solo. Abandonado. Tragado por la ciudad. Y allí, a lo lejos, Aguacilara, presta a ser devorada por las aguas. Ya nada importaba. Ni el sol. Ni un aire que pasa. Ni siquiera la arenilla suave del cementerio. Y ella, Marta, cerraría sus ojos para siempre horrorizada. Ya, ya. Bien sabía él que estaba en lo alto, a la sombra de Dios, mirándole. Ya lo sabía él. Pero aquellas palabras, aquellas últimas palabras de ella le ahogaban. Metió sus manos en los bolsillos del gabán para no avergonzarse de que le temblaran. Alguien, una persona con ojos asustados, se le acercó y le preguntó no sé que tontería de si estaba enfermo. Siguió de largo, sin mirarle, sin ofrecerle una frase de consuelo. Y se maravillaba de que sus ojos tuviesen tantas lágrimas todavía, de que al paso de los años, tras la muerte de ella fuesen jugosos aún y tuviesen una nueva primavera. Vió de pronto girar todas las cosas ante sí. Creyó que iba a perder el pie y caer de bruces pero lo que realmente ocurrió fué que comenzó a cantar. Una canción alegre, casi infantil. ¿De dónde salía aquella canción? ¿Cómo era posible que cantase algo que desconocía?

No. Que era la misma canción que Pablillo comenzó a cantar aquel día en el patio. Que era la misma canción. Y él le había dicho: «¡Canta, cachorro, que madre también te oye! También te oye, cachorro. ¡Canta para ella!

Y comprendió que en estos momentos Marta también le oía. Comprendió que desde las alturas Marta le decía que cantase, que cantase más fuerte. Y mientras las lágrimas resbalaban, sus labios cantaban infatigables.

Al llegar al pueblo no fué cobarde, que nunca lo había sido. Reunió a los vecinos y lo dijo todo, ce por ce, sin callarse nada. Sin ammorar su culpa, la gran culpa de haber confiado en un hombre. Serenamente, con una calma que no se asemejaba a la de este mundo, prometió pagarles a todos lo que les había pedido, si es que Dios le concedía fuerzas para ello.

Y en este preciso momento se levantó Pablo, y sin mirar a su padre juró delante de todos hacer la deuda suya y dedicarse a ella. Tomás se le quedó mirando mirando...

Quando intentaron darse cuenta estaban los dos allí, en el centro de la taberna, abrazados, estrujándose mutuamente, como dos robles. Y había en la mirada de los dos un desafío, un reto inmortal al resto del mundo.

Todos los vecinos tenían los ojos a flor de agua, y todos, uno por uno, le abrazaron reciamente y le repitieron mil veces que nada debía a ninguno. Porque ellos sabían de sus deseos. Ellos sabían de sus angustias. Ellos sabían cómo los segundos pasaban por el alma de Tomás y cada uno se llevaba un aliento de hombría, de caballerosidad, porque Tomás era un cielo abierto a las miradas.

Y Anselmo llegó también y le dió su mano. Y se ofreció para lo que necesitasen.

Pero el corazón de Tomás ya no latía. Se le iba la vida como agua en las manos, y así, a la vista de todos, murió un mes más tarde, mientras el sol se perdía en los alcores. Murió, aunque sin sonrisa en los labios, con el rostro sereno.

Fué el último entierro que celebró el cura párroco de Aguacilara.

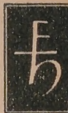
Al paso del féretro todos se descubrían, así como ce otro modo que para los demás muertos. Como dándose cuenta de que en aquella caja iban los perfumes de los pinos de la Montaña Nueva, y el sol de los senderos, y el humo de las chimeneas.

Como si con él Aguacilara se fuera para siempre. Se le enterró en el mismo sitio donde reposaba Marta.

Y al caer la tierra sobre el ataúd, el viento trajo un perfume maravilloso, igual que un milagro. Oía a fresas. Profunda, definitivamente,

Acaba de aparecer la segunda edición 1955 de la **ENCICLOPEDIA UNIVERSAL HERDER**

EL LIBRO MÁS SELECTO
PARA EL LECTOR MÁS EXIGENTE



UN SOLO TOMO impreso sobre papel especial printing, formato 12,4 x 20,2 cm.

2.342 COLUMNAS de texto compacto, pero fácilmente legible.

40.000 VOCES, excluidas las que más bien pertenecen a un Diccionario de la Lengua, para dar cabida a una infinidad de modernos vocablos técnicos y científicos y tratar con la debida atención artículos básicos.

2.641 FOTOGRAFADOS directos e ilustraciones a la pluma, permiten conocer la imagen de lo que con dificultad acertaría a sugerir una detallada descripción.

8 LÁMINAS A TODO COLOR Y 56 EN NEGRO, ofrecen una sugestiva sinopsis gráfica de los artículos más destacados.

150 TABLAS ESTADÍSTICAS, índice de los hechos y fenómenos más interesantes, expresados con las cifras más recientes.

8 MAPAS A OCHO TINTAS, que constituyen un pequeño atlas manual de la Tierra con sus características físicas y políticas.

40 MAPAS en negro, destinados a ilustrar artículos geográficos de especial significación.

¡TRES ENCUADERNACIONES A SU DISPOSICIÓN!

En tela y oro. Un volumen sólido, muy manejable y elegante, protegido por una sobrecubierta a cuatro colores Ptas. 180.-

Con lomo piel y oro. Un bello volumen excelentemente encuadernado y a prueba de uso diario. Ptas. 225.-

En piel flexible superior, color granate Rusia y oro. Una joya para todo amante del libro. Ptas. 245.-

ENCICLOPEDIA UNIVERSAL HERDER, EL REGALO MÁS APRECIADO

SABER DA APLOMO • SABER IMPONE • QUIEN SABE TRIUNFA

Solicite la obra o un prospecto ilustrado a EDITORIAL HERDER • Balmes, 26 • BARCELONA

COMENTARIOS DE LA PRENSA SOBRE LA ENCICLOPEDIA UNIVERSAL HERDER

"En los mil problemas que ofrece la vida práctica - temas de discusión como el aborto, por ejemplo - el lector tiene derecho a exigir una orientación. Esta obra se la da siempre, y además con una objetividad - léase el artículo LUTERO - realmente admirable."

"DESTINO", Barcelona

"Esta labor selectiva ha permitido incluir en la ENCICLOPEDIA UNIVERSAL HERDER multitud de vocablos que proporcionan amplios horizontes, lo mismo en las ciencias del espíritu que en las de la Naturaleza."

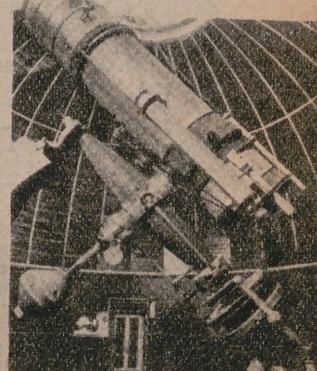
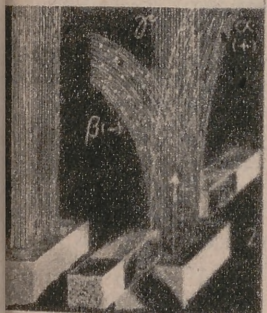
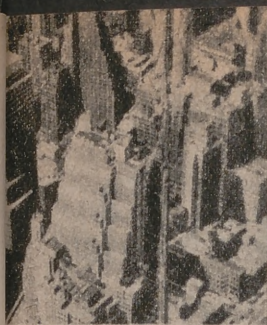
"ARBOR", Madrid

"La ENCICLOPEDIA UNIVERSAL HERDER es un libro que no puede faltar sobre la mesa de la gente culta de todos los países que lean el español."

"LA STAMPA ITALIANA", Roma

"... está hecha con tal rigor y detalle que encontramos en ella tanta materia como en otras Enciclopedias mucho más voluminosas. Realmente es la primera por su actualidad y exactitud así como por su aspecto práctico."

"BROTERIA", Lisboa



**EL LIBRO QUE ES
MENERE LEER**

“LA CAIDA DE UN TITAN”

Por Igor GROUZENKO

**CITA A ORILLAS
DEL DON**

Drozd esperó largo rato al profesor Feodor Novikov, sentado en un banco de un paseo poco concurrido. Cuando éste apareció, Drozd le hizo señas para que le siguiera. Como dos estudiantes de la Universidad de Rostov habían reconocido al profesor, caminaron de prisa a fin de perderlos de vista. Tomaron la dirección del río Don. Uno detrás del otro llegaron a los suburbios de Rostov. Hicieron alto en un pequeño barranco cubierto de arbustos.

—El sitio elegido para la cita no era seguro—dijo Drozd.

—Es cierto; allí me podría haber visto mucha gente conocida—contestó el profesor Novikov.

Drozd tenía cerca de cuarenta años, las sienes cubiertas de canas, aspecto grave, estatura media, sus ojos verdosos miraban duramente y con seguridad. Como todos los que trabajan en el partido comunista o en el Gobierno, Drozd llevaba un atuendo mitad de paisano y mitad de militar.

—Desde la estación he acudido en seguida a la cita. Sólo hay un hombre, además de usted, a quien me interesa ver aquí. Después regresaré mañana a Moscú. La conversación que vamos a tener no debe ser conocida por nadie. ¿Comprendido? Su misión, profesor, será difícil y de gran responsabilidad. Yo sé que usted no es novato y que ya ha trabajado antes con nosotros. Pero lo que ha hecho es juego de niños comparado con el asunto de ahora. Tiene que ponerse en contacto con un individuo no vulgar.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Novikov.

—El escritor Mikhail Gorin.

Novikov no pudo reprimir un escalofrío. ¿Que podría necesitar de él el gran escritor ruso a quien el partido comunista consideraba como el padre de la literatura soviética? Sus obras se habían traducido a todos los idiomas del mundo. Cualquiera sabía que Gorin era el amigo íntimo de Stalin y que también lo fué de Lenin.

—El Politburó ha tenido conocimiento de que Gorin se está poniendo molesto. Desde que el partido decidió adoptar medidas enérgicas para la co-

Igor Gouzenko tenía veintiún años cuando Rusia intervino en la guerra de 1941. Gracias a sus méritos escolares estudiaba entonces arte y arquitectura en el Instituto de Arquitectura de Moscú. Una vez en el Ejército, y también por méritos propios, fué enviado a la Academia de Información Militar, donde fué promovido al empleo de teniente y destinado, en 1943, a la Embajada soviética de Canadá. Allí era el encargado de las claves secretas. En 1945 abandono a los comunistas, llevándose 109 documentos reservados, que permitieron descubrir la red de espionaje montada por Moscú en el mismo Canadá, Inglaterra y Estados Unidos. Desde entonces reside en América, bajo la protección de la Real Policía Montada del Canadá. Aunque ha escrito cuentos en su juventud, «La caída de un titán» es la primera novela de Gouzenko. Tardó cuatro años en terminarla. El periódico «Time» la consideró como una versión moderna de «Macbeth», con sus páginas empapadas con la sangre de los suicidios y crímenes. El argumento es apasionante y da una fiel visión de la mascarada de la política soviética. Una novela con muchos personajes, con muchos dramas, con muchas escenas vigorosamente narradas. Leslie C. Stevens ha llegado a decir que Gouzenko es quizá el mejor novelista ruso desde Dostoyevsky y Tolstoy. Ha logrado, indudablemente, crear en sus páginas unos personajes inolvidables y un ambiente sobrecogedor; la vida y el mundo de la Rusia soviética p. ipitan a través de la narración.

«THE FALL OF A TITAN»: By Igor Gouzenko. New York. W. W. Norton & Company, Inc.

IGOR GOUZENKO

The FALL of a TITAN

a novel

A work of notable energy and power with a sweep that often recalls the classical masters of Russian fiction!

—CLIFTON FADIMAN

lectivización, Gorin ha expresado muchas veces su disconformidad e indignación. El partido no puede tolerar esta clase de incidentes. Cuando un titán como Gorin mete ruido, el Gobierno tiene que hacer algo. El Politburó necesita a Gorin de su lado, porque es conocido en el mundo entero por sus ideas humanitarias. Nos es indispensable el trabajo de un hombre humanitario; esto es más importante que el aire que respiramos. He aquí su trabajo.

Drozd dió a estas frases un énfasis especial. Novikov asintió:

—¿Cómo puede suponer que sea capaz de una empresa como ésta? ¿De qué forma puedo hacer cambiar a Gorin?

—Usted es el único que puede lograrlo.

Novikov quiso rechazar argumentando que ni siquiera conocía al escritor, pero Drozd le interrumpió:

—El que no le conozca es una gran ventaja. Hombre nuevo, nuevas ideas. Amistad antigua en este caso, sería contraproducente.

A continuación Drozd explicó que todo estaba estudiado para presentarse a Gorin.

—Uno de los amigos de éste es también amigo nuestro y será quien les pondrá en comunicación—continuó—. A partir de este momento todo correrá a cargo de Novikov.

El profesor se volvió en dirección al río, como si deseara en ese instante desprenderse de la mirada de Drozd. Mientras tanto, éste le estudió y pudo comprobar que Novikov tenía realmente unos treinta años. Era de rostro delgado, bien constituido, con espaldas anchas. La delgadez de su cara y sus pómulos pronunciados no eran debidos a falta de salud. El rasgo más destacado en él era su frente despejada y unos ojos grises aceros. El aspecto en conjunto correspondía al de un hombre sin escrúpulos. Del examen, Drozd dedujo que estaba en presencia del individuo que necesitaba.

—Su gestión debe constituir un éxito. Recuerde que el Politburó y Stalin esperan los resultados. Se trata de una tarea doblemente secreta; si tiene feliz desenlace, le envidio...

Novikov hubiera deseado preguntar: ¿Y si fracasa?

so? Pero se contuvo; sabía de antemano la contestación.

EL COMUNISMO, UTOPIA HISTERICA

Vinieron los tiempos que todos conocemos. Tiempos en que la puesta en práctica del comunismo fué el mayor de los fracasos de la Historia; las consecuencias constituyeron las mayores brutalidades y excesos del despotismo humano. Todo en absoluto salió a contrapelo, y los millones de muertos de hambre y de sufrimientos fueron el resultado de una utopía histórica. Gorin fué siempre en Rusia el humanitarista, el gran amigo de Lenin, el íntimo de Stalin. Al llegar éstos al poder, no sólo no le dieron de lado, sino que cultivaron su amistad, pues Gorin era el ídolo del pueblo. La propaganda del Estado publicaba fotografías continuamente de Gorin con Lenin o Stalin, más tarde, en las que aparecían sonriendo o charlando amigablemente.

Llegaron los campos de concentración. Gorin quería saber qué eran. La situación para el Gobierno se hizo embaraçosa. Había que falsear la realidad, pues la pluma del escritor valía mucho a la Rusia comunista... Y se preparó la escena: un campo de concentración amañado, con concentrados fuertes, de buen color; los internados, con trajes nuevos de confección, reposaban cómodamente después de una comida al parecer habitual. Fumaban y jugaban a las cartas. Gorin no tragó el anzuelo. Vió que los trajes no tenían ni una sola mancha. Aquello era una farsa. Gorin se quedó mudo y no escribió. Pero los capitostes del Gobierno interpretaron su silencio en un sentido real: al no hacer propaganda de lo que había visto se ponía en evidencia que había descubierto la verdad. Por ello, ante el descontento de Stalin, Novikov y Drozd aparecen en escena. Con el frío cálculo de perfectos cirujanos, se colocan los guantes para comenzar una operación complicada y difícil.

El principio de la operación es el siguiente: Novikov será presentado a Gorin por el académico Glushak. La misión de éste concluye con ello y, además, debe ignorar cualquier detalle del plan.

Novikov permanecía callado y contemplaba el Don, cuyos aguas le habían proporcionado muchas horas de felicidad en su infancia. Sentía la necesidad de bañarse en ellas, olvidarse del presente y volver a la paz de la niñez. Como si Drozd hubiera leído sus pensamientos, le propuso un baño, y poco después, como dos escleros que han hecho novillos, lanzaban gritos de placer que ahuyentaban a las gaviotas de los contornos.

UN POLICIA OBLIGA A HACER GIMNASIA

A veces un pequeño contratiempo que nos sucede por la mañana temprano es suficiente para estropearnos todo el día. Glushak tuvo esta contrariedad al entrar en su oficina de la Academia de Ciencias, Rama Rostov, de la que era presidente. Su ayudante técnico, una chica delgada, de pecho planchado y pelo de muchacho, le comunicó que el secretario del Comité del partido comunista deseaba verle inmediatamente.

Glushak acudió al despacho de Mirzoyan, que estaba entregado a su ocupación favorita de liar cigarrillos con trozos de papel de periódicos. Mirzoyan, como secretario del Comité podía fumar buen tabaco, pero a su naturaleza ordinaria agradaba más el tabaco de ínfima calidad. El tabaco malo es lo único que se conservaba en él de los tiempos en que era un simple asalariado; en lo demás se había asimilado los gustos de los dirigentes: buenos trajes, roja interior de seda, manos arregladas por manicura y perfumes costosos. Se dirigió así a Glushak:

—Camarada, el Buró del partido me ha encargado mantener contigo una conversación de suma importancia. Ha resuelto que leas un informe durante la ceremonia de la inauguración del Instituto Marx-Engels, de Rostov. Personalidades muy importantes de Moscú estarán presentes. Así, estate alerta. Si algo sale mal yo seré responsable.

Glushak se puso a escribir el informe. Estaba disgustado consigo mismo, pensando que él, científico de gran renombre, tuviera que humillarse ante un tipo como Mirzoyan. Pero Mirzoyan era la autoridad máxima de la Academia. La primera medida que adoptó tan pronto como fué destinado a ella para vigilar a los hombres de ciencia, fué ordenar que, diariamente, antes de dar comien-

zo a las jornadas de trabajo, todos los técnicos hicieran gimnasia en el vestíbulo del edificio.

Estaba Glushak dedicado a la labor de preparar el informe cuando sonó el teléfono. Una voz desconocida, en nombre del partido le ordenó que acudiera a una cita en la calle de Sennaya, esquina a la de Budenny. En el lugar indicado se encontró con Drozd, quien le puso en antecedentes que tendría que poner en contacto a Novikov con Gorin. Por la mente de Glushak pasó una idea, que se convirtió en obsesión; creyó que querían reemplazarle con Novikov. Supuso que se hallaba en el primer peldaño de su caída.

Al regresar a su casa, Pabellón de los Científicos, uno de los mejores edificios de Rostov, encargó a su mujer, Olga Nikolyaevna, que preparase una cena para esa misma noche. El invitado sería el profesor Novikov. Este se presentó con puntualidad. Glushak y Novikov no se conocían.

—Profesor Novikov, es un placer saludarle. Yo soy Pyotr Glushak—dijo, estrechando la mano de su huésped.

Después de cenar, el académico llevó al invitado a la única alcoba que había en el departamento.

—Este es mi cuarto, y una vez que cierre la puerta nadie nos interrumpirá. El camarada Drozd me ha rogado que le presente a Gorin.

—Drozd jamás ruega; ordena. ¿Puede usted decirme qué clase de individuo es Gorin?

—Gorin posee un carácter difícil de definir: igual que el dios Brahma, tiene múltiples caras y cada una de ellas podría dar personalidad a cualquier individuo. Su alma, aunque complicada para entenderla, goza de gran sensibilidad. Es hombre de notable inteligencia, apasionado y brillante. Firme en sus principios, sobre todo. El primer encuentro con él, la primera conversación, son decisivos. Generalmente cuesta trabajo lograr su amistad.

—¿Cuándo me pondrá en relación con Gorin?—interrogó Novikov.

—Pasado mañana, con ocasión del banquete que se celebrará después de la inauguración del Instituto Marx-Engels.

JAQUE MATE

La plaza hervía como el océano durante la tormenta. El clamor de miles de voces la música penetrante de las bandas militares, las órdenes imperiosas de mando. Sobre esa agitada muchedumbre se alzaba una plataforma de color rosa, igual que un peñesco abrupto. Estaba decorada con banderas rojas y con flores y plantas. En ella estaba en pie una docena de personalidades, pero el pueblo gritaba solamente. ¡Gorin! ¡Gorin! Frente a la plataforma, el edificio que iba a inaugurarse, sin gracia ni armonía en sus proporciones. Mirzoyan se acercó al micrófono para anunciar:

—Esta asamblea está dedicada a la inauguración del Instituto Marx-Engels. El discurso de apertura correrá a cargo del segundo secretario del Comité del partido comunista de la provincia norte del Cáucaso, camarada Beria.

Tras los discursos, más de quinientos invitados se trasladaron al gran vestíbulo del Instituto para asistir al banquete. El académico Glushak llevó el informe, tal y como estaba previsto. Luego siguieron los brindis. Sobre las mesas había víveres suficientes como para saciar el hambre de la multitud de la plaza de Rostov, pero a Mirzoyan le parecía todo poco para obsequiar a las personalidades invitadas. A los postres, un coro de cosacos, situado en la terraza contigua, entonó canciones populares.

Gorin se levantó de la mesa y se encaminó hacia la biblioteca acompañado de Glushak. Este hizo señas a Novikov para que le siguiera. Gorin se encontró allí con el camarada Shchusev. Se sentaron ante una mesa de ajedrez. Glushak les presentó a Novikov.

—Siéntese a mi lado—dijo Gorin a Novikov indicando una butaca vacía.

Gorin jugó una partida con Shchusev, arquitecto autor de los planos del nuevo edificio. Y le ganó en seis movimientos. Luego habló a Novikov:

—¿Quiere ocupar el puesto de Shchusev? ¿Juega?

—Sí, me aficioné en la Universidad de Moscú.

—Bien, entonces no hace mucho tiempo de eso. Es usted joven todavía...

Gorin hizo la apertura de Capablanca.

—Preteno acabar conmigo rápidamente—pensó Novikov—. Tengo que ganar a toda costa. El juego del ajedrez para Gorin es todo un símbolo.

Al cabo de cierto tiempo se escuchó la voz de Novikov:

—Camarada Gorin, jaque mate.

Nadie contestó.

EL TRAJE COMPRADO EN EL MERCADO NEGRO

Transcurrió una semana desde el primer encuentro y Gorin no se acordaba ya de Novikov ni de la discusión que mantuvo con éste sobre la época de Iván el Terrible durante la partida de ajedrez. Gorin había estado muy ocupado en esos siete días atendiendo al novelista francés Romain Rolland, que visitaba la región invitado por Moscú. Así cuando Novikov fué a visitar a Gorin a casa de éste, con un amplio estudio acerca de la época de Iván el Terrible, ya no recordaba ni el punto de vista que había defendido una semana antes. Novikov fué acompañado de Glushak.

—¿Por qué me trae este estudio?—exclamó Gorin—. Yo nunca pensé que usted, Novikov, tomara tan a pecho aquel cambio de impresiones.

—Consideré un deber traerle por escrito mis ideas sobre aquella época. He recogido material informativo de los archivos que apoyan mis opiniones; posiblemente le interese leer mi trabajo.

Gorin miró a Novikov y a Glushak. Luego añadió:

—Supongo que ya es tarde para retractarme de mis puntos de vista. No obstante, si con ellos le he inquietado tanto me veo obligado a leer su informe.

Más allá de la puerta de la estancia dejó oírse una voz femenina que entonaba una canción italiana. A poco entró Nina Gorin, hija del escritor, vestida con una blusa azul. Al ver a Novikov dejó de cantar. Saludó a Glushak y le dijo:

—¿Cómo estás, «tío» Pyotr? Mamá quiere saludarte; está en la terraza.

Glushak se excusó con Gorin y se fué tras la joven. Pero antes de salir ésta el padre se la presentó a Novikov.

—Ya le conocía, papá. Nos habíamos visto en la Universidad.

Gorin miró a la pareja con los ojos entornados y se echó a reír. Se imaginó que Novikov había venido a visitarle con el pretexto de su estudio para ver a su hija.

—Mientras voy leo el trabajo, profesor, será mejor que se vayan a pasear por el jardín.

Novikov miró a Gorin sorprendido sin acertar a adivinar sus intenciones. En el jardín, Nina le iba enseñando las flores, pero él estaba preocupado con el efecto que causaría a Gorin el estudio. Nina estaba admirada de que su acompañante no le prestara atención. Siempre que hablaba con un hombre despertaba curiosidad e interés. Su belleza conquistaba la atención de todos.

—Dígame, ¿no es cierto que mi padre le ha invitado para presentarnos?

—No; está equivocada. Mi visita era de negocios.

—Deme su palabra de honor de que esto es cierto.

—¡Palabra de honor!... Pero, ¿por qué?

—¡Oh, qué felicidad! ¡Ocio a mis admiradores!

Cuando horas después se despidieron, las manos de él temblaron entre las de ella. Los días siguientes fueron intranquilos para Nina. Recordaba a Feodor Novikov; el encuentro y la conversación con él bailaban alegremente en su recuerdo. Le parecía inteligente, de conversación chispeante, sincero en sus palabras. En cierta ocasión que oyó a su padre pronunciar el nombre de él, Nina sintió que su corazón empezaba a latir violentamente. Comprendió que deseaba verle nuevamente, pero los días pasaban sin lograrlo. Novikov, mientras tanto, preparaba un nuevo encuentro comprándose, a costa de todos sus ahorros, un

traje de procedencia extranjera en el mercado negro. Así podría sustituir la americana raída que tenía.

Cuando Novikov entró al día siguiente en casa de Gorin, Nina salió a su encuentro radiante de felicidad, sin fijarse en el traje. Gorin le recibió cordialmente, le elogió el trabajo sobre Iván el Terrible y le dijo que iba a empezar a escribir una obra basada en los datos aportados por el estudio. Gorin le presentó entonces a su mujer, Luba. Novikov vió que poseía un carácter enérgico. Después, Nina y Novikov fueron a dar un paseo por los alrededores de la ciudad.

Se sentaron sobre la hierba y los dos eran dichosos. Se amaban, aunque no se lo declarasen. De repente algo hirió en la cabeza a Novikov y perdió el conocimiento durante varios minutos. Cuando abrió los ojos vió un hombre mal trajeado sentado sobre su pecho. El individuo le ordenó:

—Ponte de pie y quitate el traje.

Se trataba de ex presidiarios, pues a corta distancia había más malhechores. Entre todos dejaron a la pareja en paños menores. Cuando se alejaron Nina se echó a reír:

—¡Qué gente más maravillosa! Soy feliz; ahora es como si nos conociéramos de toda la vida... Te quiero, Feodor.

EL TRIUNFO Y EL DIVORCIO

Un día que Novikov esperaba a Nina en el jardín de la casa de ella oyó que detrás del banco donde estaba sentado pasaban Glushak y Luba. Glushak decía a la madre de Nina:

—Yo no sé nada de Novikov, pero me parece un hombre extraño. Hay que tener cuidado...

Cuando Novikov se encontró a solas con Glushak le golpeó a éste y lo arrojó al suelo. Como el escándalo no interesaba a ninguno de los dos, Glushak no reaccionó y se marchó de vacaciones a Crimea.

Por ese tiempo Beria, primer secretario del partido de la provincia de Rostov, por suicidio del comunista que ocupaba el cargo anteriormente, llamó a su despacho a Tsbibik, médico que cuidaba de Pavel, hijo enfermo de Gorin. Beria comunicó al doctor que Moscú había rechazado el visado de salida de Rusia solicitado para acompañar al paciente a París. Y añadió:

—Doctor Tsbibik, si quiere salvar su vida tiene que matar a Pavel antes de un año. Matarle es lo mejor para él, que es el peor enemigo del pueblo...

Poco después Beria ordenó a Novikov que se presentara ante él. Le dijo:

—Ha sido nombrado director de la Universidad de Rostov. Le felicito, pero tenga cuidado... No olvide la misión que se le ha encomendado con Gorin. Han llegado informes de que se ha enamorado de Nina. Demuestra buen gusto, pero tenga presente siempre que en esa casa está usted de servicio.

Novikov comprendió que ya nunca podría casarse con Nina; era imposible luchar contra las órdenes del partido. Lo que tenía que hacer era dar una satisfacción a Beria. Y a los pocos meses había abandonado a Nina y se casaba con otra mujer, Lida. Lo importante era borrar la falta, dar seguridades de que Nina jamás había influido en su voluntad.

Gorin estrenó, por fin, la obra «Iván el Terrible», en Moscú. La propaganda oficial la acogió a bombo y platillos. Pero Gorin no quedó satisfecho. Algo le gritaba en su fuero interno que los datos y referencias suministrados por Novikov no correspondían a la personalidad del déspota ruso, que Iván había sido muy diferente al personaje que acababa de cobrar vida en su obra.

Novikov fué invitado a unas conferencias que se iban a celebrar en Moscú. Una vez allí recibió una comunicación para presentarse en el Kremlin. Allí le recibió el mismo Malenkov, quien le felicitó en nombre de Stalin por la labor desarrollada en el «caso» Gorin, cuyo fruto estaba patente en la obra que se representaba en Moscú. Malenkov le entregó una bolsa que contenía dinero. Era su recompensa. El Gobierno dió un gran banquete a los conferenciantes, al que asistió el mismo Stalin. En la alocución pronunciada por éste aludió a los méritos de Novikov y lo sen-

tó a su lado. El triunfo era total. A su regreso a Rostov una delegación oficial le recibió. Lida, su mujer, le anunció que esperaba un niño.

Pero un día llegó a casa de Novikov la noticia de que habían detenido al padre de su mujer. Esto significaba que Lida sería expulsada del partido. De rechazo la situación de Novikov se haría difícil. Mas pronto buscó un remedio: el divorcio, con promesas de volverse a reunir con ella en cuanto fuera posible. Lida tuvo que abandonar el hogar e irse a trabajar a una fábrica. El matrimonio se había deshecho. Sólo quedaba la promesa de Novikov de permanecer fiel a su antigua esposa.

LA MEDICINA, AL SERVICIO DEL CRIMEN

Beria hablaba así al doctor Tsbik:

—Ha sido un gran trabajo. No era fácil la muerte de Pavel, el hijo de Gorin. Los médicos son genios manejando las inyecciones. El Gobierno ha decidido nombrarle director del principal hospital de Rostov.

Cuando el doctor salió de la habitación, dos loqueros cayeron sobre él y en un instante quedó amarrado con las manos a las espaldas. Oficialmente el doctor Tsbik era un demente.

Mientras en el despacho de Beria ocurrían esos hechos en la antesala de Novikov se hallaba Lida solicitando ser recibida. El profesor, al saber de quién se trataba, dió orden de que no la dejaran pasar. Entonces ella le mandó esta nota: «Querido Feodor, yo no imploro tu amor, sino piedad para el niño. Una compañera de trabajo, en mi situación, murió el otro día. No puedes ser un criminal, no tienes que serlo... Lida.» La contestación que recibió fué breve: «Déjame en paz. F. Novikov.»

Poco después Lida aparecía en el barracón donde habitaba con las venas del brazo izquierdo abiertas. Fué conducida al hospital y los médicos dieron esperanzas de salvarla.

LA CAIDA DEL TITAN

La casa de Gorin fué rodeada por soldados. Al frente de ellos iban Drozd y Novikov. Todos los ocupantes recibieron orden de no abandonar el recinto vigilado. Todos los días Novikov se trasladaba a la mansión de Gorin para examinar las cartas que recibía. Beria había dispuesto, siguiendo instrucciones de Moscú, que se terminaran las contemplaciones con Gorin y que se adoptaran medidas de precaución hasta que el escritor cambiara el sentido de sus escritos y de sus declaraciones verbales. Novikov preguntó a Gorin:

—¿Quiere trabajar para el partido comunista?

—Me niego.

—Muy bien, recuerde este momento...

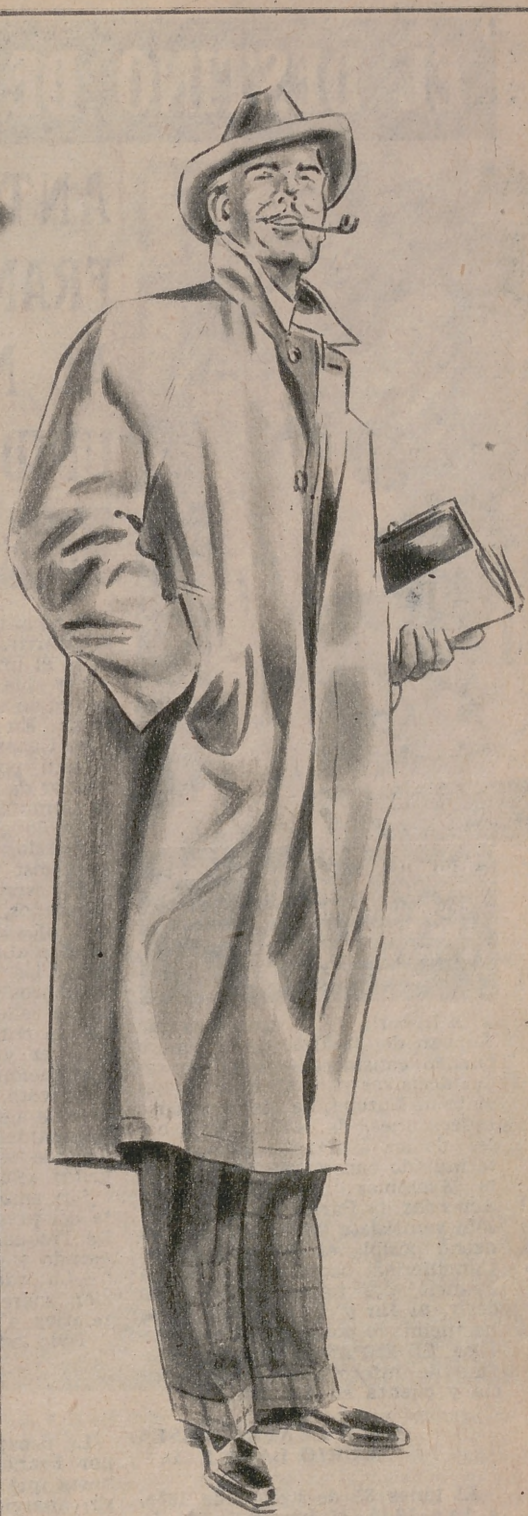
—Novikov, para mí es usted la marioneta que pretende vencer el espíritu de un Hércules, la moral de un Titán. Un pigmeo en lucha con una montaña.

El diario «Pravda», de Moscú, a los pocos días publicaba esta noticia: «Ayer, a las cinco de la mañana, a causa de un ataque al corazón, Mikhail Alexeyevich Gorin ha muerto.»

—Los restos de Gorin fueron trasladados a Moscú. Durante dos días estuvieron expuestos en «La casa de las uniones». Los capiteles de las columnas de mármol estaban cubiertos de flores. Los principales miembros del partido comunista dieron guardia de honor al cadáver del hombre que habían asesinado. Stalin desfiló también por delante del túmulo. Gorin fué enterrado en la Plaza Roja. La viuda, Luba, recibió una pensión extraordinaria del Gobierno. Muchas escuelas recibieron el nombre del escritor desaparecido. La calle principal de Moscú, Sadovaya, se llama ahora Gorin.

Drozd recibió la orden de Lenin y Novikov fué nombrado académico. Rusia no regatea honores ni a los asesinos ni a las víctimas.

Pero el alma de Rusia, de los rusos, no ha muerto a pesar de la tiranía. Novikov ha sido designado para desempeñar una misión secreta en la Embajada de su país en los Estados Unidos. En su corazón hay arrepentimiento y esperanza.

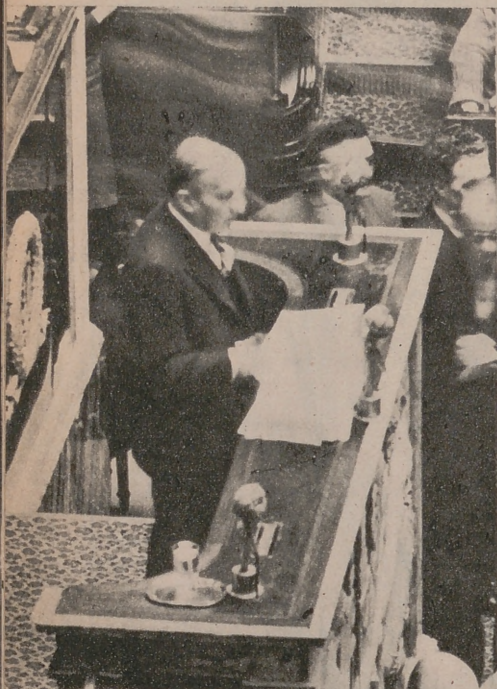


CABALLEROS

*Elegancia y distinción
de nuestras prendas
confeccionadas*

Galerías Preciados

EL DESTINO DE EUROPA EN 27 VOTOS



Bidault, el ex ministro francés de Asuntos Exteriores, ocupa la tribuna de la Asamblea Nacional para oponerse a la ratificación de los Acuerdos de París

LA historia de los siete días que van del 23 al 30 de diciembre pueden considerarse como jornadas decisivas para el futuro inmediato de Europa. La historia de las indecisiones, de los largos debates, de las ásperas negativas, ha terminado con la ratificación por la Asamblea francesa de los Acuerdos de París. Pero han sido sólo veintisiete votos los que han hecho posible el alborzo de las Cancillerías occidentales. Será Francia, por tanto, quien pueda decir, al fin y a la postre, si se ha inclinado por el destino de Europa. EL ESPAÑOL, fiel a su destino de informador, da la noticia y cuenta su historia.

HACE CUATRO MESES MURIO LA C. E. D.

El lunes 30 de agosto de 1954, a las 19,15, el hemisiclio de la Asamblea francesa estaba colmado. Los ujieres comenzaban a subir los escaños con las urnas en las manos. Las cabezas se volvían un sí no impacientes, para mirar al presidente de la Cámara. Este, tranquilo, se dirigió a todos con estas palabras:

—El escrutinio está abierto.

En los palcos y las tribunas públicas, llenas de gente, con muchas señoras de sombrero, los espectadores miraban hacia abajo. Hacía el ancho semicírculo de los escaños que va ascendiendo desde el primer banco hasta el dozavo. Los diputados estaban sentados. Los grandes, los más importantes miraban ante ellos, sa-

ANTE LAS VACILACIONES FRANCIA ES PRECISO REFORZAR AL MAXIMO LA DEFENSA Y LA UNIDAD DEL MUNDO OCCIDENTAL

Mendes-France se encuentra en terreno resbaladizo

biendo anticipadamente lo que iba a ocurrir. Herriot tenía todavía ante él un micrófono para evitar tener que pronunciar su discurso, como es normal, desde la tribuna. En un banco estaba también Robert Schuman quien, con Pieven, podía considerarse el inventor de la C. E. D., es decir, de la Comunidad Europea de Defensa. Sólo que Schuman permanecía serio, inmóvil, perfectamente silencioso y aislado.

El escrutinio fué largo. Los diputados, nerviosos, miraban con cien ojos a uno de sus colegas, al célebre «Le boitieri», que es quien tiene los boletines de todos los miembros del grupo y el que vota por ellos en su ausencia. Desde las tribunas, excitadas, se podía ver y sentir toda la honda respiración de la Asamblea.

El voto, en aquella hora del mes de agosto fué dado contra la Comunidad Europea de Defensa. Cuando se hizo público, alguien gritó: «Europa ha muerto.»

Sin embargo, la voz indiferente del presidente de la Asamblea, Le Troquer, rompió el duro y enervado silencio:

—La orden del día suplica atención sobre la proposición de ley relativa a las condiciones...

Todo estaba terminado.

A REY MUERTO, REY PUESTO

La decapitación de la C. E. D. por Francia puso de manifiesto hasta qué punto estaba dividida, sin energía y sin deseo de formar en los cuadros de Europa la Asamblea francesa. Los partidos tuvieron divisiones totales. Por ejemplo, 50 socialistas votaron por Europa; 53, en contra. En el grupo radical pasaba lo mismo. En otros, igual.

Pero hubo necesidad perentoria de volver a rehacer, con la desconfianza de las Cancillerías occidentales, el sistema defensivo. Estrangulada la Comunidad Europea de Defensa, era necesario comenzar de nuevo. Y se comenzó en Londres.

Los Acuerdos de Londres, firmados el 12 de octubre, establecieron ya las bases del actual armazón de los Acuerdos de París. Y ambos el de Londres y el de

París, eran firmados por un hombre que llevaba a la Cámara una costumbre nueva y sorprendente: la leche pasteurizada. Este hombre, bebedor de leche, es Pierre Mendes-France.

El jefe del Departamento de Estado, Mr. Foster Dulles, acababa de recorrer en diez días casi la mitad de la tierra. En una larga línea que va de Manila a Washington, pasando por Formosa, Tokio y Denver llegaba, por último, a Bonn dispuesto a entablar un diálogo cordial. Hacía unas horas que acababa de marcharse Mr. Eden. La pequeña ciudad alemana, convertida en el centro de las conversaciones mundiales, se sobresaltaba.

En el aeródromo de Wahn, empujando el sol por un día claro y luminoso, los dos hombres, Adenauer y Dulles se estrechaban las manos. Repentinamente Adenauer dijo estas imprevistas palabras:

—Es de América de donde vienen hoy los mejores europeos. Estas palabras se podían unir a las del belga Spaak al saber el final de la C. E. D.:

—La situación es peligrosa. No parto de nuestra decepción de la de los belgas, sino que me veo obligado a pensar en los cuarenta millones de alemanes y lo que puede llegar a ser de ellos si se ven privados de sus amarras europeas.

Los Conciertos de Londres de París crearon, pues, un nuevo compromiso. Estos compromisos recogidos popularmente bajo el nombre de Acuerdos de París traían a los numerosos anagramas que cruzan los meridianos de la política una singla más: la U. E. O., o lo que es lo mismo la Unión Europea de Defensa.

El destino de Alemania se jugaba esos días.

LO QUE SON LOS ACUERDOS DE PARÍS

Los Acuerdos de París constituyen esencialmente una especie de Tratado de Paz con Alemania. En realidad, a ella se refieren esencialmente y si realmente no llevan ese título, se debe a las siguientes causas: Para poder firmar un Tratado de Paz con



Mendes - Fran-
ce interviene en
uno de los de-
bates en los que
se jugaba nada
menos que el
destino de Eu-
ropa

Alemania en su conjunto, es decir considerando a las dos mitades alemanas, se necesitaría el acuerdo con Rusia, ocupante de la Alemania oriental. Faltando, como falta la aprobación rusa, las tres potencias occidentales es decir, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, previo el acuerdo de sus aliados atlánticos, han concluido con la República Federal de la Alemania del Oeste una serie de Convenios, que son los que desaparecen bajo el más eufónico nombre de Acuerdos de París.

Estos Acuerdos se limitan a situar en el plano de las realidades el conjunto de hechos positivos y negativos. De un lado es obvia la participación alemana en la defensa de Occidente; pero se limita y controla su armamento. Se concede a la República Federal su soberanía, pero persiste la presencia a lo largo de su territorio de las tropas de las tres potencias.

Desde el punto de vista de la definición concreta, los Acuerdos de París se constituyen por un grupo de cinco cláusulas. La primera: Se modifica el Pacto de Bruselas y se permite a Italia y Alemania su ingreso en él. Segunda: Alemania podrá adherirse a la Alianza Atlántica. Tercera. Una Convención, con su desarrollo protocolario, pone fin al régimen de ocupación de Alemania. Cuarta: Se detalla la forma en que quedarán estacionadas las tropas aliadas en Alemania. Quinta: Se establece un Acuerdo francoalemán para reglamentar, hasta tanto en cuanto no sea posible constituir un verdadero Tratado de Paz, el problema territorial del Sarre.

Ante los titubeos franceses América ha anunciado la posibilidad de revisar la política militar para retrotraer el dispositivo defensivo que iría desde Noruega a Grecia y Turquía, pasando por Alemania, a la nueva línea de «estrategia periférica» que prescinde de Francia



EL PRIMER GRAN DEBATE CONTRA EUROPA

Es curioso constatar que el primer gran debate para la ratificación de los Acuerdos de París comenzó en la Asamblea sin gran presión. Venía, también es cierto, arrastrándose subterráneamente durante los días 20, 21 y 22, y los diputados parecían controlar bien los nervios. En el hemicíclio, de banco a banco, en una previa revisión de las fuerzas, los partidos pensaban que mejor era reservarse.

Fué Mendes-France el que dio la primera nota de emoción el jueves, día 23, cuando comenzó su discurso: «Y os digo con toda gravedad posible algo que se refiere a nuestras relaciones internacionales: una decisión favorable, pero obtenida por una débil mayoría, tendrá las mismas con-

secuencias que un rechazo de los Acuerdos.»

Desde ese momento todos sus esfuerzos se dirigieron a conseguir que no existieran abstenciones en las votaciones. No desde uno, sino desde muchos bancos, los diputados le preguntaron:

—La ratificación de los Acuerdos de París ¿constituirá una traba seria para nuestras negociaciones con el Este?

Parecía ser esta premisa la principal preocupación de los diputados. Las voces ese día todavía estaban frescas y existía la esperanza de la ratificación.

A una de las tribunas llegaba, en medio de la curiosidad de las gentes, Mme. Popesco.

Durante horas y horas, en medio de un creciente malestar universal, la Asamblea fué incapaz de decidirse. En el alba del día 24, en el macliento y triste

silencio, parecían todavía flotar las palabras de M. Jules Moch: —Votando los Acuerdos— decía— ¿quién nos garantiza que nuestros aliados harán lo posible por reemprender el diálogo con el Este?

Hacia frío y un silencio hostil petrificaba el ambiente. Cuando se conoció el escrutinio de un debate que ya duraba diecisiete horas, el resultado era el siguiente: a favor de Eurcpa, 259 diputados; en contra, 280.

¿Se trataba, como en el caso de la C. E. D., del fin? El «affaire» en aquellos momentos parecía, efectivamente, fallado. Mendes-France, seguido por una muchedumbre de periodistas, respondía con un aire tremendamente fatigado a una pregunta: —El lunes—decía—votarán a favor.

LOS VOTOS DE LA ASAMBLEA EN EL ACUERDO DEL SARRE

Aunque ese día se llegaba a la dura conclusión anterior, en la Asamblea se habían debatido favorablemente otras cuestiones.

1. Se aprobaba el protocolo que formula la cesación del régimen de ocupación de la República Federal Alemana y la devolución de la soberanía nacional al Estado alemán. Tal decisión se conseguía por 472 votos contra 164.

2. Se concluía, igualmente favorable, la ratificación del Acuerdo francoalemán sobre el Sarre. En este caso la votación alcanzada era la siguiente: 368 contra 145.

El Acuerdo francoalemán sobre el Sarre—que no puede ser dissociado del conjunto de los Acuerdos de París—concede a este territorio un Estatuto europeo. Este Estatuto será válido mientras no exista el Tratado de Paz y tendrá que ratificarse en aquel momento, previo referéndum de su población.

En lo que se refiere a los Acuerdos actuales, se entiende que los Asuntos Exteriores, Defensa, etcétera que ha venido ejerciendo en el Sarre el Estado francés, serán transferidos a un comisario europeo nombrado por el Consejo de la U. E. O., que será, en última instancia, quien controle sus disposiciones. La unión monetaria entre Francia y el Sarre subsiste enteramente; pero las relaciones económicas entre Alemania y el Sarre serán ampliadas.

La Asamblea francesa ha llegado a la ratificación del protocolo del Sarre sin discusión, apenas. Sin embargo, al revés en Alemania se han venido haciendo serias objeciones al Acuerdo francoalemán sobre ese punto. No hay que olvidar, por otra parte que Adenauer ha considerado ceder en ese terreno, aun a riesgo de tener conflictos con su Parlamento con tal de obtener y alcanzar la soberanía y el rearme.

LA QUESTION CLAVE: EL RETRASO DE LA RATIFICACION

Durante días y días, sin descanso, la Asamblea ha buscado todos los pies al gato. Retrasar la ratificación, alcanzar las vacaciones de Navidad parecía ser el destino común de todos los es-

fuerzos. Sólo la tremenda preocupación de Londres y Washington y las duras y directas advertencias de Norteamérica después de conocer el resultado adverso del día 24 obligaron a los diputados a enfrentarse con sus propias responsabilidades.

Mendes-France intentó calmar la eterna vía de agua. A la Comisión de Asuntos Exteriores, que había dado ya en varias ocasiones un voto adverso a la Unión Europea Occidental la advirtió:

—Nada en los textos sometidos a vuestra consideración se opone a unas eventuales negociaciones con los rusos.

Gastón Palewski se iba, mientras tanto, a la verdadera espina del asunto: retrasar la ratificación y aprovechar el tiempo para sondear a Moscú.

La moción de Palewski obligaba al Gobierno de Mendes-France a un nuevo esfuerzo. Se trataba de la cuestión clave. El tiempo era oro y la consulta obligaba a una dura votación de confianza. Antes de la reunión de la Comisión de Asuntos Exteriores, Mendes-France tomó a Palewski por el brazo. La Asamblea miraba los dobles y fatigados pasos:

—Tened confianza— le decía Mendes-France—; los Acuerdos de París no son irreversibles.

«La frase sibilina—dice Michel Clerc—pasó de los corredores a la Cámara.»

Lo cierto es que Palewski, voluntariamente, retiraba la enmienda. Un escollo menos. ¿A qué precio?

LA RATIFICACION POR FIN, DE LOS ACUERDOS DE PARIS

El fin de año, el día 30 de diciembre de 1954 ha sido el elegido para ratificar, al fin la Unión Europea Occidental: el rearme de Alemania. A las 18,50 la voz de M. Le Troquer, presidente de la Asamblea, daba a conocer el resultado. Un enorme silencio se extendió por el hemiciclo: veintisiete votos hacían posible la ratificación.

Pero el silencio duró poco. El centenar de diputados comunistas se lanzó a una tremenda protesta. Y las más ardientes y explosivas, con voces de templadas que levantaban toda clase de insultos, las señoras Rosa Guérin Duvernois Perri y Rabate.

Nadie en la Asamblea respondía. Un silencio mudo, de malos presagios. Mendes-France y sus ministros salieron del hemiciclo por el corredor de la derecha.

En la calle, frente a las herméticas verjas que cierran la entrada al Palais-Bourbon, permanecía estacionada y vigilante la gente. Durante días habían desfilaro por allí todas las representaciones comunistas de Francia.

Los textos, sin embargo, de los Acuerdos deben ser sometidos ahora al Consejo de la República, que tiene un plazo de dos meses para concluir su examen. Francia piensa que no serán devueltos a la Asamblea para nuevas discusiones.

Ha sido M. Mendes-France, como ya hemos visto por la historia poco grata de la ratificación de los acuerdos de París, quien ha pronunciado estas vaticinadoras palabras: «Obtener una débil

mayoría será lo mismo que rechazar los acuerdos.» Pues bien: esto es lo que ha sucedido. ¿Cuáles serán sus consecuencias inmediatas?

Dos, por lo pronto. La primera queda referida a las repercusiones que ello tenga entre Francia, Norteamérica y Gran Bretaña. Por el momento se deja correr el agua de un ligero alborozo; pero fuera de esa festiva disposición, en la Casa Blanca se grita a voz en cuello la necesidad de alterar completamente los supuestos estratégicos de la defensa de Europa. Es llegar, por tanto, al reconocimiento de que, si bien ratificados por la Asamblea, el triunfo se encuentra deplorablemente empañado por el modo tan desgastado con que se ha conseguido.

Existe, además, la convicción de que M. Pierre Mendes-France se encuentra en terreno resbaladizo. Que la Asamblea espera cualquier ocasión para hacerle pagar, ¿por qué no decirlo?, una ratificación que es obra personal del presidente del Consejo.

La oposición, pues, sigue estando presente en los pasillos del Palais-Bourbon.

La segunda consecuencia, que se desprende de la lucha por la obtención de los veintisiete votos corresponde, cuantitativamente, al precio por el que se han adquirido.

EL PRECIO DE LA RATIFICACION: LA COEXISTENCIA EN EL ERROR

Día tras día, hora tras hora, minuto por minuto, a lo largo de los sucesivos debates, M. Mendes-France se ha visto obligado a proclamar que los acuerdos de París no obstaculizaban las relaciones con Rusia y que éstas se proseguirían inmediatamente a su ratificación.

El precio que Mendes-France tiene que pagar a la Asamblea ha de ser, paradójicamente, éste: tener que buscar por todos los caminos posibles la conciliación, el convenio y el acuerdo con Rusia. Así se daría el hecho paradójico de que, en definitiva, los Acuerdos de París, los firmados, vendrían a significar, en cierto modo, una concesión a Norteamérica, mientras que, en definitiva, se buscara el camino más recto para alcanzar Moscú.

Tal cúmulo de fantásticas realidades se basan en algo más grave que el hecho innegable de ser Francia totalmente contraria al rearme de Alemania, sino a una caducidad de los resortes europeos de Francia. No hay que calcular lo que supondría, en tal situación, una nueva revisión de los Acuerdos si éstos fueran eriviados de nuevo a la Asamblea por el Senado, ya que, como se sabe, la Constitución exige su referendo.

He aquí, pues, que el objetivo número uno de Pierres Mend-France sea en los momentos actuales la compenencia.

DEL PALACIO DE POMPADOUR A ROMA

La Navidad no ha sido pródiga ni feliz para el presidente del Consejo de Francia. Las horas que tenía para él una importancia extraordinaria se le han ido gastando, inmediatamente después

de los debates de toda una semana, en lograr la conciliación de los dos extremos de su política extranjera: con Occidente y con Rusia. Algo así como el estrecho piso de cuerda de un equilibrista.

El Parlamento está ya de vacaciones. Durante diez días, París tiene fuera a sus parlamentarios. En sus circunscripciones respectivas se volverá a encender, quizá, el fuego de las pequeñas interpe-laciones provincianas.

Mientras ellos se han marchado, Mendes-France se instala en el castillo Pompadour. Tiene el proyecto de reajustar, desde él, su Gobierno, sometido a duras presiones por la débil situación de la economía y las finanzas. Pero, sobre todo, Mendes-France ha preparado en el castillo Pompadour las baterías para su visita a Roma.

Este viaje, retrasado durante algún tiempo, cobra ahora en la política exterior de Francia súbita importancia. Por los Acuerdos de París, Italia tiene acceso a la Organización Atlántica. La presencia de Mendes-France en Italia cumplirá un doble objetivo: de un lado, visitará al Santo Padre, aunque, como es sabido, su posición religiosa sea laica. Del otro, conferenciar con los gobernantes italianos y predisponer al Gobierno Scelba a cooperar con él en lo que tenga referencia a una «entente» amistosa con Moscú.

Y, todo ello, entre la inquietud de Norteamérica y Gran Bretaña, que no quieren, mientras la Unión Europea Occidental no esté en marcha, los movimientos aislados de Francia hacia Rusia. Es decir, coexistencia, pero en el error.

EL TERCER MUNDO: LAS POTENCIAS DE COLOMBO

Un grupo de 25 a 30 naciones asiáticas y africanas se han reunido en Bogor, ciudad de Java, bajo el nombre de las Potencias de Colombo. Esta gran reunión augura otra Conferencia para el próximo mes de abril.

Se plantea con la aparición de este nuevo frente una situación extrañamente delicada. Forman los cuadros de esta nueva y potencial comunidad asiáticoafricana países como la China roja, la India, Pakistán, Ceilán, Birmania, Indonesia, y no falta en él tampoco la representación del Viet-Minh comunista.

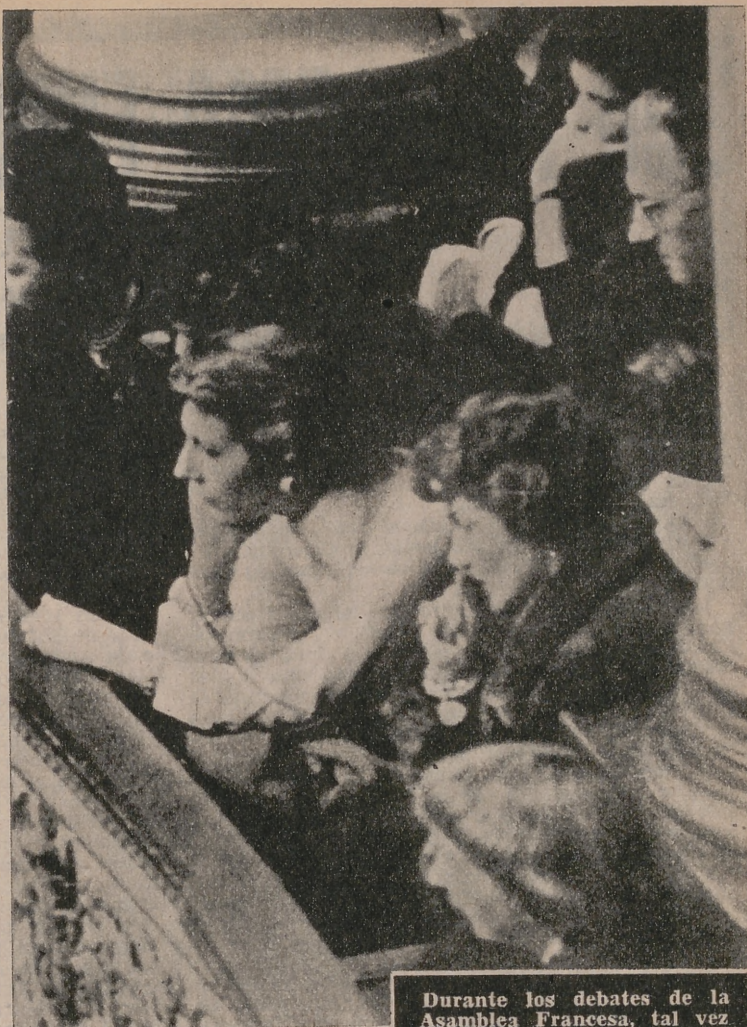
Un hecho grave señala la disposición de espíritu subterráneo de estos países—oficialmente de color—reunidos en Bogor: han sido invitados Sudán, Costa de Oro y Africa Central sin hacer una sola alusión a Inglaterra, de quien, bajo una forma u otra de autoridad, dependen.

La presencia de la China roja en el «nuevo tercer mundo» se adivina bajo los «slogans» de la propaganda: «La liberación de los pueblos colonizados».

No se puede olvidar, por otra parte, que varias naciones participantes están situadas bajo el marco político de la Commonwealth británica. Y que en nada han tenido en cuenta esa situación. Otra conferencia y otra situación imprevista para abril.

UN AVION EN ORLY

Un día antes que mister Hammarsjkoeld, secretario general de



Durante los debates de la Asamblea Francesa, tal vez no hubiese nadie escuchando con más ansiedad que la señora de Mendes-France

las Naciones Unidas, llegara a París, almorzaba —día 31— en Derneywood con mister Eden y lady Eden.

El viaje del secretario general no tiene otro objeto, como es sabido, que parlamentar con Pekín sobre la suerte de los prisioneros norteamericanos. Pero no hay que perder de vista que el viajero se ha de asomar a Nueva Delhi y, en general, a los puntos claves del Extremo Oriente.

Quizá por eso mismo cuando el avión de mister Hammarsjkoeld se asomaba al aeródromo parisino de Orly ya estaba allí, disciplinadamente, Pierre Mendes-France.

Los dos políticos han conversado sobre el tema, siempre importante en Francia, del arreglo con Pekín. Nadie sabe a estas horas cuáles fueron exactamente las palabras o los consejos de monsieur Mendes-France; lo que es evidente es que Pekín ha pasado durante unas horas por el aeródromo de Orly. Quizá se haya hablado también de Indochina, donde, según declaraciones del secretario de Estado en el departamento de la Guerra la ratificación de los soldados se verifica al siguiente ritmo: 12.000 por mes.

OTRA ALIANZA MILITAR: «LA DE LOS TRES»

Mientras los Acuerdos de París se ratificaban en la Asamblea, las Delegaciones parlamentarias de la Alemania oriental, Polonia

y Checoslovaquia se reunían en Praga. La noticia de la ratificación cayó cuando celebraban la décima reunión. El presidente de la Cámara alemana del Este declaraba que era un hecho el pacto militar de «los tres».

La primera baza, naturalmente, la había jugado Rusia en uno de sus conocidos intentos de dispersión: amenazando denunciar los tratados existentes con París y Londres. Mantiene, pues, Rusia con uno y otro motivo abierta la puerta a todos los temores.

La tesis pacifista y neutralista de Francia no hace otra cosa que favorecer, desde el plano proyectivo de la «coexistencia», la urgente necesidad de tiempo que necesita Rusia. Ha tenido que ser el Santo Padre quien advierta algo grave: sólo puede lograrse la coexistencia en la verdad.

Parece, pues, evidente y preciso reforzar al máximo la defensiva y la unidad del mundo occidental. El equilibrio y la paz sólo pueden tener cauce apropiado si rápidamente los Acuerdos de París producen una auténtica comunidad europea. En caso contrario no debe extrañar a nadie que se haga una total revisión de toda la estrategia occidental para darle, al fin y a la postre, toda la potencia precisa.

Enrique RUIZ GARCIA

UN PROBLEMA FUNDAMENTAL

Por Baltasar RULL

(Alcalde de Valencia)

✓ TODAS las grandes ciudades tienen problemas análogos, como los de los grandes servicios de transportes urbanos, de alcantarillado, limpieza, viviendas, etc. Cambiarán los procedimientos técnicos de solución y tendrán circunstancias más o menos favorables para lograrla; pero, en definitiva, habrá de ser análoga.

Hay, sin embargo, ciudades que tienen peculiaridades acusadas, problemas propios, sin analogía, más que relativa, que caracterizan su fisonomía urbana.

Valencia, situada en el fondo del Seno Sacroense, penetración del mar hacia el corazón de España, tiene un problema urbano fundamental, creado por su geografía, que ha sido una de las grandes preocupaciones de cuantos han regido la ciudad. Siendo como es nuestra región valenciana un país fundamentalmente exportador, todo cuanto a lo largo del litoral, procedente de las fertilísimas huertas de Murcia, Orihuela, Alicante y de la gran zona naranjera de la Ribera de Valencia, sale por ferrocarril o carretera al exterior, tiene que pasar necesariamente por dentro de la ciudad o sus inmediaciones. A la inversa, cuanto entra del exterior con dirección a las indicadas zonas, hacia el sur de España, ha de llevar el mismo recorrido en sentido contrario. Finalmente, desde la meseta, por ser el camino natural más corto al mar, afluyen tres líneas de ferrocarril, que son: la de Aragón, la de Cuenca por Utiel y la de La Mancha por Albacete y Játiva, a confluir todas en nuestra ciudad, con miras al puerto de Valencia. Así, pues, en la expansión natural de la ciudad hacia su puerto, del que dista cinco kilómetros, ha crecido montada sobre un entramado de vías férreas, como las varillas de un abanico convergentes en el clavo del puerto. Para completar estas comunicaciones, los ferrocarriles económicos de cercanías han tejido una espesa red, que ha dado lugar a la fisonomía única en España, y quizá única en el mundo, debido a que dentro de nuestra ciudad y de su escaso término municipal existen 240 pasos a nivel, de los cuales 44 pertenecen a líneas de la RENFE, de ancho normal, y todas ellas de un intenso tráfico comercial y de viajeros.

La ciudad se ve envuelta en su expansión por un cinturón de hierro y perturbada en sus vías principales por construcciones del servicio ferroviario.

La repercusión que esto tiene en la vida pública es importantísima. Las colisiones con otros vehículos que ocasiona la interferencia de las carreteras, las víctimas consiguientes, los daños y riqueza destruida, las horas de trabajo perdidas por los cortes de la circulación en las carreteras, reducido todo a datos estadísticos, sería de un volumen impresionante.

En el año 1911 se produjo un trágico accidente en el paso a nivel de Camino del Puerto, que planteó con caracteres agudos la necesidad de estudiar una solución de tan grave problema. Desde entonces, sin embargo, se han venido sucediendo los accidentes, las pérdidas de vidas humanas y las protestas de la Prensa y de todos los órganos de opinión pública, sin haberse hecho hasta recientemente nada práctico.

Las causas que han dificultado la solución del problema han sido, en primer lugar, de orden económico. La solución global del problema, según los proyectos cuyos cálculos van quedándose rápidamente anticuados por las modificaciones de las bases de trabajo y las fluctuaciones del poder adquisitivo de la moneda y de los precios, superan los 700 millones de pesetas. Pretender resolver de golpe estas dificultades es poco menos que inasequible.

Bien claro se ve que Valencia no ha provocado

el fenómeno, sino que en gran parte es debido a su situación geográfica, que le impone la servidumbre gloriosa del mejor servicio de España. Esto excede por su origen, por su contenido y por su volumen económico, de las posibilidades de realización de una ciudad, de una comarca y aun de una provincia. El Ayuntamiento de Valencia, representante del interés principal de los varios que entran en juego, entró, por fin, en una política de realidades y se decidió a proponer que se acometiera por medio de soluciones parciales. Si desde que, en 1911, se iniciaron las protestas y los estudios de solución, hasta la fecha, cada Alcalde, o cada Ayuntamiento, hubieran conseguido la supresión de dos o tres pasos a nivel, probablemente apenas si quedarían.

Una vez más, la política nacional marcha por cauces de sentido práctico y eficiente, se afrontan los problemas en vez de aplazarlos y se va sustituyendo el sistema tradicional de la Administración española por una fiebre de recuperar el tiempo perdido y de avanzar por el camino de la reconstrucción y el progreso. Ha sido el actual Ministro de Obras Públicas, excelentísimo señor conde de Vellallano, quien, plenamente capacitado, estimuló y alentó el estudio de la primera solución parcial para acabar convirtiéndola recientemente en un proyecto de ley que acaban de votar las Cortes. La Dirección General de Ferrocarriles, la Junta de Estudios de Enlaces Ferroviarios, y dentro de ella, de una manera destacada, el ingeniero encargado del proyecto, don Pascual Lorenzo Ochando, merecen, por ello, la gratitud de España y de Valencia.

Esta primera etapa acomete la desviación de la línea de Valencia a Tarragona, alejándola de la ciudad, hasta el límite de la zona urbanizable, según los proyectos del plan general de la Gran Valencia, lindante con las tierras de arroz próximas a la ciudad. Su coste será de unos cuarenta y cinco millones y medio de pesetas, con participación proporcional del Estado, Municipio y la RENFE, aportando esta última la capitalización de los jornales empleados en las guarderías de los pasos a nivel que en esta primera etapa van a ser nueve importantísimos.

Al desaparecer la barrera metálica que va junto al Camino de Tránsitos, las consecuencias inmediatas de esta reforma serán extraordinariamente espectaculares; podrán recuperarse los terrenos suficientes para la prolongación de todas las calles que arrancan de la Gran Vía de Germanías y Marqués del Turia hasta empalmar con la zona, hoy bastante abandonada, de Monteolivete. La avenida de José Antonio se prolongará, atravesando el río Turia sobre el actual puente de hierro, que dejará de servir al ferrocarril para convertirse en paso de esta gran vía urbana, que penetrará con dirección al puerto 500 metros más, aumentando las comunicaciones de nuestra ciudad con el Distrito Marítimo.

La puesta en marcha de esta primera etapa forzará a continuar en el futuro las sucesivas.

Coincidiendo con esto, el Ayuntamiento tiene proyectado un paso subterráneo que unirá las grandes avenidas de Fernando el Católico con la de Germanías y el Marqués del Turia, para derivar desde la avenida de Castilla, nuevo acceso de Madrid, todo el tránsito que tenga que dirigirse a la zona industrial o marítima de Valencia, descongestionando el tráfico por los nudos céntricos constituidos actualmente por la plaza de San Agustín y las calles de Játiva y Ruzafa.

Va a quedar, pues, pronto iniciada una de las reformas de mayor trascendencia para la vida de la ciudad y más deseada para Valencia.

SUIZA, PAIS DIVERSO Y EXACTO

LA
UNIDAD ES NORMA
INQUEBRANTABLE DEL
PUEBLO SUIZO EN
SU POLITICA
EXTERIOR

EN LA CUNA DE LA
DEMOCRACIA LA
MUJER NO VOTA

Por Alfonso BARRA

EL día 10 de diciembre de 1954 amaneció nublado en Berna, lo que es habitual en esta época del año. Para el ciudadano comenzaba una jornada más de trabajo; para los políticos, en el seno del Consejo Nacional, organismo equivalente a la Cámara de Diputados, era también un día corriente, con asuntos normales a debatir. Nada hacia prever en la ciudad el drama que iba a desarrollarse a media mañana.

Berna, capital de la Confederación, a orillas del río Aare, con sus calles amplias orladas por pintorescas arcadas y con las torres de las antiguas puertas de la muralla, ofrecía el acostumbrado aspecto de urbe pulcra y ordenada. A lo lejos el Jungfrau escondía sus cumbres en las nubes.

Poco antes del mediodía, en la sala de sesiones del Consejo Nacional, se sometió a debate una cuestión relacionada con el departamento de Correos y Ferrocarriles. El titular, el consejero federal M. Escher, no estaba presente. Los diputados comentaban que no comparecería debido a su estado de salud. Pero M. Escher hizo su entrada en el salón. Todos los reunidos quedaron impresionados por el mal aspecto que presentaba. De rostro llamo, pelo entrecano con pronunciadas entradas y gafas de varillas, ofrecía la estampa típica del intelectual. De un intelectual con el entrecejo más acusado que nunca y con un tinte macilento en las mejillas.

Del tema relacionado con Correos y Ferrocarriles se pasa a una propuesta sobre turismo.

Ocupa la tribuna M. Kaempfer, diputado conservador de Valais. Con voz reposada solicita de la Asamblea una subvención para emprender una campaña de propaganda turística en EE. UU. Mas de millón y medio de extranjeros pasan sus vacaciones en Suiza. Sin embargo, hay que superar esa cifra y elevar la proporción de viajeros que, con dólares contantes y sonantes, acuden atraídos por la variedad de los encantos naturales y culturales de la Confederación y por el arte con que se muestran esos encantos.

M. Escher atiende al orador. De pronto se levanta de su asiento y trata de dar unos pasos, pero vuelve al lugar que ocupaba. Inclina la cabeza. Una crisis car-

La mujer suíza no tiene derecho al voto, pero en todo lo demás tiene los mismos derechos que el hombre.—Abajo: Una típica calle de Berna

diaca le hace desplomarse al momento.

El enfermo es retirado con vida a una sala contigua; respira penosamente, mas su rostro es ya el de un cadáver. Asistido por un sacerdote y un médico, M. Escher fallece a los pocos minutos.

El Presidente del Consejo Nacional, Mr. Haerberlin, levanta la sesión. Los diputados rodean consternados los restos de M. Escher; sus ojos permanecen abiertos, húmedos aun tras los cristales de las gafas. La muerte había sorprendido al político cató-



lico en su puesto de combate, como correspondía a su carrera pública, ejemplo de tenacidad, valor y honradez. M. Escher soñaba con desempeñar la Presidencia de la Confederación. Pensaba siempre en la alegría que supondría para Valais dar por primera vez en la Historia uno de sus hijos para la más alta magistratura de la nación. Pero su salud le hizo renunciar a sus esperanzas. Por imperativo de los médicos, hacía quince días que había presentado su dimisión de consejero federal, con efectos a partir del primero de enero de 1955.

Su fallecimiento suponía para la Confederación el que por primera vez desde 1919 existieran tres vacantes en los siete puestos que constituyen el Consejo federal. Dos veces solememente, en 1875 y en el citado año de 1919, ese organismo se había visto en la necesidad de una renovación tan radical. Todo el mecanismo constitucional se ponía en juego ante esa coyuntura. Cada artículo del texto legal de 1874 se convertía en un engranaje perfectamente ajustado para hacer frente a la situación. Y en el país de la exactitud se ha logrado en estos días la solución exacta.

UNIDAD HACIA FUERA, DIVERSIDAD EN EL INTERIOR

Berna entera se asoció al duelo. El día del entierro, a las cuatro, una muchedumbre asistió a los oficios religiosos que tuvieron lugar en la iglesia de la Trinidad. Una hora más tarde el cortejo fúnebre se puso en marcha. Abría paso una compañía de fusileros con bandera. Después formaron los portadores de coronas. Tres «huissiers» precedían al ar-

món de artillería, arrastrado por seis caballos. Un tren especial, compuesto por tres coches, trasladó el cadáver al cementerio del cantón de Valais. En las estaciones del trayecto, el pueblo suizo tuvo oportunidad de dar su adiós al hombre que tan fielmente le había servido. Lo único que se podía hacer ya era cubrir su vacante y las de M. Rubattel y M. Kobelt, que anteriormente habían dimitido como consejeros federales. Suiza en esos momentos estaba regida por un Gobierno de cuatro miembros. ¿Qué opina la Constitución en semejantes casos?

El texto constitucional vigente es el de 1874, con varias modificaciones. Los cuatro millones y medio de suizos crecieron a pesar de los años transcurridos, su Constitución regula adecuadamente el equilibrio político de la Confederación y promueve con energía la unanimidad nacional. Lo que representa sin duda alguna un gran acierto jurídico, pues no es tarea fácil establecer el vínculo apropiado para armonizar las distintas facetas políticas que integran el Estado helvético. El mismo idioma es una muestra de esa gran variedad. En Suiza se hablan cuatro lenguas: el alemán (72 por 100 de los súbditos), el francés (21 por 100), el italiano (6 por 100) y el romanche (el 1 por 100).

En el orden religioso, más de la mitad de la población es protestante—zwinglistas y calvinistas—, y el 41 por 100 restante es de credo católico. Por si todo ello fuera poco, existen 3.000 Municipios que se agrupan en cantones, y cada uno de éstos posee su propia Constitución escrita. El Municipio más pequeño cuenta con catorce habitantes. Berna es el cantón más poblado, con 730.000

habitantes y el menor es Appenzell, que no alcanza los 15.000.

Sobre esta amalgama se alza la Constitución federal, que impone a todos los cantones la forma estatal democrática y prohíbe que ninguno de ellos adopte la forma de gobierno monárquica. Con esto se mantiene la tradición republicana suiza, ya que hasta el año 1870, con excepción de San Marino y de las ciudades asiáticas, la única República europea era la helvética.

Unidad hacia fuera, diversidad en el interior, es la fórmula política de Suiza. La estructura federal establece dos Cámaras: el Consejo Nacional y el Consejo de los Estados. La primera representa a todo el pueblo, y la segunda, a los cantones. Cada 24.000 súbditos se elige un diputado para el Consejo Nacional, y cada cantón nombra un representante, al menos en el Consejo de los Estados. Los dos Consejos, a su vez, constituyen la Asamblea federal que es el órgano supremo de gobierno de la Confederación. La mayoría de las cuestiones son tratadas por separado en ambas Cámaras, y, por separado también, se vota. Para que se adopte resolución es necesario que se apruebe por ambas Asambleas, las cuales tienen los mismos deberes y los mismos poderes. En el supuesto de que no haya tal acuerdo, se nombra un Comité de arbitraje.

Y ya que se ha hecho mención a los órganos legislativos, falta el cuerpo ejecutivo, el Gobierno. Aquí es donde se habían producido las tres vacantes. Las funciones gubernamentales están desempeñadas por el Consejo federal, compuesto de siete miembros, que son jefes cada uno de ellos de un departamento o ministerio. El Consejo federal es nombrado por la Asamblea federal unida para un periodo de cuatro años. Ningún cantón puede tener más de un miembro en el Gobierno, y los de Zurich, Berna y Vaud gozan cada uno de un asiento permanente. Como desde 1911 la Suiza italiana dispone también de un representante en el Consejo, sólo quedan tres puestos para los 18 cantones restantes.

El presidente del Consejo federal, del Gobierno, lo es también de la Confederación, pero no tiene mayores poderes que sus colegas; únicamente percibe un pequeño suplemento para gastos extraordinarios de representación. Cada consejero percibe un sueldo anual de 40.000 francos, y pueden ser reelegidos si desean permanecer en sus cargos. Generalmente los consejeros son diputados de la Asamblea, designados por ésta para el Gobierno. Gran número de los consejeros son de condición humilde y proceden de los más apartados rincones de la Confederación. Se ha hecho popular una frase de un antiguo consejero, que pone de manifiesto la modestia con que los suizos desempeñan las misiones políticas. Preguntado uno de ellos por qué viajaba en ferrocarril con billete de tercera clase, contestó rápidamente:

—Viajo en tercera porque no hay cuarta clase.



Una de las últimas fotografías del consejero federal, Joseph Escher, fallecido recientemente, cuando estaba a punto de ser nombrado presidente de la Confederación

ACUSADA ORIENTACION DERECHISTA DEL NUEVO GOBIERNO

El día 10 de diciembre falleció M. Escher; el 17 del mismo mes se eligieron tres nuevos consejeros federales. Y se nombró a M. Max Petitpierre para ostentar la presidencia de la Confederación. La sala de sesiones de la Asamblea federal ofrecía el aspecto de las grandes solemnidades. Se instalaron multitud de micrófonos y altavoces. Los operadores cinematográficos y de la televisión se movían como sobre terreno conquistado. Los fotógrafos rodeaban a los recién elegidos. Los fogonazos del magnesio no respetaron los momentos más solemnes del acto. El juramento de los nuevos miembros del Consejo fué ahogado por el ruido de las cámaras tomavistas.

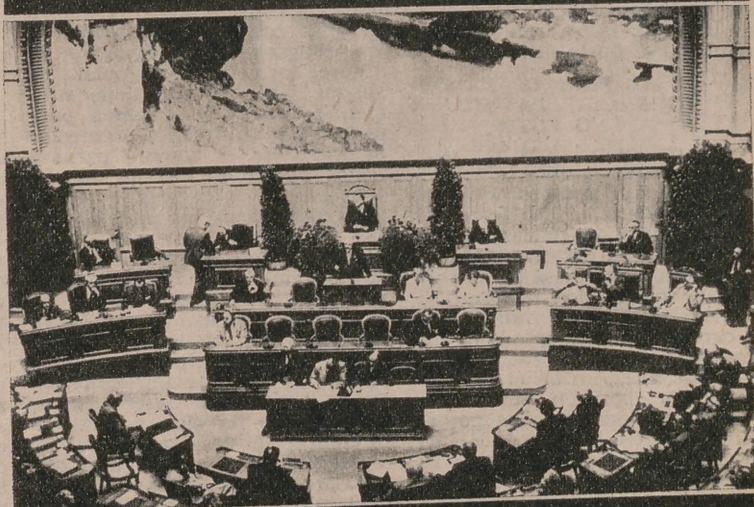
En medio de aquella expectación, M. Hoerberlin, presidente de la Asamblea, declaró abierta la sesión a las ocho y media de la mañana. Es lógico que la nación de los relojes tenga los despertadores a punto. M. Hoerberlin hizo públicas las tres vacantes del Consejo federal y rindió un calido homenaje a la memoria del consejero fallecido, con frases alusivas a los servicios públicos prestados por los dos miembros que dejaban las tareas gubernamentales. Después los consejeros salientes se despidieron de sus colegas. Sus discursos fueron breves.

A continuación tomó la palabra M. Grüter, en representación del partido socialista, para quejarse, en términos amenazadores por qué no se adjudicaban las vacantes a dos miembros del grupo político que representaba. Todos tomaron buena nota de la declaración y se procedió al escrutinio de votos. Tres horas de trabajo y he aquí los resultados: Misters Thomas Heinstejn, Paul Chaudet y Giuseppe Lepori, nuevos consejeros federales. El primero, católico conservador de la Suiza alemana; el segundo, radical, de la zona de influencia francesa, y el tercero, católico conservador, de la Suiza italiana. La perorata del representante del grupo socialista no surtió efectos. El Consejo federal ha quedado constituido, pues, por tres católicos conservadores, tres radicales y un agrario. Desde el punto de vista político, es el de tendencias más derechistas que ha existido desde 1848; es decir, desde que se constituyó la Confederación.

Los radicales han perdido la mayoría absoluta que conservaban también desde 1848 hasta 1943. En 1953 volvieron a recuperarla para perderla ahora. Los consejeros federales, una vez elegidos, son prácticamente inamovibles, pues al concluir su mandato a los cuatro años, es suficiente su petición para ser reelegidos nuevamente. A lo largo de la historia suiza, tan sólo se ha dado un caso de que el Parlamento negara la reelección. Tal sucedió en 1872 con M. Challet-Venel. La Constitución no admite el supuesto de crisis ministeriales ni por el voto en contra de la Asamblea ni por un plebiscito. Pero, en cambio, el consejero que



Max Petitpierre, actual presidente de la Confederación, brinda con el embajador soviético en una fiesta celebrada en la Embajada rusa



Una vista de la primera reunión de la cuarenta y una conferencia interplanetaria, con la que se ha inaugurado el Consejo Nacional suizo



A hombros de soldados suizos es transportado el féretro con los restos de Escher al cementerio de su pueblo natal, donde recibió cristiana sepultura

presenta una vez la dimisión no vuelve nunca al Gobierno. Al pueblo suizo le molesta el sistema de los ministros que se van y vuelven. Así, por lo tanto, la orientación derechista del nuevo Consejo federal es de carácter estable.

EL PRESIDENTE DE LA CONFEDERACION, ESTADISTA, JURISTA Y POLITICO

En la misma sesión de la Asamblea federal se ha elegido a M. Petitpierre para desempeñar el cargo de presidente de la Confederación. El mandato dura un año. Al concluir éste, pasará a desempeñarlo el vicepresidente del Consejo federal, M. Feldmann.

M. Petitpierre tiene cincuenta y cinco años y es oriundo de Neuchâtel. Después de cursar estudios en su ciudad natal, se licenció en Derecho por las Universidades de Zurich, Neuchâtel y Munich. Ha ejercido la profesión de abogado y de notario. Muy pronto pasó al campo de la Enseñanza como especialista en Derecho internacional.

Estas actividades universitarias no son más que una de las facetas del presidente de la Confederación. En 1937 fué elegido diputado del grupo radical, para representar a su cantón. En 1942 pasa a desempeñar la presidencia de la Cámara suiza de la industria relojera, puesto en el que acreditó su pericia en materias

sociales. En 1944 es nombrado consejero federal, en sustitución de M. Pillet-Golaz, y se pone al frente del departamento político, que es el Ministerio de Asuntos Exteriores. Durante los diez años ininterrumpidos que permanece encargado de la política internacional de la Confederación tuvo que solventar todos los problemas planteados por el cese de las hostilidades. Hombre de leyes, hombre político, hombre de Estado, tales son las facetas del nuevo magistrado de la República. M. Petitpierre, además de las funciones de la presidencia de la Confederación, se mantendrá al frente del departamento político.

La designación de M. Petitpierre ha sido acogida con gran satisfacción por todos los suizos. Pero a causa del duelo oficial por el fallecimiento de M. Echer, los vecinos de Neuchâtel, ciudad donde ha nacido el Presidente, no han organizado ninguna ceremonia. M. Petitpierre se trasladó a ella el día siguiente al de su elección. La vieja ciudad, a orillas del mayor de los lagos del Jura, le recibió con recato, sin la asistencia del pueblo. Sus paisanos respetaron escrupulosamente el duelo oficial.

EN EL PAIS DE LA DEMOCRACIA, LA MUJER NO VOTA

Los partidos políticos han acatado de buen grado la nueva orientación y composición del Consejo federal. Justo es decir que las virtudes cívicas de los suizos dan una característica especial a los partidos. La misma Constitución no los nombra. Ni la Confederación ni ninguno de los cantones han adoptado el sistema por el cual dos grupos ideológicos se alternan en el Gobierno y en la oposición. Suiza ofrece a las democracias que por el mundo existen, la moderación de que hacen gala los partidos. Es frecuente que cuando uno de ellos obtiene una mayoría absoluta, ceda algunos asientos en el Gobierno a uno o más partidos de la minoría. Suiza se ha transformado así en un país de coaliciones, y este sistema corresponde a la necesidad de colaboración que experimenta su pueblo,

a su desprecio hacia programas de grupos. ¿A qué latitudes habrá que acudir para hallar un ejemplo semejante de ponderación y cordura?

La forma de pensar de los suizos ha hecho también que se suprima la lucha de clases. Desde 1937 se ha desmentido palpablemente la teoría de la enemistad irremediable entre obreros y patronos. En la industria metalúrgica existe un acuerdo de paz, previsto primeramente para dos años y prorrogado consecutivamente por plazos de cinco años, por el que se evitan en dicha industria las huelgas y el «lock-out». Todas las diferencias que puedan existir se resuelven mediante negociaciones pacíficas.

En este país, que considera la libertad como una de sus especialidades, al igual que se le identifica como la patria de los relojes, de la Cruz Roja, de los lagos y del queso de Gruyère, la mujer no tiene derecho a votar. Basándose probablemente en la antigua costumbre alemana de que el auténtico lugar de la mujer es su hogar y no la vida pública, se considera que la misión de ellas consiste en desempeñar sus obligaciones de esposa y de madre de manera ejemplar. Se supone, además, que tiene suficientes medios y maneras para usar de su influencia indirectamente sobre el hombre para el mejor desarrollo de sus deberes cívicos.

La mayoría de las mujeres suizas no ha demostrado tener grandes deseos de participar en el sufragio. El hecho de que no voten no debe llevar a la conclusión de que sean desairadas o, inclusive, maltratadas. Desde hace ya mucho tiempo, la participación de la mujer en profesiones antiguamente reservadas a los hombres ha sido normal. A diferencia de lo que ocurre en algunos pueblos que se han dejado arrastrar por falsas ideas de modernismo, Suiza, fiel a su tradición, cuenta al mismo tiempo con un magnífico plantel de mujeres célebres y de esposas. Aunque no voten.

UN EJERCITO SIN JEFE

En el país de la libertad, la opinión pública se subestima ante la importancia que se concede a la cooperación de los individuos en la expresión de la voluntad nacional. Ello se debe, sin duda, a la naturaleza plurilingüal y a la estructura federativa del país. Se puede afirmar que en Suiza hay un determinado número de opiniones públicas, en vez de una sola. A pesar de ello, se forma de vez en cuando una opinión pública en todo el territorio.

La actitud política básica es conservadora y no aventurera, y menos aún, revolucionaria. Si bien es cierto que Suiza nunca careció de eminentes hombres de Estado, su historia es más la de un pueblo que la de sus jefes. El individuo que en Suiza, quiera volar demasiado alto, pronto verá sus alas cortadas. Se siente cierta predisposición hacia la mediocridad que, sin embargo, se convierte en virtud nacional en cuestiones de dinero o económicas.

Para informar a la opinión pública, se publican en el país 1.300 diarios y periódicos, muchos de

ellos locales. Según las últimas estadísticas, el correo suizo ha distribuido en un año 430 millones de periódicos sin contar los ejemplares entregados directamente. Un simple cálculo, en relación con el número de sus habitantes, nos dice que los suizos, incluyendo niños y ancianos, leen cada uno 110 periódicos anuales, por lo menos. Por lo demás, la Prensa está bien informada; ni es sensacional, ni maliciosa. No hay muchos periódicos de amplia circulación y se puede afirmar que los «trusts» de Prensa son desconocidos en el país.

Suiza, que ha hecho un credo de la neutralidad, venera a su Ejército, al que sólo se le asigna un cometido defensivo. El espíritu de conquista es absolutamente ajeno al carácter suizo. Se hacen grandes sacrificios para mantenerlo e incrementar su eficacia. El Ejército está basado en el sistema de milicias. Ni los soldados, ni los suboficiales, ni los oficiales forman cuadros profesionales, a excepción de un determinado número de instructores y de los oficiales superiores desde el grado de comandante de división para arriba. Una de las características del Ejército suizo es, sin duda, la falta de un comandante jefe en tiempo de paz. Sólo cuando surge una guerra alrededor de las fronteras, y se le moviliza, la Asamblea federal elige a un comandante jefe que recibe, como único oficial suizo, el título de general. El sentimiento de la necesidad de defender a su país con las armas está profundamente arraigado en cada suizo; prueba de ello es que cuando el soldado abandona su período militar, se lleva su fusil a casa.

El estatuto de neutralidad que prohíbe a Suiza cualquier alianza militar o política, le concede, en cambio, una autoridad especial para colaborar en plena independencia con todos los pueblos sobre el terreno humanitario, económico, técnico o intelectual. Así sucede que más del 20 por 100 de las instituciones internacionales existentes tienen su sede en Suiza.

EL «PUTZAGE», REY SUIZO

Tales son algunas de las características principales de la Confederación que preside M. Petitpierre, con sus montañas blancas por las nieves que relucen como las fachadas de las casitas andaluzas, con sus funcionarios solemnes y correctos, con sus trenes puntuales y con tabaco perfumado.

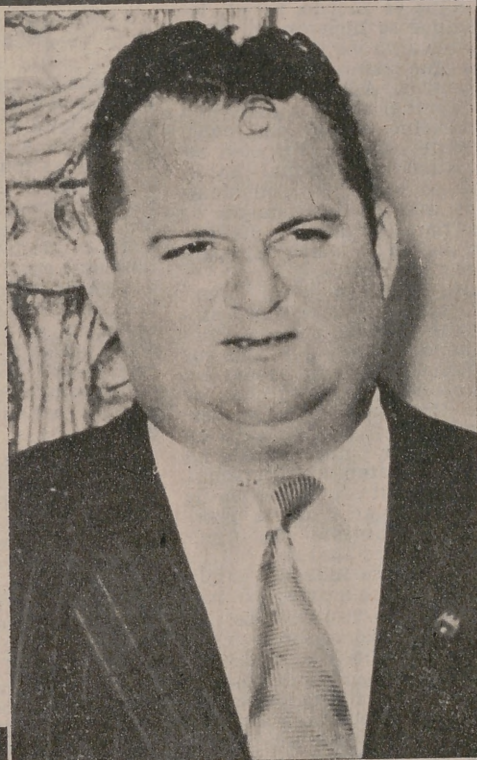
Los suizos, excelentes ciudadanos, están siempre dispuestos a colaborar estrechamente con sus gobernantes. M. Petitpierre cuenta con la adhesión de todos. La República es tan venerada como el único rey que impera en la Confederación: el «putzage». Este monarca, que en buen castellano se llama limpieza, es el honor y la pasión del pueblo. Tanto del burgués como de la obrera o del magnate de la industria. Las escobas, la lejía, las enceradoras automáticas, las máquinas de lavar, son ídolos para los suizos. La pulcritud, la asepsia que reina en todas partes se halla reflejada también en sus instituciones políticas.

En la renovación del Consejo Federal de Suiza dos nuevos consejeros elegidos se felicitan mutuamente. Ellos son Markus Feldmann, a la derecha, y mister Max Weber, a la izquierda



UN MAGNICIDIO CON EL CANAL DE PANAMA AL FONDO

¿FUERON LOS COMUNISTAS LOS QUE APRETARON EL GATILLO CONTRA REMON?



Una de las últimas fotografías del Presidente Remón antes de su asesinato

LA República de Panamá tiene una superficie de 75,475 kilómetros cuadrados y está poblada por unos 850.000 habitantes, de los cuales solamente el 18 por 100 pertenece a la raza blanca. Es una de las naciones más pequeñas del mundo y también una de las más jóvenes, pues nació hace cincuenta y un años, en 1903, fecha en que se independizó de Colombia. No hay en sus tierras yacimientos importantes de materias primas de valor estratégico. Apenas es una mancha en la vasta geografía de América y una referencia somera en los tratados de Historia Universal.

Todos estos hechos podrían inducirnos a creer que la República de Panamá es uno de esos países remotos y olvidados por los que la Historia pasa de largo. Y sin embargo no es así. Y no es así porque esta pequeña nación está partida por gala en dos, de costa a costa, del Atlántico al Pacífico, por el canal de Panamá. Por este Canal pasa uno de los meridianos estratégicos del mundo y en verdad podemos decir, hoy con más razón que nunca, que nada de lo que ocurra en sus orillas puede ser ajeno.

Cuando en 1949 estalló una sublevación en el territorio de la República, el «New York Times» escribió que si Panamá estuviese muy lejos y no la cruzase un canal norteamericano, los Estados Unidos podrían encogerse de hombros y exclamar:

«¡Just another Latin-American revolution!» («¡Otra revolución más!»)

Pero lo último que pueden hacer los americanos del Norte cuando sucede algo en Panamá, es encogerse de hombros. Porque, como dijo el propio Franklin D. Roosevelt, este Canal, practicado a golpe de dinamita, es el talón

de Aquiles de Norteamérica y uno de sus flancos más vulnerables. «Es más pequeña, en cuanto a población, que Boston o Pittsburgh, pero si un día nuestros enemigos se apoderasen de ella (de Panamá), nuestro poderío naval quedaría automáticamente reducido a la mitad, al separar por meses de navegación nuestras flotas del Atlántico y del Pacífico.» Esta realidad no la pierde de vista ni un instante el Pentágono, y por eso una de sus mayores preocupaciones ha sido recodar al famoso Canal de todas las garantías de seguridad imaginables. A su vez, el Departamento de Estado no ha escatimado esfuerzo alguno para crear en torno a esta *principal lifeline*—América Central—una amplia zona de estabilidad política y de buena vecindad.

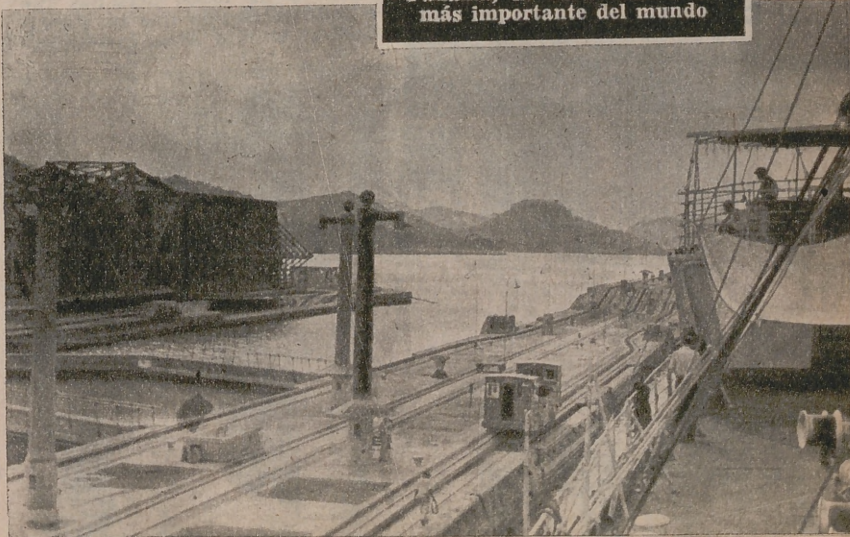
¿QUIEN DISPARO?

Podemos imaginarnos, pues, la consternación y la inquietud que ha producido en Washington el

asesinato del Presidente de la República panameña, coronel don José Antonio Remón, cuando se encontraba, rodeado de amigos, en la terraza del hipódromo «Juan Franco», festejando la victoria de uno de los caballos de su cuadra, «Valley Star».

En el momento en que redactamos esta crónica, todavía no han sido identificados, con toda certeza, los hombres —o mujeres— que, amparándose en las medias luces del atardecer, hicieron fuego, con un fusil ametrallador —al parecer—, sobre el grupo que departía con Remón. Todo sucedió tan rápidamente que cuando la gente reaccionó los autores del atentado se habían dado a la fuga.

Vista parcial del canal de Panamá, la obra hidráulica más importante del mundo



Es preciso confesar que las circunstancias que envuelven este magnicidio son misteriosas y desconcertantes. No puede pensarse en un golpe de Estado, porque los disparos que se hicieron en el hipódromo fueron los primeros y los últimos que han retumbado en todo Panamá. A la acción puramente criminal no ha seguido una acción revolucionaria, como cabía lógicamente esperar. Por otro lado, el atentado personal no es un hábito político panameño. Aun los más duros enemigos de Remón han condenado públicamente, dentro y fuera del país, este «procedimiento».

Arnulfo Arias, que en un tiempo fué amigo del Presidente asesinado, fué detenido por sospechoso, juntamente con algunos de sus correligionarios. Debe haber, sin duda, razones para sospechar de él. Pero hay que decir en su descargo que a lo largo de su accidentada carrera política nunca ha recurrido al atentado personal. En una revuelta anterior se le acusó de instigador de la rebelión y Arias contestó con dignidad y con acento sincero:

—Si yo hubiese inducido a mis partidarios a sublevarse, me habría puesto al frente de ellos para correr su misma suerte.

Este es su estilo, y en todo caso está comprobado que cuando se perpetró el atentado contra Remón, se encontraba a 480 kilómetros del hipódromo «Juan Franco», en una finca de su propiedad, en la que a menudo, en estos últimos años, le ha visitado la Policía.

¿Hay que pensar, pues en alguna otra venganza nacida de algún agravio, de algún resentimiento político o de otra naturaleza? No hay razones especiales para rechazar esta hipótesis.

Sin embargo, el delegado panameño en las Naciones Unidas, De la Ossa, ha dicho algo que nos invita a reflexionar:

—Tengo la seguridad—afirmó—de que los comunistas no son ajenos a este monstruoso asesinato.

Los comunistas panameños si pueden haber encontrado más de una razón para eliminar expeditivamente a José Antonio Remón. Este había declarado al partido comunista fuera de la ley. Por otro lado, ¿a quién se le oculta que Rusia verá siempre con buenos ojos cualquier acción enredada a mantener los «alrededores» del canal de Panamá en un

estado de agitación política de signo antinorteamericano? Penemos en el caso bien reciente de Guatemala.

Según cifras oficiales, el número de afiliados al P. C. panameño es de 1.000. A éstos hay que añadir los criptocomunistas, siempre hábilmente infiltrados, y los «fellows travelers», los «compañeros de viaje». Desde luego, la cifra no es muy elevada; pero no lo era mayor en Guatemala y los Estados Unidos, por boca de Foster Dulles. En la Conferencia de Caracas declararon que los comunistas guatemaltecos, enquistados en el régimen de Jacobo Arbenz, constituían un «peligro para la seguridad del hemisferio occidental». Y esto, a pesar de estar más lejos del canal de Panamá—que es de lo que se trata—que los panameños, como es lógico.

La acción comunista panameña ha venido haciendo fuego en dos frentes: uno político y otro económico. El político se revistió, como de costumbre, con los colores nacionalistas. Su caballo de batalla se refiere al acuerdo concertado entre los congresistas panameños que proclamaron la independencia frente a Colombia en 1903 y los Estados Unidos. En este año Washington se comprometió a reconocer y ayudar a la nueva República de Panamá a condición de que se le autorizase a terminar las obras del Canal, que había comenzado años atrás Fernando de Lesseps. El acuerdo se llevó adelante, y el precio que los panameños pagaron por su independencia fué una concesión territorial verdaderamente onerosa: una franja de terreno, a ambos lados del Canal, de más de quince kilómetros de anchura, que partía a la recién nacida nación en dos, por una suma anual que hoy se eleva a la módica cantidad de 430.000 dólares.

Casi desde entonces los panameños no han dejado de protestar contra esta situación, unas veces por las buenas y otras por las malas. Cuando en 1947 los Estados Unidos quisieron establecer bases militares en el país para proteger el Canal, la negativa del Gobierno panameño, sancionada por el pueblo, fué unánime. Los americanos nunca perdonaron este gesto—por lo menos no lo han olvidado—, y cuando hace unos años una multitud de 15.000 personas fue a pedir a Remón que no permitiese a Arnulfo Arias que anula-

se la Constitución, el correspondiente del «New York Times» en Panamá escribió irónicamente que dicha multitud era tan numerosa, por lo menos, como la que se había manifestado contra la concesión de bases a los Estados Unidos...

En este frente político, decíamos, han venido hostilizando los comunistas, aprovechando, como de costumbre, los anhelos nacionalistas panameños, de los que podemos decir que aquí están más justificados que en otras partes.

LA «GUERRA DE LAS BANANAS»

En cuanto al frente económico, también en Panamá, como en Guatemala, nos tropezamos con la tan conocida United Fruit Company, propietaria de una de las principales riquezas panameñas, los plátanos, y de otras riquezas que explotan filiales suyas. La «guerra de las bananas» estuvo en el mismo origen del conflicto entre Jacobo Arbenz y Castillo Armas y en Panamá es igualmente uno de los frentes políticos y económicos más batidos. Actualmente la citada Compañía, que exporta las dos terceras partes de los plátanos que importan de América Central los Estados Unidos, está bajo el fujido del Departamento de Justicia por el capítulo de la ley Antitrust. Entre otras cosas pagaba a los trabajadores indígenas unos salarios muy inferiores a los que percibían los empleados norteamericanos.

De esta situación, que el 1.º de abril de 1953 el Gobierno guatemalteco expuso elocuentemente en las Naciones Unidas, reconociéndose el abuso y recomendando el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Fomento que se le pusiese fin «con toda urgencia», se aprovecharon los comunistas panameños, como todos los centroamericanos, para hacer campaña antigubernamental y, de rebote, campaña antinorteamericana, acusando a los sucesivos gobiernos de «vendidos a Wall Street» y a Washington de practicar el imperialismo del dólar.

REVISION INTEGRAL

Volviendo al asesinato de Remón, hemos de decir que de él menos que nadie podría pensarse que estaba «vendido al oro de Wall Street», según la ortodoxia propagandística comunista. Fué Remón quien, precisamente, planteó a lo vivo, en Washington, la vieja reivindicación panameña de liquidar con equidad el abuso consentido en 1903 en circunstancias que no permitían elegir otra cosa en vista de la actitud que adoptó el Parlamento colombiano en el asunto de la terminación del Canal. Estas palabras de José Antonio Remón, pronunciadas en septiembre de 1953, contienen una casi viciosa elocuencia: «Se trata de una revisión integral de las relaciones que regulan la conducta de ambos pueblos (el norteamericano y el panameño) en lo que atañe a los problemas inherentes y derivados de la construcción y funcionamiento del Canal interoceánico. El deseo patriótico de llevar a cabo un examen de las relaciones contractuales entre la Repú-

El Presidente Remón, inaugurando el monumento ofrecido por la colonia española en Panamá en noviembre de 1953



blica de Panamá y los Estados Unidos ha sido una preocupación latente en mi espíritu».

Terminaba su Manifiesto con estas palabras: «No es justo ni equitativo que la República esté sometida al monopolio citado, en toda su amplitud y a perpetuidad.»

Lo cortés, no quita lo valiente. Remón, conocía mejor que nadie la estrecha dependencia de la economía panameña con relación a los Estados Unidos y, por otro lado, se había asociado de todo corazón a la política anticomunista de la «gran nación del Norte». No cayó en la inútil tentación de declarar una «guerra de las bananas» a los amos del Canal, ni de entregarse a violentas campañas antinorteamericanas, como en un tiempo hizo Arnulfo Arias, y prefirió el camino de la concordia, de la buena vecindad, de la transacción del compromiso. Eligió bien. Remón, ha conseguido la firma de un nuevo concierto con los Estados Unidos, bastantes dólares por el capítulo del IV punto (doctrina Truman), y—cosa importante— que la United Fruit Company dispusese un trato de igualdad, en cuanto a las bases laborales, a los trabajadores americanos y a los trabajadores indígenas. Es más: considerado al principio como un aprendiz de dictador, acabó ganándose la confianza y la amistad de los Estados Unidos, plasmadas ambas cosas en el hecho de que él y su mujer, doña Cecilia Pinel de Remón, a la que los panameños llaman «La dama de la bondad», fuesen invitados personales, el año pasado, de la Casa Blanca, conviviendo unos días con el Presidente Eisenhower y con «Mamie».

Puede decirse, en efecto, que la amistad entre los Estados Unidos y Panamá, tantas veces vacilante y amenazada, nunca conoció un período más feliz que bajo el mandato de José Antonio Remón. Hallándose éste en el Poder, Washington se sentía aliviado de los temores que le acudieron durante la segunda guerra mundial, cuando se temía que el Gobierno panameño permitiese a japoneses o alemanes acercarse al Canal e inutilizarlo, con las consecuencias que ya hemos apuntado más arriba.

«STRONGMAN»?

José Antonio Remón, cuya escueta semblanza han divulgado estos días los periódicos, tenía «madera» de reformador y de estadista de largo radio de acción. Su nombre estuvo, de una u otra manera, mezclado en las crisis políticas panameñas de los últimos años, y, sin embargo, aborrecía la política del género chico. Como casi todos los grandes estadistas modernos, pensaba que no hay mejor política que una buena administración, constructiva y controlada. Deseaba dotar a su país de una fuerte base económica, sin la que ya es sabido que fallan las mejores instituciones políticas. Quería dólares para crear nuevas riquezas y para fomentar la cultura popular. Era hombre de programas de muchos años por delante; tenía juventud, vitalidad y buenos impulsos; de esos primeros buenos impulsos de los que decía cínicamente Talley-



La llegada del matrimonio Remón a Washington, en 1953; en la bienvenida está presente el vicepresidente Nixon

rand que había que desconfiar. Su figura tardó mucho tiempo en ser «descubierta» por la Prensa internacional. Jefe de la Guardia Nacional, única institución armada de la nación, se le consideró al principio—por esa Prensa— como una especie de Fouché intrigante y ambicioso que soñaba con un Estado policíaco. Después entró en la categoría de los «strongmen», de los «hombres fuertes», eminencias grises que tienen entrada por la puerta de atrás en los palacios presidenciales y que, en realidad, tienen en sus manos el Poder, todo el Poder. Se le llamó «hacedor y deshacedor» de Presidentes. Finalmente se le ha visto como era en realidad: un estadista que supo esperar su oportunidad. Y un Presidente absolutamente constitucional.

Es verdad que Remón influyó decisivamente en la deposición de Chanis y de Arnulfo Arias, pero en ambas ocasiones el pueblo panameño le pidió que actuase así, en verdaderos plebiscitos callejeros. En el caso de Arnulfo Arias, Remón, obrando justamente en sentido contrario al que hay que esperar de un aspirante a dictador, se erigió en defensor de la Constitución suspendida por Arias. Comentando

este hecho, la revista «Time» escribía que en contra de lo que sucede habitualmente, la revolución panameña no había sido desencadenada por un «strongman» ni por una Junta, ni por un Comité, sino por el mismo pueblo, que utilizó a Remón como instrumento de su voluntad soberana.

Ese mismo pueblo, eligió Presidente constitucional a José Antonio Remón en las elecciones del 1.º de mayo de 1952, por 133.208 votos contra 78.094.

UNA IDEA FELIZ

Remón puso al P. C. fuera de la ley a finales de 1953. ¿Firmó entonces su sentencia de muerte? No quisiéramos cerrar esta semblanza de urgencia sin reproducir aquí la anécdota que el actual embajador de la República de Panamá en Madrid y ex Presidente, don Alcibiades Arosemena, ha contado a un periodista madrileño: «Cuando yo, como Presidente de Panamá, comuniqué a Remón mi propósito de reconocer el Gobierno de Franco, me dijo: „¿Has tenido una idea feliz! Realízala en seguida...”»

A Remón le gustaba realizar todo en seguida. Incluso su propia vida, pues sólo duró cuarenta y seis años.

M. BLANCO TOBIO

1870



ANIS DEL MONDO

S A B O R D E E S P A Ñ A E N E L M U N D O

LA FE Y LA CIENCIA



Monasterio de Samos.—
Abajo: Inauguración del
monumento a Feijóo en
la abadía benedictina de
Samos

FEIJOO, O TODO UN SIMBOLO

EN todo momento, aun en los períodos menos esplendorosos de su gloriosa historia, ha sido nuestra Patria pródiga en hombres representativos que superando incluso el propio ambiente que les rodeaba, supieron imponerle y marcar las verdaderas rutas de la política, la inteligencia y el espíritu. Desde nuestros primeros héroes nacionales; desde el Cid Campeador hasta el prototipo del héroe, el héroe máximo que es nuestro Caudillo Franco; desde Séneca hasta Menéndez Pelayo; desde los mártires del Cristianismo hasta los mártires de la Cruzada, los ejemplos podrian multiplicarse hasta constituir una larga relación. Hoy vamos a fijarnos tan sólo en un preclaro hermano nuestro de Orden, que fué monje benedictino, además, del monasterio confiado por Dios a nuestro cuidado: la histórica y milenaria abadía de Samos. Salta a la vista que nos referimos al padre maestro fray Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro, el español, sin duda, más representativo de su tiempo y un hombre digno de haber vivido en nuestros siglos áureos.

El padre Feijóo fué un monje dedicado al retiro y meditación propios de la celda, al estudio y enseñanza de la cátedra, a la vida interior que exigía su Santa Regla, pero que, en fructifera siembra del bien, hizo compatible esta natural pobreza de datos exteriores en su biografía con los fecundos apostolados de su ejemplo y de su obra literaria, el mejor monumento que podía levantar a la Fe y a la Ciencia, producto del valor y riqueza de su vida espiritual.

El autor del «Teatro Crítico Universal» y de las «Cartas Eruditas», con su recta y admirable independencia en lo humano, con su absoluta sumi-

Por el Sr. Abad Mitrado
de SAMOS



sión a la verdad, con su soberana inteligencia y asombrosa erudición, puestas al servicio de su noble empresa de desterrar la superstición y el error, vivió una vida consagrada a la gloria de Dios y al servicio de España, utilizando términos con los que, por ventura, estamos familiarizados en nuestros días.

El gran monje de Samos nos dió el alto ejemplo de un patriotismo constructivo, no meramente retórico, de un amor a la Patria que le llevaba a desterrar de ella la ignorancia de las masas, la superstición del vulgo, que le impulsaba a querer para ella todos los adelantos de la ciencia, a desear verla a la altura de las naciones más civilizadas. Este patriotismo de Feijóo nos recuerda el heroico patriotismo de los que, como José Antonio, amaban a España porque no les gustaba.

Feijóo vivió siempre ejercitando la razón, el más grande tesoro concedido por Dios al hombre: sólo se rindió ante la Suprema Verdad, en la que no cabe contradicción posible. Demostró con su vida y con su obra la perfecta armonía que entre la Fe

y la Ciencia existe, porque la ciencia no es sino el rayo poderoso del Sol de la Divinidad.

Por ello, el humilde monje de Samos y catedrático de Oviedo es un buen símbolo para nuestra época, cuando la vacilación, el engreimiento de la inteligencia y la cobardía en la confesión de la verdadera Fe tanto abundan en el mundo. Dios quiera que no falten imitadores del gran español del siglo XVIII y que el monumento que le levantó Asorey en el claustro del cenobio samonense corra parejas con el que en espíritu le erijan, siguiéndole, los intelectuales de nuestra Nación.

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 110

UN MAGNICIDIO CON EL CANAL DE PANAMA AL FONDO



¿FUERON LOS COMUNISTAS LOS QUE APRETARON EL GATILLO CONTRA REMÓN

(Lea esta información
en la página 59)

José Antonio Remón aparece aquí como jefe de la Guardia Nacional, única institución armada de Panamá, cuya jefatura ostentó antes de destacarse como estadista y reformador. Remón puso al partido comunista fuera de la ley a finales de 1953. ¿Firmó entonces su sentencia de muerte?

Remón, cuyo asesinato conmueve hoy al mundo, gozaba de la amistad del Presidente Eisenhower. En esta fotografía aparecen los dos hombres de Estado, con sus respectivas esposas, durante la visita del Presidente panameño a Estados Unidos

